



Tipo de documento: Tesina de Grado de Ciencias de la Comunicación

Título del documento: El debate político vía redes sociales : el lugar de la afectividad y la subjetividad en la construcción del sentido

Autores (en el caso de tesis y directores):

Franco Frenquelli

Federico Ferme, tutor

**Datos de edición (fecha, editorial, lugar,
fecha de defensa para el caso de tesis: 2020**

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR



Tesina de grado - Carrera de Ciencias de la Comunicación

*El debate político vía redes sociales: el lugar de la
afectividad y la subjetividad en la construcción del sentido*

Alumno: Franco Frenquelli

Tutor: Federico Ferme

DNI: 35.962.677

E-Mail: frenque29@hotmail.com

Cel.: 11 3452 8550

**2018
UBA**

Frenquelli, Franco

El debate político vía redes sociales : el lugar de la afectividad y la subjetividad en la construcción del sentido / Franco Frenquelli. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Universidad de Buenos Aires. Carrera Ciencias de la Comunicación, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-29-1859-4

1. Comunicación Social. 2. Política. 3. Redes Sociales. I. Título.

CDD 302.231

La Carrera de Ciencias de la Comunicación no se responsabiliza de las opiniones vertidas por los autores de los trabajos publicados, ni de los eventuales litigios derivados del uso indebido de las imágenes, testimonios o entrevistas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina (CC BY-NC-ND 2.5 AR)

Agradecimientos

A mamá, papá y mi hermano por el apoyo de toda la vida.

A todos mis familiares, sobre todo a los que ya no están.

A mis amigos, todos y cada uno.

A Federico Ferme por su tiempo, dedicación y generosidad.

A todos los que luchan día a día para que en este país haya educación pública de calidad, laica y gratuita

Y a todos los que en algún momento dedicaron un rato, en mejores o peores términos, a hablar de política conmigo.

Gracias.

Índice

1. Introducción al tema	4
2. La lucha por el sentido de la política post 2001	11
Los años post-crisis: el kirchnerismo	17
Balance: el sentido de la política y la problemática de la participación	23
3. El odio como síntoma de defensa de la subjetividad	26
“No me interesa la política”	28
Los desinteresados	34
La agresividad y el odio	39
El odio como síntoma	44
Las redes sociales	47
4. Nosotros y ellos: el reconocimiento en el mundo digital	50
El yo y el perfil: la problemática del reconocimiento en el mundo digital	53
La arquitectura de la red	59
El régimen visual y la lógica del espectáculo	63
El lugar del mercado	65
5. Abreacción y fantasía como reacción ante lo inconciliable	71
La defensa del yo ante la amenaza del otro	73
La abreacción	78
Sustitutos para expresar lo que no se puede decir	81
Lo inconciliable	87
6. A modo de cierre...	93
7. Bibliografía	100

1. Introducción al tema

La política como arte de la transformación social tiene su propia historia, cargada de contradicciones y luchas que condicionan el curso de la vida de los sujetos. La historia de la política es en definitiva la de las distintas formas en que una sociedad, en toda su complejidad, construye y dirige su futuro. Es la manera en que los múltiples actores interactúan y constituyen relaciones de poder, bajo las cuales se consensúa o se impone, según los intereses particulares de cada uno, el rumbo del conjunto.

Así pensada, la política es inherente a la vida de una sociedad. De las distintas formas políticas que cada conjunto social se da a sí mismo, se desprenden las disposiciones, regulaciones o desregulaciones que afectan la cotidianidad de los sujetos, tanto por presencia como por ausencia de las mismas en cada una de sus prácticas diarias, aunque muchas veces los ciudadanos no tomen real conciencia de las implicancias. Esto puede provocar un desinterés cada vez más generalizado en la política propiamente dicha y las distintas formas en que se desarrolla activamente. En este sentido, la cuestión de la participación en la política es una problemática que en las últimas décadas se viene profundizando en nuestro país, tanto por la transformación de las formas en que se desarrolló el vínculo entre organizaciones militantes y ciudadanía durante el Siglo XX, como también por la descomposición de los dos grandes partidos que históricamente se disputaron el poder, en el caso de la Argentina en tiempos de democracia.

Estos procesos de cambio en la participación política se dan enmarcados en períodos económicos y modelos de Estado que influyen certeramente en la cotidianidad de los sujetos, en su trabajo, su formación, sus vínculos y, en definitiva, su subjetividad. El modelo neoliberal implantado desde 1976 por medio del Golpe de Estado es un claro ejemplo no sólo el empobrecimiento de las clases medias y bajas, sino también del disciplinamiento por la vía económica, el “cuidar lo poco que se tiene”.

La profundización de este modelo durante los años 90, con la ola de privatizaciones y la retirada del Estado en materia de intervención en la economía, fue también la de los fenómenos de empobrecimiento, marginalidad y destrucción del tejido social con el debilitamiento de sus instituciones.

El año 2015 puede ser considerado el de cierre de la etapa que procedió a la crisis del 2001. Puede ser, porque la Historia de los procesos recientes siempre hace peligrar cualquier análisis prematuro. Cuando en la región ya se hablaba de gobiernos posneoliberales, un giro en el cono Sur demostró que los procesos económicos de libre mercado solo estaban interrumpidos.

Dichas transformaciones imprevistas por quienes estudian el devenir de una sociedad siempre obligan a la autocrítica y la revisión de factores antes ignorados ¿Qué provoca tal cambio de opinión? ¿Qué ocurre en la experiencia cotidiana de los sujetos que los hace optar por otro signo político en el marco democrático?

Quizás una primera respuesta pueda remitir a las carencias materiales, a la pobreza que el modelo kirchnerista de intervencionismo por parte del Estado no pudo subsanar, lo que seguramente haya sido un factor determinante. Sin embargo, también es constatable que amplios sectores lograron una mejora palpable en su poder adquisitivo como en su calidad de vida, y lo curioso empieza a vislumbrarse cuando aparecen críticas desde dichos segmentos sociales.

Las clases más postergadas, como se da en el caso del conurbano bonaerense, por ejemplo, venían apoyando electoralmente al kirchnerismo, y más atrás en el tiempo, al peronismo en general. A pesar de ciertas mejoras en su poder adquisitivo, y de sus condiciones de vida en ciertos distritos, optaron por una alternativa no solo opuesta al Frente Para la Victoria, sino también no peronista. De manera que se contradice abiertamente con la idea de sentido común de que las condiciones materiales determinan las adhesiones políticas: a veces el voto puede ir contra las gestiones que posibilitaron un progreso efectivo, siendo una decisión mucho más compleja que un simple determinismo.

La sociedad en los últimos años se ha mostrado convulsionada y atravesada por el debate político, con un interés que hacía décadas no se observaba. La política escapó a su sección homónima en los diarios para invadir segmentos cotidianos en televisión y franjas horarias de las cuales estaba excluida, como la primera tarde o el prime time. Hasta obligó a cambiar su contenido a viejos formatos clásicos de la TV argentina.

Está claro que la discusión política se volvió omnipresente en la vida de los argentinos, y esto se expresó no solo en los medios, sino también en las calles y las redes sociales, acaso la gran vía de expresión de esta década. Miles de ciudadanos hemos tomado partido, aún sin intención de hacerlo, en alguna discusión por Facebook o Twitter. Y hasta hemos visto a quienes creíamos desinteresados en la temática (“a mí no me interesa la política” o “yo de política, cero”) participar virulentamente en el debate. Esto último resulta una característica a observar detenidamente, puesto que los niveles de violencia registrados en buena parte de los mensajes emitidos llaman la atención, no solo por la agresividad y la necesidad de descalificar al otro, sino también por cómo se generalizó en cuanto forma de discusión.

Allí reside otro fenómeno a destacar, producto de una verdadera revolución en las comunicaciones contemporáneas. La confrontación verbal en materia política hace quince años podía darse por medio de prensa gráfica, de cartas de lectores, llamados de oyentes en radio, TV o en la misma calle. Primero con los incipientes foros, más tarde con la sección de comentarios en los portales de noticias, y finalmente con la explosión de las redes sociales,

sectores cada vez más amplios comenzaron a acceder a las opiniones de pares (tanto políticos o funcionarios como ciudadanos dedicados a su actividad privada), proporcionando un espacio accesible para el debate político.

La comunicación 2.0 le dio voz, un canal de expresión, a sectores que nunca antes habían tenido acceso a la posibilidad de publicar sus opiniones, lo que marca un aumento notable de circulación de sentidos, algunas veces innovadores y otras reproduciendo las posiciones hegemónicas. Todo esto trajo aparejado, en el clima de confrontación propio del año electoral, la discusión generalizada acerca de las posturas políticas de cualquier ciudadano común, lo que marca asimismo un aumento visible de la participación en el debate, por vías que hace 10 años no existían o no eran utilizadas masivamente con dicho fin.

La llamada “grieta”, real, inventada o exagerada por los discursos de los candidatos y los medios, se hizo más evidente que nunca. Millones de ciudadanos tomaron partido fervientemente por uno de los dos espacios políticos o candidatos, enfrentados en el primer ballotage presidencial de la Historia Argentina, que coronó a Mauricio Macri como presidente tras superar a Daniel Scioli por un margen inferior al 3%.

Este fervor se vio curiosamente expresado en los debates políticos vía redes sociales con un pronunciado nivel de violencia. Si bien es algo que caracterizó a ambos sectores, desde el lado de la oposición se vio reflejada en términos o frases en circulación desde hace algunos años, con inicios en el conflicto por la 125 o las marchas de 8N y sucesivas. Se gestó una forma oponerse al kirchnerismo, signada por la impotencia y la falta de un rumbo político concreto, que recién tras la primera vuelta eleccionaria encontró un candidato firme.

Expresiones como la “kretina”, los “choriplaneros”, “korrupcion”, “kakas”, entre otras, fueron esgrimidas como argumentos en los debates políticos, acompañados de denuncias contra los planes sociales, corrupción en todos los ámbitos, inclusive en la Justicia, subsidios, y hasta de dictadura.

Resulta visible, de este modo, la presencia de manifestaciones que poco tienen que ver con un pensamiento o una crítica racional a políticas de la gestión de Cristina Fernández; en cambio, consisten fundamentalmente en formas de descalificar al otro en su opinión. Las objeciones no surgen a modo de intercambio de ideas, sino buscando negar a toda costa la palabra y la validez de lo que afirma el rival político, con expresiones que surgen dentro del discurso de manera sorpresiva, dado que no mantienen o distan mucho de seguir una línea analizada y coherente ¿Puede ser considerado una simple falta de argumentos? ¿Por qué motivo surgen en el discurso elementos inconexos entre sí, pero a la vez generalizados en amplios sectores?

Un elemento en común que tienen las formas de expresión mencionadas es un componente afectivo muy fuerte, de enfado, odio o ira. La presencia generalizada de

sentimientos lleva necesariamente a pensar, en primer lugar, qué rol juegan los afectos en la comunicación, así como también preguntarse qué factores los originan.

Un momento clave para hallar esta forma primordialmente afectiva de expresarse puede ser el correspondiente a las primeras movilizaciones convocadas por redes sociales contra el gobierno de Cristina Fernández. La marcha, como espacio de comunicación colectiva de ideas en el marco de un debate político macrosocial, tiene que ser contemplada como un ámbito de socialización y circulación de sentidos, como también de formación de grupos unidos por una postura ante otro colectivo.

Si nos remontamos a las publicaciones de redes sociales relativas a las marchas del 8N, encontraremos un panorama general del cúmulo de reclamos y críticas al gobierno en toda su diversidad. Realmente es llamativo cómo la expresión por entonces opositora se volcó, en niveles generalizados, a esta forma en el ámbito de Facebook, por un lado, a través de grupos autodenominados Anti Ks, como también en Twitter, donde la limitante de 140 caracteres comprimió los mensajes. Curiosamente en esta última red, las expresiones fueron aún más frecuentes y virulentas.

Está claro que hay una forma agresiva de comunicación que se ha masificado en el ámbito de las redes sociales; un lenguaje cargado de ira que no busca el intercambio de ideas sino la anulación del otro, negarlo en su pensamiento. Si bien a lo largo de la historia se han dado expresiones de este tipo, las mismas han sido esporádicas, pensando en, por ejemplo, las pintadas de “Viva el Cáncer”, tras la muerte de Eva Duarte; es decir, expresiones que buscan llanamente descalificar afectivamente al rival político, dejando de lado las razones políticas concretas. Hoy en día, las redes sociales han brindado un canal de comunicación para, entre todas las cosas que se pueden decir, las expresiones forjadas y emitidas en dicha “sintonía” del odio. Esto necesariamente trae sus consecuencias en la forma de pensar la política en el conjunto de la sociedad argentina: como venimos diciendo, el debate político deja de ser argumentación y defensa de ideas para convertirse en descargas afectivas que buscan anular al otro.

¿Se puede pensar este fenómeno como propio de las redes sociales, es decir, únicamente como una consecuencia de su uso? Seguramente no, puesto que el odio en la vida política de las comunidades ha existido siempre, y probablemente tenga que ver con la forma de pensar y sentir del ser política. Aunque no por eso se puede descartar un rol fundamental de las redes sociales en la viralización y masificación de esta forma de expresarse. En las condiciones de cada una, en su estructura y en el tipo de vínculo que proponen, pueden hallarse condicionamientos que repercuten en la forma que interactuamos y pensamos ciertas cuestiones.

Pero más allá de la tecnología 2.0, el fenómeno del odio en el debate político actual tiene su origen en la coyuntura misma, en la confrontación entre lo que fue el gobierno

kirchnerista y su oposición. Contradicción que fue materia opinable para amplios sectores de la sociedad, los que por primera vez pudieron participar de la discusión política, de publicar sus posturas para que sean leídas por cualquier usuario de los millones que día a día utilizan Facebook o Twitter.

En principio podemos ver que las redes sociales se han vuelto un espacio frecuente del debate político en términos agresivos. Este trabajo buscará la *avanzar en la comprensión del aumento de la violencia en la discusión política, a partir de la articulación entre el descontento social y la institución de nuevas formas afectivas de comunicación*. En otras palabras, intentaremos un acercamiento a la subjetividad que experimenta la bronca y el odio, produciendo a partir de esto un tipo de sentido característico del dispositivo en el que se vuelca, en este caso, las redes sociales. En esta línea, la temática a trabajar será la de redes sociales y subjetividad para analizar en su complejidad problema observado.

En la última década se han ido desarrollando distintas investigaciones en torno a los efectos en la cultura a partir de la masificación del uso de redes sociales. Existen tanto enfoques ligados al estudio de la herramienta en tanto dispositivo y las distintas prácticas que su consumo ha ido instituyendo a nivel social, como también relativas a los cambios subjetivos que empiezan a vislumbrarse. De por sí, al ser un tema actual, se trata de una materia en constante cambio y evolución, por lo que es difícil comprender el fenómeno en profundidad. Son de referencia, en este sentido, los trabajos de Paula Sibilia, en una línea subjetivista, como son *El Hombre Postorgánico* y *La intimidad como espectáculo*, así como también distintos papers destinados a estudiar las implicancias de las plataformas en el acceso a la información, entre los que podemos destacar los de Nikolov y equipo acerca del denominado “efecto burbuja” de contenidos en redes sociales.

En cuanto al costado político del objeto, autores como Eli Pariser trabajan la cuestión de las “burbujas” de contenidos en la web y su vínculo con las democracias contemporáneas, pero desde un abordaje que no interioriza en el plano subjetivo de los ciudadanos. Es por esto que usaremos como base autores de distintas disciplinas, que van desde el psicoanálisis hasta la sociología, para buscar un acercamiento a la temática desde su complejidad y sus múltiples aristas.

El tema de la tesina surge a partir de problemáticas abordadas en distintas materias de la carrera de Ciencias de la Comunicación. Entre ellas podemos mencionar la cuestión del cuerpo como espacio de construcción de sentido, especialmente desde la perspectiva fenomenológica, que es retomada por la sociología de Pierre Bourdieu para pensar el cruce entre el plano subjetivo y las condiciones objetivas de la realidad. Estas temáticas fueron trabajadas en el Seminario de Diseño Gráfico y Publicidad dictado por la Cátedra Savransky, y reforzadas en el Seminario Ad Hoc *Representaciones, afectos e intenciones. Un abordaje del sentido desde la génesis de la subjetividad* de Federico Ferme, donde además se

profundizó sobre las implicancias de los procesos subjetivos de significación en el campo político y en la institución de sentido a nivel social.

En esta línea, las cuestiones sobre el cruce entre subjetividad y redes sociales, especialmente en lo relativo a los modos de reconocimiento, fueron debatidos en el Grupo de Investigación en Comunicación (GIC) "Intercambios simbólicos y subjetividad: cuerpo, imaginación y reconocimiento", dirigido por Federico Ferme.

Otro eje conceptual pertinente a la tesina es el vínculo entre técnica y subjetividad: cómo los avances y desarrollos tecnológicos repercuten en la práctica y la construcción del sujeto. En el Seminario de Informática, Cátedra Ferrer, se trabajó desde distintos enfoques la problemática.

El cruce entre redes sociales y subjetividad puede ser analizado desde múltiples aristas, ameritando de este modo un abordaje transdisciplinario. Al tratarse de un fenómeno actual, recurriremos a distintas corrientes de pensamiento y teorías que permitan abarcarlo en su complejidad.

Para la comprensión del rol que juegan las redes sociales en el fenómeno a estudiar, intentaremos observar por medio de un análisis técnico los mecanismos desde los cuales la plataforma condiciona la comunicación entre los usuarios y así el debate político. También se investigará, volviendo al plano subjetivo, cómo estos condicionamientos y características de la plataforma determinan un tipo de práctica que habilita una clase de construcción de sentido particular, estructurante para las interacciones y para la propia autoconstrucción que se dan los sujetos.

Asimismo, el estudio la subjetividad requerirá de aportes psicoanalíticos que permitan comprender en profundidad los procesos afectivos conscientes e inconscientes que inciden en la producción de sentido. Será fundamental como enlace para analizar los vínculos que existen entre los procesos subjetivos y las formas socialmente instituidas, y particularmente cómo se da en el sujeto el cruce entre sus deseos más profundos y la realidad en su adaptación a la vida en sociedad.

A su vez, trabajaremos con perspectivas más amplias y polifacéticas para estudiar el fenómeno en su interrelación con los distintos condicionamientos que inciden sobre la subjetividad. Autores como Castoriadis nos permitirán comprender las raíces sociales de sentimientos como el odio sin dejar de lado los orígenes psíquicos y cómo estos siguen operando constantemente. También partiremos de las nociones de institución de sentido en su interrelación con la psiquis y el deseo del individuo para pensar el vínculo entre lo social la satisfacción.

Los aportes de la disciplina sociológica serán imprescindibles para acercarnos al costado más dinámico y masivo, en particular con la cuestión de las prácticas en las que los sujetos se desempeñan, construyen sentido y se autoconstruyen en cuanto a su identidad. El

trabajo de Bourdieu, gracias a su abordaje multidisciplinario con aportes del psicoanálisis y la filosofía, es clave para pensar cómo trabajan los sentidos en el cuerpo, cómo hay diferentes tipos de significaciones que inciden a distintos niveles, y que condicionan fuertemente la construcción de la expresión después manifestada.

Asimismo, por medio de la teoría del reconocimiento, en especial a partir de los trabajos de Axel Honneth, podremos aproximarnos a una idea sobre cómo se reconocen los sujetos entre sí, a nivel intersubjetivo y el plano afectivo para con el otro, así como también la cuestión del autoreconocimiento de uno y el rol de la cultura en el descubrimiento de nuestra subjetividad.

2. La lucha por el sentido de la política post 2001

El estudio y la comprensión de las distintas subjetividades que interactúan en el debate político nacional requieren de una perspectiva histórica que pueda dar cuenta de la trayectoria de cada colectivo, sus progresos y desventuras en la última década, así como también de su experiencia ciudadana en lo que refiere a participación en la política macro y micro del país.

En este sentido, la crisis de 2001 marcó un antes y un después en la historia de los movimientos políticos en la Argentina, dado que significó el final de la etapa noventista iconizada por la convertibilidad y el modelo neoliberal (primero ejecutado por el gobierno de Menem y continuado después por Fernando De La Rúa), a la vez que funcionó como el desencadenante de los procesos de cambio económicos, políticos y sociales posibilitantes de la forma en que el kirchnerismo se desarrolló durante 12 años.

Para comprender las implicancias de dichos sucesos clave es importante destacar los principales rasgos del modelo político que estalló en diciembre de 2001. Durante la década del 90' se dio un claro proceso de reconfiguración en el vínculo entre lo público y lo privado, a nivel político, que tuvo como consecuencia "el vaciamiento de las capacidades institucionales del Estado", como afirma Maristella Svampa (2005, p.2), socióloga argentina. Dicho vínculo puede ser tomado como punto de partida para el análisis, no solo con el fin de comparar respecto a modelos posteriores, sino también para lograr un acercamiento a la visión de las distintas clases sociales acerca del cuerpo de funcionarios del Estado, la injerencia de la política en la vida cotidiana y, sobre todo, las formas de participación para el cambio.

En esta línea, la autora destaca tres principales rasgos de la matriz estatal de los años 90. En primer lugar, el patrimonialismo, es decir, el Estado puesto "al servicio de la lógica del nuevo modelo de acumulación del capital, que tendría a su cargo impulsar el desarrollo de la dinámica privatizadora, favoreciendo la constitución de mercados monopólicos, protegidos por el propio Estado" (Svampa, 2005, p.2). Por otra parte, la cuestión del asistencialismo, la erogación de fondos masivos para planes sociales y asistencia de necesidades básicas de sectores vulnerabilizados, solamente con fines de contención. Y en tercer lugar, el carácter represivo del sistema institucional "apuntando al control de las poblaciones pobres, así como a la represión y criminalización del conflicto social" (Svampa, 2005, p.2).

Este nuevo vínculo entre Estado y sociedad configuró durante la década un "nuevo modelo de dominación", basado en tres ejes que desarrolla Svampa. El primero, la subordinación de la política a la economía, proceso que "formó parte de una estrategia mayor de legitimación que, apoyada en la situación de emergencia, se esforzaba en subrayar el carácter ineluctable de las reformas" (Svampa, 2005, p.2), marcada a su vez por el intento de

despolitizar las medidas económicas, resaltando su necesidad coyuntural y su carácter unívoco.

La autora menciona en segundo lugar la “tradición híper-presidencialista” y la “visión populista de liderazgo”, rasgo que exacerba la sumisión de los actores sociales a las decisiones tomadas por la figura presidencial. Si bien siempre se trató de un elemento distintivo del peronismo como fenómeno político, especialmente en el culto a la “conducción” y la figura de “conductor del movimiento”, durante la década menemista también funcionó como un soporte para la inobjetablez de las decisiones tanto políticas como económicas.

El tercer eje que menciona la autora es la triple inflexión de la política como gestión:

“Esta inflexión se refiere al pasaje a un determinado modo de “hacer política” vinculado al mandato de los organismos multilaterales, que puede ser sintetizado como un nuevo modelo de gestión estatal. Las nuevas estructuras de gestión se asientan sobre tres características fundamentales: la exigencia de profesionalización, la descentralización administrativa y la focalización de la política social. Dichas estructuras se nutren de un modelo de gerenciamiento, “la cultura del management”. Según esta concepción, la profesionalidad y el conocimiento colocarían al experto en una posición óptima para aprehender el interés público o general y, en consecuencia, para implementar las políticas más adecuadas.¹ A su vez, esto fue acompañado por un proceso de descentralización administrativa del Estado, sobre todo de la salud y la educación. Asimismo, la focalización de políticas sociales conlleva intervenciones territoriales muy precisas en relación al cada vez más empobrecido universo popular, que tiene como telón de fondo el quiebre o desdibujamiento del mundo obrero. Dichos ejes fueron la clave para la reformulación desde el Estado de la relación con las organizaciones sociales, peronistas y no-peronistas. Como consecuencia de ello, las nuevas estrategias de intervención territorial fueron produciendo un entramado social en el cual se insertaron las organizaciones comunitarias, cada vez más dependientes de la ayuda del Estado.” (Svampa, 2005, p.3)

Los tres ejes que describe Svampa identifican perfectamente la compleja relación entre economía y política que existió en la década menemista, y que aún hoy puede rastrearse en la opinión pública. Ya desde los inicios de la implantación del modelo neoliberal, durante la dictadura del 76, se puede identificar la escisión entre ambas esferas, que tuvo su desarrollo durante el gobierno de Raúl Alfonsín, antes de desembocar, tras la hiperinflación, en una nueva etapa.

¹ El destacado es propio

Este proceso histórico es ampliamente abordado por el trabajo la socióloga Mariana Heredia, quien estudió cómo se dio la consolidación del rol técnico de la economía por sobre su contingencia política. La inflación incontenible de los años 80', junto con la caída progresiva del poder adquisitivo, fue abonando en la opinión pública, a la vez que sustentada por organismos internacionales y académicos, la creencia de la economía como una esfera "despolitizada y desocializada", en íntimo vínculo con la idea de política como gestión que describe Svampa. Afirma Heredia (2006):

"Esta representación supo demostrar verosimilitud en tanto se reveló capaz de retratar ciertos rasgos de la Argentina postdictatorial. Algo bien parecido al homo economicus había emergido de la larga experiencia inflacionaria y de los dispositivos montados para doblegarla. Aun cuando la capacidad de sacar ventaja en la urgencia no se distribuía por igual en las distintas zonas de la sociedad, un sinnúmero de ciudadanos de posiciones distintas había aprendido a comportarse, al calor de la escalada de los precios y el dólar, de manera semejante al sujeto de los modelos econométricos. Poco importaba entonces si eran radicales, peronistas, desarrollistas, liberales, muchos argentinos se convencieron de que la mejor manera de preservar e incrementar sus ingresos no pasaba por la movilización política sino por la agilidad con la que podían reaccionar frente a la coyuntura económica. Para ellos, los economistas irían consolidándose como los nuevos portavoces de lo verdadero y lo posible."(p.197)

Es importante conocer cómo los cambios en las esferas gubernamentales tuvieron su correlato en las creencias y representaciones sociales presentes en la década del 80 y consolidadas en los 90, para dimensionar realmente la crisis política del modelo de dominación que bien describe Svampa en diciembre de 2001, con el colapso del modelo económico. En el trabajo de Heredia puede verse cómo hay un sentido que se forma en la interacción de los sujetos con el Estado y la estructura gubernamental, puntualmente en lo que respecta al vínculo del ciudadano con la actividad económica, tanto micro como macro, que condiciona sus prácticas y en definitiva, la forma en que piensa su realidad.

La caída del gobierno de Fernando De la Rúa arrastró al conjunto de la clase política, cuya credibilidad y apoyo terminó de desmoronarse; fenómeno sintetizado para siempre en el emblemático "que se vayan todos". En este cuadro de situación, el sistema de partidos políticos, que en los 90 ya se había visto alterado en su clásica dicotomía entre peronistas y radicales, también se vio subsumido en una crisis de la cual hasta hoy no ha podido volver a recomponerse en una forma similar a su estadio previo. La Unión Cívica Radical nunca volvió a tener reales aspiraciones presidenciales tras la caída de De la Rúa, mientras que el Partido

Justicialista cedería el papel protagónico ante la emergencia del kirchnerismo, en un proceso que revisaremos más adelante.

El grito popular significó un quiebre sin precedentes en la legitimidad de los cuadros políticos y de las instituciones democráticas, en el marco de una crisis aguda del capitalismo nacional que afectó al conjunto de la población, y es en este sentido que no se puede dejar de lado el análisis del aspecto subjetivo de los fenómenos, puesto que lo que se rompe para que caiga la legitimidad de los políticos es, justamente, el sentido que los sujetos le daban. El momento en que dejan de adherir a la creencia republicana del funcionario trabajando por los ciudadanos, con honestidad en ejercicio de la función pública, es cuando la significación instituida acerca de la política y la economía se quiebra e indefectiblemente repercute en el desarrollo de dichas esferas, ya sea por medio de elecciones, manifestaciones u otro tipo de expresión.

El cuadro económico marcó, por un lado, el estallido de las clases populares ante la caída alarmante de su poder adquisitivo, que ya no alcanzaba a cubrir necesidades básicas, hecho reflejado en las ollas populares y los comedores barriales llenos. Este empobrecimiento alcanzó también a la clase media, que salió (aclarando que el fenómeno no se circunscribió específicamente a su sector) con las cacerolas vacías a las calles para manifestarse en las emblemáticas movilizaciones que quedarían como símbolo de clase.

Así, el perjuicio económico impulsó la movilización de gran parte de la sociedad, que se vio interpelada políticamente en los distintos colectivos, los cuales tenían, y siguen teniendo, distintas visiones de los hechos de acuerdo al lugar que ocupan en la dinámica social. Mientras que para las clases medias el colapso económico del país significó el quiebre de un ideal de progreso basado en el esfuerzo personal y el consumo, para tener que empezar a contar centavos con el fin de cubrir necesidades básicas, para los sectores más carenciados planteó un profundo cuestionamiento a la clase política y el ejercicio de sus funciones, como los causantes de que familias enteras no tuvieran para comer.

Esta coyuntura adversa se tradujo en una modificación forzada de las rutinas de millones de personas, una ruptura de hábitos que condujo a numerosos ciudadanos a llevar adelante prácticas que no acostumbraban, y que en cierta forma habilitaron otras visiones y reflexiones sobre la crisis. En este sentido, el trabajo de Ana María Fernández y sus colaboradores en *Política y Subjetividad* describe en profundidad cómo el auge de las asambleas barriales sumergió a los vecinos de la clase media porteña en una serie de prácticas en una “lógica situacional” de emergencia y de necesidad de colaboración conjunta, que habilitaron nuevas reflexiones acerca de lo público, lo privado y la política (Fernández; 2011).

Comprendemos que el rol de la clase política apareció para gran parte de la ciudadanía como el causante de la crisis de sus expectativas, ya imposibles de cumplir y devenidas

urgencias de subsistencia para muchos. Es esta la razón por la cual el 2001 puede considerarse un momento que marcó y de alguna manera condicionó la formación de las subjetividades políticas de la década siguiente; es la degradación, justificada, de la imagen del ejercicio de los funcionarios y referentes políticos lo que construye un sentido sobre estos que antes no estaba presente con tanta generalidad en la ciudadanía, si bien fue desarrollándose a lo largo de más de una década. Y son estas nuevas significaciones acerca de la política, ya instituidas, las que operarán durante los años venideros.

En este sentido, Svampa habla del 2001 como un “año extraordinario, marcado por una cierta resonancia entre clases medias movilizadas y sectores populares organizados” (2004, p.5). La autora asocia de este modo el rechazo al neoliberalismo como base para la afinidad entre clases:

“La crisis del modelo de convertibilidad, en diciembre de 2001, hizo posible que vastos sectores sociales comprendieran de golpe, como si fuera una revelación, que la brecha social que se había abierto durante los 90, era profundamente ilegítima. Este cuestionamiento de la globalización neoliberal, estuvo en la base de la afinidad entre clases medias y piqueteros, víctimas y principales opositores a la misma”.
(Svampa, 2004, p.9)

Fue en este marco que los movimientos sociales pudieron erigirse como un actor político central tras la crisis del 2001, durante todo el período que culminó con la asunción de Néstor Kirchner. Su organización los mostró como una naciente “nueva institucionalidad”, capaz de representar a las barriadas y sectores populares en su reclamo por satisfacer sus necesidades básicas.

Pero como bien explica la autora, su éxito fue relativamente efímero por cuestiones endógenas y exógenas. En primer lugar, la fragmentación organizacional, la ausencia de espacios coordinadores, así como también la alta tendencia en la repetición de planes de acción y el dogmatismo ideológico de ciertos sectores (Svampa, 2004), condicionaron fuertemente la posibilidad de conformar un bloque de poder duradero y con perspectivas de largo plazo.

Por otra parte, hubo factores externos vinculados a la clase media y la coyuntura político-económica que socavaron fuertemente la capacidad de movilización:

“En efecto, desde principios de 2003, el espacio de resonancia abierto entre los movimientos piqueteros y las llamadas clases medias progresistas, comenzó a estrecharse de manera vertiginosa. En realidad, el año arrancó con una demanda creciente de “normalidad institucional”, ganando las voces incluso de aquellos que unos meses atrás habían acompañado las movilizaciones, exigiendo “que se vayan

todos". Pese al descrédito de los partidos tradicionales, una suerte de saturación frente a los cortes y manifestaciones callejeras, comenzó a reducir peligrosamente, una vez más, el umbral de tolerancia hacia las protestas sociales. El estado de la opinión pública, volátil, pero siempre atento a la ecuación promesa/resultados, estaba cambiando." (Svampa, 2004, p.7)

De este modo, el mapa social del 2003 presentaba a los movimientos sociales desgastados en su accionar, su efectividad, como también en su potencial de movilización y de construcción política, a la vez que entre los sectores medios crecía la demanda de normalidad. Para Svampa, la crisis del 2001 "conllevó una demanda doble y contradictoria: por un lado, implicó un llamado a la creación de una nueva institucionalidad, que priorizaba la autoorganización de lo social a distancia y en detrimento del mundo institucional; por otro lado, transmitía un llamado a la normalidad, que podía leerse como una demanda de intervención estatal (el regreso del Estado) para garantizar el orden, la ejecutividad y la seguridad amenazados y pervertidos en los últimos años" (Svampa, 2004, p.8).

En este punto es interesante retomar el trabajo de Fernández, dado que cuando analiza el fenómeno de las fábricas recuperadas en el contexto de la crisis, destaca aspectos de la subjetividad ineludibles para analizar cómo se da esta "vuelta a la normalidad" de la que habla Svampa.

"En nuestro criterio, estos procesos autogestivos presentaron -al menos en sus inicios- la particularidad de formar parte de estrategias de supervivencia más que de voluntades políticas de transformación radical de la sociedad. Desde allí han alterado -situacionalmente- las naturalizaciones de sentido de la representación política y de las economías y organizaciones fabriles, también han subvertido la vida cotidiana de sus protagonistas. Podría decirse que en tal sentido, son experienciaros, alimentaron sus formas de autogestión y una y otra vez pueden volver a los instituidos que intentaban derribar. He allí su complejidad, su riqueza y sus límites". (Fernández, 2011, p.29)

Así señalan Fernández y sus colaboradores el modo en que el contexto adverso no siempre significa un cambio de sentido en el pensamiento de los sujetos acerca de instituciones fundamentales, como puede ser el Estado, por ejemplo. "(...)Cuando las acciones políticas operan preponderantemente desde una lógica de la multiplicidad, tienden a establecer situaciones más que a fundar instituciones, y en su andar y accionar van inaugurando otros modos territoriales de estar-hacer-habitar que configuran un tipo particular de prácticas y subjetivaciones que hemos denominado existenciaros, aludiendo a las particulares marcas que estas experiencias dejan en quienes participan en ellas", especifican los autores, en

cuyas palabras podemos destacar la noción de “lógica de la multiplicidad”, como una de las tantas en las que se vieron inmersos los sujetos en sus experiencias de asambleas y autogestión durante la crisis.

Es este carácter situacional (que Fernández describe en tensión con la lógica de institución) lo que nos sirve de ejemplo para observar cómo no siempre las prácticas desarrolladas en contextos disruptivos respecto de los hábitos de los sujetos significan replanteos y cambios en las significaciones que ordenan su pensamiento y su existencia en el mundo. El 2001 encontró unidos a los ciudadanos más carenciados con quienes experimentaban súbitamente la escasez de recursos para cubrir necesidades básicas; sus experiencias se vieron unificadas por el rechazo a la clase política que por medio del mal ejercicio de sus funciones les estaba negando la supervivencia, a los más pobres, y el progreso a los más pudientes. Cuando el cuerpo gubernamental recobró su orden y comenzó a hacerlo extensivo al funcionamiento diario de la sociedad, las pretensiones de ambos sectores tuvieron el comienzo de una satisfacción, de manera que la dinámica social fue volviendo a sus formas previas a la crisis: los cortes de calles por protestas empezaron a ser molestos para los ciudadanos de clase media, a la vez que los planes sociales por parte del Estado garantizaron el sustento y el trabajo para amplios sectores que se veían representados por los movimientos sociales.

De todas formas, aunque no haya cambiado las pretensiones y los ideales de millones de ciudadanos, la crisis del 2001 formó significaciones, nuevas formas de entender la realidad y la sociedad que quedarían en estado latente para resurgir ante momentos convulsionados a futuro, como veremos.

Los años post-crisis: el kirchnerismo

En estas condiciones se desarrollaron los comicios que promovieron a Néstor Kirchner, con el apoyo de Eduardo Duhalde, como presidente tras la declinación de Carlos Menem a participar del ballottage. Ante la demanda de “normalidad institucional” de los sectores medios y los reclamos por necesidades básicas insatisfechas de los sectores populares, el nuevo gobierno respondió con una continuidad del modelo duhaldista. Mediante estrategias de negociación y cooptación, sostiene Svampa, se logró paulatinamente la integración e institucionalización de numerosos sectores del movimiento piquetero, que vieron en el nuevo presidente un posible retorno a “las fuentes histórica del justicialismo”, en especial las organizaciones afines a la matriz nacional y popular (Svampa; 2004) y al liderazgo populista. Asimismo, la baja de la conflictividad social fue tomada por los sectores medios positivamente, como un indicio de vuelta la orden.

Svampa analiza este reclamo de “normalidad” como una forma de “naturalizar –y por ende, legitimar nuevamente la brecha instalada por el modelo neoliberal. A través de ella, se exige a los actores movilizados el silencio y el retorno a la invisibilidad. En el límite, en nombre de una división entre ‘los que trabajan’ (para un país en serio) y ‘los que no trabajan’ (y son asistidos por el Estado), se les pide que vuelvan al barrio y se resignen a su condición, en tanto ‘excluidos’ del sistema” (Svampa, 2004, p.9), descripción sumamente gráfica del escenario social post crisis.

En este sentido, el filósofo Alberto Bonnet especifica cuáles eran las exigencias que debía afrontar Néstor Kirchner como presidente ante los sectores emergentes de las jornadas de diciembre de 2001, que ya habían transitado un año desde el “estallido”:

“Ahora estaban, por una parte, los pobres (más propiamente hablando: las fracciones más empobrecidas y marginadas de la clase trabajadora, que habían protagonizado los piquetes, los saqueos, etc.) y, por otra parte, los ciudadanos (más propiamente: las restantes fracciones menos golpeadas de la clase trabajadora y la pequeño-burguesía que, mezcladas, habían protagonizado los cacerolazos, las asambleas, etc.). Sobre el kirchnerismo pesaba, en consecuencia, la doble exigencia de ser a la vez populista y progresista. Pero satisfacer esta doble exigencia no era imposible. El kirchnerismo debía ser populista de una manera clientelar -pero el peronismo posterior a la última dictadura ya se había convertido en un aparato clientelar—; y debía ser progresista de la única manera posible, es decir, de manera liberal —pero el peronismo posterior a la última dictadura ya se había convertido también en un partido liberal—”.(Bonnet, 2015, p. 233)

La perspectiva del autor permite, en esta línea, captar un aspecto fundamental del kirchnerismo, un rasgo característico que condicionó sus políticas durante los 12 años que gobernó, con variaciones, lógicamente. “El kirchnerismo en su conjunto es la insurrección como restauración. Esto quiere decir en primer lugar que, dentro de la historia reciente de la lucha de clases en nuestro país, el kirchnerismo (...) es la restauración del orden burgués que había sido impugnado durante la insurrección de 2001. El kirchnerismo no es el emergente de la insurrección, sino la clausura de la insurrección”, describe Bonnet (2014), remarcando la injerencia de la nueva composición de clase existente en el 2001 y su rol político como insurrección, en las formas de integración y arbitraje de la lucha de clases que marcó a los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández .

“(...) La insurrección de 2001 determinó las características distintivas de esa restauración. La insurrección y la restauración no guardan entre ellas una relación de exterioridad, sino de interioridad” conceptualiza el autor, agregando que “la insurrección no

fue solamente algo externo a, y clausurado por, la restauración, sino que siguió existiendo en el interior de la restauración y determinando sus características. Y, lo que políticamente hablando es más importante aún, determinando también sus límites” (Bonnet, 2014). Esta forma de pensar el fenómeno que significó el kirchnerismo en el escenario post-2001 resulta muy útil para analizar no sólo el contexto político en que se dieron gran parte de las medidas, sino también la manera en que se fueron configurando las afinidades y rechazos por parte de los distintos sectores de la sociedad, en base a lo que se podría llamar, una identidad del movimiento, que fue variando con el tiempo pero que siempre mantuvo en su núcleo la dialéctica que remarca Bonnet.

En esta línea, el análisis del autor ordena en el tiempo las principales políticas del gobierno de Néstor Kirchner en base a la hipótesis planteada, donde distingue claramente, en un primer momento, la continuidad de las medidas de Eduardo Duhalde, de integración de los movimientos sociales, por medio de planes sociales y asistencia, a la vez que profundizó con el pasar de los años el congelamiento de tarifas, o mejor dicho, la pérdida de su correlación con el precio del dólar, y la asignación de subsidios con el mismo fin, política distintiva en cuanto al funcionamiento de los servicios públicos en el kirchnerismo. Dichas medidas trajeron alivio al conjunto de la ciudadanía tras la crisis, a la vez que permitieron bajar los niveles de conflictividad social (en el sentido de marchas, paros y protestas) y reencauzar las pretensiones de movilidad social de los sectores medios y bajos.

Claro que la relación entre el kirchnerismo y los sectores medios no fue siempre positiva, incluso podría decirse que fue tirante hasta el momento de ruptura que señala Bonnet con la crisis política del 2008. La idea de normalidad institucional que enfatizó Kirchner en su campaña, y que fue motivo de ilusión para la clase media, tuvo hitos de tensión como, por ejemplo, la intervención del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), con la alteración de los índices oficiales, especialmente los de inflación, los cuales delinearon un sesgo de desconfianza permanente de los sectores medios hasta el final del gobierno de Cristina Fernández, en el ítem que el autor distingue como “calidad institucional” (Bonnet, 2015).

En este contexto, Bonnet compara en el rol de la clase media en el 2001 con el que tuvo durante los sucesos del 2008, con las distintas movilizaciones de productores rurales y sectores medios urbanos contra la implementación del régimen de retenciones móviles a la producción agraria, que impulsó el gobierno por medio de la resolución 125. Remarca el cambio que hubo respecto del apoyo a los grupos piqueteros a modo de alianza contra el gobierno, en el marco del Corralito y los saqueos de diciembre: “Durante los primeros meses de 2008 el establecimiento de retenciones móviles también fue denunciado por ‘productores rurales’ como “saqueo” de sus bolsillos por parte del Gobierno, pero la lucha de los sectores medios junto con esos ‘productores’ no podía sino adoptar el carácter reaccionario de una

colaboración en defensa del derecho de la propiedad de la burguesía sobre la tierra y el producto agrarios” (Bonnet, 2015, p.96) , afirma el autor, de cuyas palabras puede distinguirse otro momento muy distinto en la historia de la lucha de clases en nuestro país, en el cual los reclamos son resignificados a partir del avance de la restauración del orden impulsado por el Frente Para la Victoria.

La crisis política del kirchnerismo en 2008 fue un momento de consolidación de posturas, como también de redefinición de afinidades e imaginarios, al interior y asimismo al exterior del frente:

“Detengámonos un momento en esta distinción entre consenso, por una parte, e identidad y cohesión, por la otra. El conflicto entre el gobierno y el Grupo Clarín no es, estrictamente hablando, el único conflicto que contribuyó a dotar de identidad y de cohesión al kirchnerismo durante este período: el otro, simultáneo y relacionado, fue naturalmente el propio conflicto con la burguesía agraria. Este conflicto puso en evidencia mucho más claramente esa diferencia entre el consenso alrededor del kirchnerismo, por un lado, y la identidad y la cohesión de sus partidarios, por el otro. Dijimos que el conflicto agrario representó, para el kirchnerismo, en términos del consenso alrededor suyo, una derrota. Más aún, puesto que el grado de consenso de una fuerza política en la sociedad no puede separarse completamente del grado de identidad y cohesión de sus miembros, el conflicto agrario también acarrió para el kirchnerismo, como dijimos, una serie de enfrentamientos entre sectores internos y una sangría de sectores enteros de su dirigencia hacia la oposición. Pero a la vez, el conflicto agrario ayudó a mediano plazo a consolidar la identidad y la cohesión de quienes permanecieron en sus filas, así como a engrosar dichas filas con partidarios que se sumaron a ellas a partir del propio conflicto. Es particularmente importante resaltar, en este sentido, el aporte que hicieron a esta consolidación de la, identidad y la cohesión entre los partidarios del kirchnerismo la confluencia de un contingente de nuevos cuadros intelectuales provenientes de los sectores medios progresistas así como la mayor consolidación de una fuerza específicamente kirchnerista.” (Bonnet, 2015, p.106)

Las palabras de Bonnet ilustran perfectamente el proceso simbólico que se dio alrededor de la principal fuerza política de aquel momento. La identificación de un adversario político, como en el caso de los productores agrarios y sectores medios urbanos, apoyados a su vez por corporaciones mediáticas como Clarín, acaso el gran enemigo político del kirchnerismo (al menos en el plano discursivo), delineó con mayor precisión los límites del

frente y sus planteos ideológicos. La crisis obligó al conjunto de la ciudadanía a tomar una postura, que con el correr de los años fue transformándose en ser “K o Anti K”, pero que en el momento del enfrentamiento motivó, como bien explica el autor, a la sangría de cuadros, por un lado, con una fuerte contraparte de ingreso y consolidación de otros al interior del movimiento.

Los resultados electorales marcarían en 2011 el éxito de esta etapa de cambio, que motivó también la recuperación de la iniciativa política del kirchnerismo post 2008, con la sanción de leyes importantes como las de medios, matrimonio igualitario, estatización de fondos jubilatorios y Aerolíneas Argentinas, o la propia Asignación Universal por Hijo (Bonnet, 2015). Pero este proceso de consolidación del frente tuvo como correlato la postura irreconciliable de numerosos sectores (principalmente aunados en el debate agrario de 2008), lo que marcó a su vez los límites del consenso a nivel social a futuro. Quizás pueda ubicarse en esta etapa el comienzo de “la grieta”, tan subrayada por estos tiempos: el final de la política de “transversalidad”, de satisfacción de demandas de distintos orígenes en la escala social, para confluir en una idea de “resistencia” al avance de las grandes corporaciones por sobre “el pueblo”, representado por el oficialismo.

En este sentido, desde 2008 en adelante, con especial acentuación a partir del contundente 54% logrado por Cristina Fernández en su reelección, fue delineándose en importantes sectores, principalmente de clase media-alta, un notorio rechazo al kirchnerismo como representante de la voluntad popular. En un contexto de kirchnerismo hegemónico y de oposición sumamente disgregada, dichos colectivos se encontraron en ausencia de representación política en el marco democrático, lo que podría considerarse reminiscencia del 2001 desde el síntoma de la vuelta de los cacerolazos y las multitudinarias marchas del 8N y sucesivas, esta vez, en un contexto económico y político sumamente distinto. Retomando la perspectiva subjetiva desde la que abordamos el 2001, dicho rechazo a la clase política que vuelve a aflorar, podría vincularse al no cumplimiento o entorpecimiento de las aspiraciones de las clases medias.

Esta etapa de movilización para dichos sectores constituye un fenómeno particular de la década, con un rol trascendental de las redes sociales como difusoras de reclamos y organización, permitiendo explotar uno de los valores principales de las marchas, el carácter de autoconvocados, que tiene un correlato ineludible en el apoliticismo que se pretendió imprimir a las demandas. Desde las convocatorias se llamaba a ir sin banderas políticas ni partidarias, buscando demostrar que los reclamos aglutinados sumamente heterogéneos excedían la representación político organizacional, en lo que también puede interpretarse una consecuencia del 2001, un vínculo imaginario de la clase política emparentada con la corrupción y el “saqueo” de los bolsillos “del pueblo”, en este caso, las clases medias.

En este sentido los sectores movilizados agrupaban reclamos sin jerarquías entre sí que iban desde demandas económicas, como la inflación o el cepo al dólar, inseguridad, y hasta políticas como las respectivas contra la re-reelección de Cristina Fernández y los discursos de demonización/descalificación del otro, entre otras, de difuso vínculo entre sí. Así, el símbolo de los cacerolazos fue retomado por las clases medias en clave distinta al 2001:

“(...) existe una notoria asociación entre movimiento de cacerolas y clases medias, que para algunos, marcaría una limitación. Pero lo cierto es que las cacerolas se convirtieron en un recurso de acción propio de las clases medias, porque éstas dejaron una huella en la memoria política, una marca de orgullo identitario en estos sectores, desde lo sucedido en las jornadas de diciembre de 2001, aun si estas jornadas contaron también con la participación de sectores populares. Así, desde mi perspectiva, podría decodificarse este cacerolazo en clave post-2001, esto es, en el marco de un escenario de corrimiento y ampliación de la política, que tiene que ver con la transformación del vínculo político, con el hecho de que el pueblo (o una parte de él) entiende que la delegación de soberanía ya no es más –no puede volver a ser– total o completa. Que en la Argentina contemporánea no se haya dado cabida a dichas demandas de mayor participación y democratización de la política, no significa que estas demandas se hayan desactivado, sino que las mismas entraron en estado de latencia, con lo cual, ante determinados acontecimientos, éstas pueden volver a hacerse manifiestas”. (Svampa, 2012)

El análisis de Svampa, formulado en el momento de los hechos, distingue claramente el trasfondo de crisis de representación política que subyace bajo el cúmulo de reclamos heterogéneos enunciados en las marchas del 8N y sucesivas, como una deuda del 2001 que nunca terminó de ser saldada. La cuestión de la delegación de la voluntad popular y la participación en la política puede considerarse un rasgo particular de las clases medias, producto de un recorrido histórico que ha provocado construcciones simbólicas características en la última década.

Así, de 2001 en adelante, los sectores medios de la sociedad se han movilizado masivamente en situaciones puntuales que hemos mencionado, y en torno a reclamos específicos que buscaban ser enunciados desde un espacio de ciudadanía apartidaria. Las marchas contra la inseguridad tras el secuestro y muerte de Axel Blumberg, como las organizadas durante el conflicto con el campo en 2008, a las que se pueden agregar las del 8N y sucesivas, tienen en común no solo su gran masividad, sino también la concentración de ciudadanos sin identificación partidaria, que a su vez buscan interpelar a “la clase política” para que anteponga las demandas civiles a las luchas políticas entre partidos.

Esta imposibilidad de identificarse con un sello político sea quizás una consecuencia del declive de la Unión Cívica Radical tras el fracaso de la Alianza, pero también deja en evidencia un rechazo hacia la práctica política, a la representación que puedan hacer los dirigentes. Se escucha comúnmente el latiguillo “a mí no me interesa la política”, como si no afectara al conjunto de la ciudadanía, como si no fuera un tema interpelante para los sujetos en su cotidianidad. Y solo se llega a la movilización en casos que se juzgan ya impostergables, urgentes, lo que se evidencia en las importantes convocatorias que alcanzan repentinamente, en un clima convulsionado desde lo emocional, donde los reclamos se vuelven eufóricos o dramáticos.

Como vimos anteriormente, la lectura que hace Svampa del 2001 deja en claro que después de la crisis quedó planteada “una demanda doble y contradictoria”, en la cual se evidencia por un lado el reclamo de nuevas formas de organización social como “una nueva institucionalidad”, en conflicto a su vez con los pedidos de “normalidad” al Estado, consigna cuya amplitud es claro síntoma de la “lógica de la multiplicidad” de la que hablábamos anteriormente, presente en las significaciones de tiempos anteriores que vuelven a aflorar para operar sobre el presente. En este sentido, las clases medias se identificaron más con el segundo punto, con la idea del poder político “al servicio de la gente”, que pueda garantizar el funcionamiento y el orden de las instituciones, y, particularmente, la economía diaria de cada uno de los sujetos, su poder adquisitivo, en sintonía con la tradición de política como gestión que ya destacamos anteriormente con el trabajo de Heredia, y que podrían vincularse más directamente con sus deseos y aspiraciones de índole privado.

Es en este sentido que la descripción de las representaciones operantes en los sectores movilizados contra el gobierno kirchnerista, como dijimos, enmarcables dentro de la clase media argentina en toda su heterogeneidad, nos permitirá a futuro seguir avanzando en la comprensión de nuevos tipos de subjetividades, con sus respectivas nuevas formas de vínculo con la política. En sus manifestaciones pueden leerse elementos fundamentales para el análisis de los procesos simbólicos que desembocaron en la victoria de Mauricio Macri, y de la adhesión a su figura en tanto referente político.

Balance: el sentido de la política y la problemática de la participación

En principio, podríamos distinguir como uno de los saldos de la década del 90 y la crisis del 2001, un imaginario generalizado que vincula a la “clase política” con la corrupción. Desde ese momento, las clases medias en calidad de ciudadanos-individuos se plantean como los únicos garantes de la transparencia y la valoración de las instituciones democráticas². Y es

² “(...) en 2002, en la localidad de Jachal, provincia de San Juan, luego de que el intendente fuera destituido, se construyó un monumento a la cacerola, que tiene una leyenda que dice “funcionario, la

esta forma de vincularse con el ejercicio del poder público lo que conllevaría, a su vez, prácticas en las que se desarrolla, consolida y reproduce dicha relación, que podemos encuadrar dentro de la problemática de la participación.

Siguiendo esta línea, la participación en los sectores medios adquiere una configuración distinta con respecto a los más marginados y la mediación de los movimientos sociales. Transcurrido el 2001, esa especie de unidad de acción que existió entre ambos sectores fue disolviéndose en base a la integración al aparato estatal de algunos grupos, el rechazo a la “insurrección” de otros, quedando grandes sectores marginados en demanda de reconocimiento.

Dicha diferencia que marcan tanto Bonnet como Svampa en el plano de la participación de, como hemos dicho, los sectores medios y los grupos piqueteros o movimientos sociales, entendidos como la representación política de las clases bajas, plantea una lucha de fondo por el sentido que se le da a la política. Es esta significación de la práctica política lo que condiciona fuertemente el contacto y las acciones concretas que van a realizar dichos grupos con el orden institucional, el Estado, como también en la discusión y el debate público.

La forma en que los distintos ciudadanos entienden la política está condicionada por los procesos de sentido que, indefectiblemente, tienen que ver con significaciones instituidas y compartidas por una sociedad, es decir, con los fundamentos que cohesionan y permiten a los sujetos identificarse a sí mismos como parte de un colectivo.

Cornelius Castoriadis plantea, en lo que refiere a las sociedades actuales, una coyuntura de crisis de las significaciones imaginarias sociales, en tanto los elementos “que mantienen a esta sociedad, como a toda sociedad, unida, dejando a la vista cómo esta crisis se traduce en el nivel del proceso identificador” (Castoriadis, 1996, p.4).

En un repaso histórico por las grandes significaciones estructurantes que realiza en “La crisis actual del proceso identificador”, distingue para la modernidad la centralidad de dos en particular: “la expansión ilimitada de un supuesto dominio ‘racional’” y la “autonomía individual y social, de la libertad, de la búsqueda de formas de libertad colectiva, que corresponden al proyecto democrático, emancipador, revolucionario” (1996, p.7). Con respecto a esta segunda significación central vale la pena detenernos en este momento, dado que el autor aclara que se encuentra en una “fase de eclipse u ocultamiento prolongado”, desde la llegada del neoliberalismo a las principales potencias mundiales, con “el descubrimiento de las virtudes del “mercado”, de la empresa y de la ganancia por el Partido socialista francés. La única significación realmente presente y dominante es la significación capitalista, la expansión indefinida del “dominio”, la cual al mismo tiempo se halla -y ahí está el punto clave- vaciada de

cacerola vigila”... Quizá sea éste también uno de los mensajes que todavía resuena en las cacerolas, y que no está dirigido sólo al Gobierno sino al conjunto de la clase política” (Svampa, 2012)

todo el contenido que podía otorgarle su vitalidad en el pasado y que permitía a los procesos de identificación llevarse a cabo medianamente bien” (Castoriadis, 1996, p.9).

A partir de este planteo, Castoriadis explica la traducción de estos procesos macro en las subjetividades, visibles en nuestro país:

“Una parte esencial de esta significación era también la mitología del “progreso”, que daba un sentido tanto a la historia como a las aspiraciones referentes al futuro, otorgando también un sentido a la sociedad tal como existía; mitología que se suponía como el mejor soporte de ese “progreso”. Sabemos que esa mitología cayó en la ruina. ¿Pues cuál es hoy la traducción subjetiva, para los individuos, de esta significación y esta realidad que es la “expansión” aparentemente “ilimitada” del “dominio”?

Para unos pocos, es por supuesto una cierta “potencia”, real o ilusoria, y su crecimiento. Pero para la aplastante mayoría de la gente, no es ni puede ser más que el crecimiento continuo del consumo, incluido las supuestas distracciones, que se transformaron en un fin en sí. ¿En qué deviene entonces el modelo identificador general, que la institución presenta a la sociedad, propone e impone a los individuos como individuos sociales? Es el del individuo que gana lo más posible y disfruta lo más posible; es tan simple y banal como eso”. (Castoriadis, 1996, p.9)

Esta cuestión del lugar que ocupa el consumo en la vida subjetiva de las personas en estos tiempos es ineludible a la hora de pensar los procesos políticos y sociales. En el mencionado contexto de crisis de las significaciones, es el consumo el parámetro que llena o vacía de sentido las expectativas de progreso de millones de sujetos. Así, se vuelve un espacio de identificación con modelos sociales de éxito muy fuerte, capaz de definir subjetivamente la existencia del individuo

Cabe seguir reflexionando a futuro acerca del lugar que ocupan estas significaciones contemporáneas en el planteamiento de expectativas y en el modo que los sujetos se reconocen a sí mismos, para comprender en mayor profundidad la forma en que se entiende, a partir de tales subjetivaciones, otras significaciones centrales en la vida de la sociedad como es la política.

3. El odio como síntoma de defensa de la subjetividad

A partir de lo trabajado en el primer capítulo, podemos ver cómo existe en la sociedad actual un debate acerca del sentido de la política, planteado a partir de la crisis del 2001 con coletazos recurrentes desde 2008 en adelante, particularmente mostrando un primer momento de pérdida de la identificación existente entre los ciudadanos y las alternativas políticas que participan de las elecciones, y una posterior transformación. A grandes rasgos, pudimos distinguir en este sentido un tipo de subjetividad, enmarcable dentro de lo que suele denominarse “clase media”, que participa esporádicamente del debate público, pero de una manera repentina y masiva, en momentos que juzga urgentes, con reclamos que harían al desarrollo de sus expectativas de progreso, en tensión siempre con la coyuntura económica del país.

Esta forma de analizar la disputa por el poder es visible en los sectores que han salido a manifestarse en circunstancias específicas en gran masa, como sucedió en el 2001 o, en un contexto muy distinto, en 2008, retomando antiguos símbolos como las cacerolas. Estas recurrencias exponen la presencia de imaginarios de carácter latente, que surgen repentinamente, con el apoyo de gran cantidad de ciudadanos, y en el corto plazo vuelven a un segundo plano.

Es este modo de participación el que se vislumbra un sentido de la política que entra en debate con otro, más clásico, vinculado a la organización tradicional de los partidos en el país y al concepto de militancia, prácticamente negado desde la posición que describimos, privilegiando en contraposición la supuesta independencia del pensamiento.

Claro que la última década ha contado con un factor que en cierto punto modificó el vínculo de los ciudadanos entre sí, como también el que mantienen cotidianamente con instituciones de la sociedad. En otras palabras, fue la penetración de Internet y el uso de redes sociales lo que posibilitó a amplios sectores de la población el acceso a nuevos canales de expresión, donde también se desenvuelve la lucha por el sentido. Facebook y Twitter se transformaron en vidriera de las opiniones políticas de millones de argentinos que salieron a manifestarse ante sucesos de relevancia pública, así como también se consolidaron en tanto vías para convocar a marchas o simplemente difundir ideas, proceso masivo fácilmente visible.

Este hecho social es verdaderamente significativo en la historia del debate político en nuestro país. Hasta hace poco tiempo, para participar en una discusión política que excediera el cara a cara, el ciudadano debía recurrir a cartas de lectores, carteles o pintadas en la vía pública, contacto con periodistas u otras vías menos usuales, realidad que contrasta con la actual, en la que cualquiera puede sin costo monetario alguno formular sus opiniones y

publicarlas, participando de lo que comúnmente se llama “la conversación global”. Por medio de un hashtag, o mencionando una palabra clave, ya se puede participar de la discusión, lo que potencia todavía más la masividad del hecho.

Se puede presumir, a primera vista, que las redes sociales se adaptan muy eficazmente al vínculo que los sectores medios mantienen con la política; en otras palabras, les proveen una participación funcional a sus modos de vida, así como también una herramienta sencilla para convocar y movilizarse ante demandas que consideran impostergables. Pero más allá de todas las utilidades, les permiten intercambiar ideas y opiniones con pares como nunca antes había ocurrido en la esfera pública.

Así enunciado puede pensarse que se trata de espacios democráticos que contribuyen a la formación política de los ciudadanos, con mensajes enriquecedores en el marco del diálogo: los millones de ciudadanos que no participaban ni de partidos ni de agrupaciones políticas, es decir, que no contaban con experiencia en política, ahora pueden discutir, reafirmar o repensar sus opiniones en un marco de discusión libre y accesible; pero la realidad dista bastante de este ideal.

En este sentido, existe una característica muy llamativa que se da en el comentario político vía redes sociales, especialmente en Twitter, y resulta distintiva del fenómeno: es la violencia con la que se opina respecto de otro un rasgo ineludible a la hora de observar la actividad. Fácilmente pueden encontrarse mensajes con insultos, agravios o descalificaciones al rival político, lo que expone a las claras no sólo la pobreza del debate, sino también cómo se ha formado una posición irreconciliable con el kirchnerismo. Durante el último mandato de Cristina Fernández fue común encontrar, en simultáneo a las abundantes cadenas nacionales realizadas por la ex mandataria, cientos de miles de mensajes que no buscaban una crítica a las políticas anunciadas, sino la anulación de su presencia, al punto de desearle la muerte a ella y todos sus seguidores.

XXXXXXXX

@XXXXXXXX³

#KRETINA para robar hambreaste #JUBILADOS nos hundiste en la inseguridad y depreciaste la moneda x la q los trabajadores dan la vida MORITE

XXXXX

XXXXX

@XXXXXXXXXX⁴

@xxxxxxx @xxxxxxx yegua reputisima bipolar descerebrada mafiosa KRETINA con tu banda K han dejado al pais en bancarrota morite cinica

³ Link al tweet: <https://bit.ly/2ATQACK>

⁴ Link al tweet: <https://bit.ly/2YAACW7>

“No me interesa la política”

El desprecio por la política partidaria, que pudimos observar en las expresiones previas a la asunción de Mauricio Macri como presidente en 2015, es rastreable desde la ruptura de las clases medias con los partidos post 2001, y asimismo es coherente con los latiguillos comunes, en los que se pueden identificar creencias exhibitorias no solo de una lógica contraria a la del ejercicio institucional u organizacional de la política, sino también de una forma de expresarse particularmente cargada de emociones y sentimientos, siempre subjetivos. “No me interesa la política, pero...”, críticas a la “diktadura”, omnipresencia del clientelismo en la militancia o directamente expresiones como “negros de mierda”, se reproducen a diario en las redes como argumentos corrientes de cualquier debate.

xxxxxxxxxx@xxxxxxxxx⁵

No me interesa la política, ni las pavadas que pueda llegar a decir esta Kretina.. no puedo escucharla ni 5 minutos..#CadenaNacional

xxxxxxx.@xxxxxxx⁶

@xxxxxxx no me interesa la política actual argentina,quiero ver a CFK presa y cuantos más allegados sean encontrados culpables MEJOR

xxxxxxxxxx @xxxxxxxxxx⁷

Porque mierda no le habla solos a los que le importa lo que dicen? No me interesa la política la concha de tu madre Cristina

xxxxxxxxxx @xxxxxxx⁸

no me interesa la política, pero lo único que puedo decir es: CRISTINA, SOS UNA YEGUA HIJA DE PUTA.

Tales fórmulas, en mayor o menor medida, expresan un rechazo a la participación política en sentido más directo, llámese movilizaciones, militancia u organización partidaria, a lo que se le suma un consiguiente, y no por eso menos llamativo, desprecio hacia el que experimenta, como sujeto político, de otra manera. En lugar de un mínimo respeto por otras formas de vivir los derechos ciudadanos, se desprecia y hasta se agrede a quienes se identifican con algún signo político concreto. Está presente, de este modo, en la oposición a la

⁵ El tweet fue borrado por el usuario

⁶ Link al tweet: <https://bit.ly/2UrLi80>

⁷ Link al tweet: <https://bit.ly/30rk9WE>

⁸ Link al tweet: <https://bit.ly/30AMidI>

figura del militante, un rechazo a la política como esfera social, vinculada a la corrupción, al clientelismo, a la búsqueda del beneficio personal, ya sea ejerciendo la función pública o apoyando un movimiento, entre otras críticas que se formulan y que abarcan un amplio espectro de elementos causantes de malestar, como por ejemplo la abundancia de cadenas nacionales o la patologización psiquiátrica de la figura presidencial, entre múltiples casos. Un imaginario surgido de la crisis del 2001 que ha llegado hasta los finales del kirchnerismo con una carga de frustración, especialmente en sectores que no lograron en más de 12 años sentirse representados, y que lo demuestran a su modo, por vías que no siempre son las institucionales del sistema político - partidario - gubernamental.

Así, para los sujetos, que, recordamos, acceden al debate público gracias a las redes sociales debido a su falta de involucramiento en los mecanismos de participación directa, la lucha por el poder se les aparece como algo de lo que no quisieran formar parte, dado que en su sistema de creencias la participación política está rechazada, pero que por causas que los exceden, deben atender.

Podemos ver, en este marco, el fuerte componente afectivo presente en buena parte de las declaraciones políticas que emiten los usuarios de redes sociales. Declaraciones que exponen contradicciones, pues se participa a pesar de un supuesto desinterés en la cuestión política. Así, el latiguillo “no me interesa la política” y su uso para manifestar una opinión, son puntos cuyo análisis puede presentar una comprensión más profunda acerca del lugar que ocupa dicho interés, negado, en la vida subjetiva de los participantes del debate.

¿Cuál es la finalidad de negar el interés en la política? ¿Por qué el sujeto no puede admitir el interés y opinar sin tener que negarlo? El aporte de Sigmund Freud en su trabajo sobre La Negación resulta ineludible a la hora de pensar estas cuestiones:

“(...) Un contenido de representación o de pensamiento reprimido puede irrumpir en la conciencia a condición de que se deje negar. La negación es un modo de tomar noticia de lo reprimido; en verdad, es ya una cancelación de la represión, aunque no, claro está, una aceptación de lo reprimido. Se ve cómo la función intelectual se separa aquí del proceso afectivo. Con ayuda de la negación es enderezada solo una de las consecuencias del proceso represivo, a saber, la de que su contenido de representación no llegue a la conciencia. De ahí resulta una suerte de aceptación de lo reprimido con persistencia de lo esencial de la represión.” (Freud, 2004c, p.254)

Comprendemos a partir de la teoría freudiana la funcionalidad del proceso de negación para poder manifestar algo que, a la vez, se reprime. “Por medio del símbolo de la negación, el pensar se libera de las restricciones de la represión y se enriquece con contenidos indispensables para su operación”, agrega, clarificando el rol que juega en el pensamiento del sujeto (Freud; 2004c, p.255).

A su vez, Freud también alude a un proceso afectivo que se escinde del intelectual: una carga de sentir que logra ser puesta en palabras por la vía de la negación; un displacer que alcanza la exteriorización por medio de manifestarse bajo su signo contrario. Podemos empezar a identificar, en primera instancia, la fórmula “no me interesa la política”, como una habilitación que se hace el sujeto a sí mismo; un permiso por el cual logra expresar algo que se está reprimiendo, pero que se logra decir aclarando su no aceptación.

En esta línea, resulta claramente identificable el componente afectivo en las declaraciones formuladas. “Odio la política, no sé nada de política, no me interesa la política, son todos chorros y nada ni nadie me va a cambiar el pensamiento”⁹ podemos ver expresado por otro usuario, donde se distingue cómo la negación del interés en la política habilita el mensaje en clave afectiva, desde el odio y el rechazo más primario.

El concepto de negación nos permite comenzar a comprender las expresiones de desinterés en la política, o la necesidad expresa de identificarse como Anti K, por ejemplo, en tanto mecanismos de la subjetividad que logran expresar algo del sentir, del deseo, de lo más personal del sujeto, que a veces sobrepasa los argumentos racionales de un debate. Retomando el mote de Anti K podemos observar cómo la identificación conlleva una forma de expresarse (ya instituida en las redes sociales); una oposición no solo a un movimiento político, sino a una forma de experimentar la política, la militancia y el rol del sujeto ante la cosa pública, como también modos de manifestar lo que se opina, al fin y al cabo, de la política. Es por medio de tales aclaraciones que el sujeto se autohabilita a decir lo que siente, más allá de cualquier argumento que se puede esgrimir, pues no se está buscando aportar al debate una idea, sino satisfacer un deseo, por más que, al fin y al cabo, se trate de un acto político.

Para profundizar esta cuestión, Freud desarrolla en su trabajo el vínculo entre el proceso intelectual y el propio de la afectividad, por medio del estudio de la función del juicio, que “tiene, en lo esencial, dos decisiones que adoptar. Debe atribuir o desatribuir una propiedad a una cosa, y debe admitir o impugnar la existencia de una representación en la realidad. La propiedad sobre la cual se debe decidir pudo haber sido originariamente buena o mala, útil o dañina. Expresado en el lenguaje de las mociones pulsionales orales, las más antiguas: «Quiero comer o quiero escupir esto»” (Freud, 2004c, p.255). El juicio de atribución de una propiedad o no al que refiere Freud es de carácter primario, y el origen de todo juicio. Así, comprendemos que es previo al desarrollo de la capacidad de comprender el lenguaje, y a pesar de esto, no pierde su poder de organizar el mundo subjetivo a partir del orden de la afectividad.

⁹ Link al tweet: <https://bit.ly/3hINibZ>

Es importante remarcar que con el desarrollo de los procesos secundarios y el crecimiento del infante, la capacidad operativa de las capas primarias del sentido no desaparece, sino que continúa presente, y no exige al sujeto de organizar en determinadas circunstancias de la vida su sentido, a partir de sus prácticas, en clave afectiva. En esta línea, Freud vincula este rol central de la afectividad con el funcionamiento del yo-placer originario, el cual que busca “(...) introyectarse todo lo bueno, arrojar de sí todo lo malo. Al comienzo son idénticos para él lo malo, lo ajeno al yo, lo que se encuentra afuera” (Freud; 2004c, p.255).

Esta dinámica del yo explica en cierta forma cómo persiste en el juicio una lógica primaria de identificación del placer y el displacer, el amor y el odio, el interior y el exterior, y cómo dentro de este esquema del pensar se busca incorporar lo que se cree bueno, y expulsar de sí lo malo. “El estudio del juicio nos abre acaso, por primera vez, la intelección de la génesis de una función intelectual a partir del juego de las mociones pulsionales primarias. El juzgar es el ulterior desarrollo, acorde a fines, de la inclusión {*Einbeziehung*} dentro del yo o la expulsión de él, que originariamente se rigieron por el principio de placer”, sintetiza Freud (2004c, p.257).

El concepto de negación nos permite ver cómo esta tiene una funcionalidad en el sujeto, logrando la expresión de lo reprimido a pesar de no ser aceptado. Podemos pensar al latiguillo “no me interesa la política” como la forma en que se logra poner en palabras un malestar que al mismo tiempo se reprime, vinculado a la relación entre el sujeto y la actividad política, pero que finalmente alcanza la verbalización bajo el signo negativo, que denota su reprobación. Es la expresión del desinterés una posible forma de exteriorizar el odio generado por una representación de carácter político, ordenada y operada en la práctica bajo el orden primario, donde se organiza desde la afectividad.

La negación logra de este modo la extroyección de representaciones cargadas de afectividad, que puede constatarse en las enunciaciones de quienes se manifiestan en las redes sociales descargando todo su malestar y disgusto. Vemos cómo muchas veces la negación viene acompañada con una expresión claramente afectiva, propia de los juicios primarios que intervienen el proceso que bien describe Freud. La explicitación del desinterés en la política opera, de este modo, como un habilitante a opinar con recursos que no son propios del debate político, desde un lugar más básico del sujeto, más subjetivo y primario, el de los afectos, como puede ser el odio.

Un tema a pensar es por qué se reprime el interés en la política, qué implica para el sujeto aceptarse como parte del debate y el mundo de la política, por más marginal lugar que se pueda ocupar. Una postura que entra en contradicción con los hechos, porque finalmente se termina participando y fijando una posición en torno a la coyuntura política del país.

Vemos también cómo las prácticas cotidianas son estudiables en tanto manifestaciones de la complejidad de la vida subjetiva, en la que se superponen distintas capas del

pensamiento donde coexisten los sentidos heterogéneos de toda sociedad, a los cuales la subjetividad se aferra.

En esta línea, la noción de “doble verdad” de Bourdieu aporta una forma de comprender este fenómeno, y particularmente la idea de la superposición de significaciones operantes en la práctica. Para analizar sus alcances en la cotidianidad, el concepto de *habitus* resulta ineludible, en tanto “sistema de disposiciones durables y transferibles -estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes- que integran todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes de cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir” (Bourdieu, 1972, p. 178). Desde esta perspectiva, las prácticas instituidas pueden comenzar a pensarse desde el o los sentidos que pueden tener, de acuerdo a su lugar en la vida subjetiva de las personas.

En su trabajo acerca del intercambio de bienes simbólicos, Bourdieu afirma que actividad económica “se basa en la represión o la censura del interés económico”, con un tabú de la explicitación que provoca que las estrategias y prácticas propias sean “siempre ambiguas, de dos caras, y hasta aparentemente contradictorias (por ejemplo, los bienes tienen un precio y «no tienen precio»)” (Bourdieu, 1997, p.196). La perspectiva que trabaja el autor en lo referente a la negación es de especial interés para analizar la ambivalencia del sentido: “Esta dualidad de las verdades mutuamente exclusivas, tanto en la práctica como en los discursos (eufemismo), no ha de tomarse por duplicidad, hipocresía, sino como negación que garantiza (mediante una especie de *Aufhebung*) la coexistencia de los opuestos” (Bourdieu; 1997, p.196).

La introducción del concepto freudiano de negación {*Verneinung*} que hace Bourdieu resulta fundamental para estudiar la forma en que opera la doble verdad, bajo la cual el sujeto puede negar una realidad objetiva y sostener a la vez su “verdad subjetiva” sin que esto le suponga una contradicción. Esta lógica de la ambivalencia no es solo aplicable a una actividad económica, sino también a la política, que es perfectamente entendible como intercambio simbólico y no está exenta de rituales, tabúes y negaciones.

“La labor de negación, de represión sólo puede alcanzar el éxito porque es colectiva y se basa en la orquestación de los habitus de quienes los llevan a cabo o, en términos más sencillos, en un acuerdo no intencionalmente concluido ni concertado entre las disposiciones de los agentes directa o indirectamente concernidos. La economía de los intercambios simbólicos no se basa en la lógica de la acción racional o del common Knowledge (sé que sabes que sé que me lo devolverás) que induce a pensar las acciones más características de esta economía como contradictorias o imposibles, sino en el desconocimiento

compartido (estoy hecho, dispuesto de tal modo, que sé y no quiero saber que sabes y no quiero saber que sé y no quiero saber que me devolverás un contraobsequio). La labor colectiva de represión sólo es posible si los agentes están dotados de las mismas categorías de percepción y de valoración(...)" (Bourdieu, 1997, p.197)

Bourdieu resalta la dimensión social de la negación en lo que refiere al condicionamiento que ejerce sobre las prácticas. En este sentido, los habitus respectivos a la dimensión simbólica se hallan estructurados por esta negación de la lógica económica, que es compartida por los demás agentes en interacción.

Conviene detenernos especialmente en la idea de acuerdo "no intencionalmente concluido ni concertado entre las disposiciones de los agentes directa o indirectamente concernidos", pues esta lógica que explica Bourdieu resulta aplicable y útil a la hora de pensar el plano simbólico de la política. Más precisamente, y teniendo en cuenta el rechazo a la política que analizamos anteriormente, resulta central preguntarnos el por qué de la intención de participar a pesar del expreso rechazo.

El concepto de negación como un permiso que el sujeto se da a sí mismo para opinar de política, visto anteriormente, es pasible de ser pensado desde el desinterés como un valor inherente a la política. Así, como se aclara que no se tiene interés en la política a la hora de opinar, también quienes ejercen el poder público ingresan en un juego de desinterés y vocación por el servicio a la sociedad. Imaginario que ha entrado en una etapa de crisis desde el 2001 y que no ha logrado una recomposición efectiva y duradera desde entonces. Desde este lugar, el ciudadano sigue exigiendo al político el desinterés, a pesar de los casos ya probados de corrupción que se repiten con el paso de las gestiones.

"La filosofía hegeliana del Estado, especie de ideal del yo burocrático, es la representación que el campo burocrático cree proporcionarse y proporcionar de sí mismo, es decir la imagen de un universo cuya ley fundamental es el servicio público; un universo en el que los agentes sociales no tienen interés personal y sacrifican sus intereses propios al público, al servicio público, a lo universal" (1997, p.150), describe agudamente Bourdieu, acerca del campo burocrático de la esfera política, analizando específicamente el valor que tiene el desinterés para la misma.

Así, teniendo en cuenta las particularidades del imaginario, es posible pensar cómo el deterioro de la imagen del político ante la opinión de amplios sectores de la sociedad ha producido un indisociable rechazo a la práctica política en general, que se manifiesta en el desinterés expreso a la hora de opinar, a pesar de que, paradójicamente, se lo esté haciendo. En definitiva, y retomando la idea de acuerdo "no intencionalmente concluido ni concertado entre las disposiciones de los agentes directa o indirectamente concernidos", entendemos que se está discutiendo en base a la negación de un interés, que al mismo tiempo es tomado

como tema de discusión, producto de un saber basado en disposiciones compartidas por los sujetos, que ubican al debate dentro de determinadas condiciones implícitamente aceptadas, como sucede con las expresiones afectivas. La idea de doble verdad es visible de esta manera en la negación del interés, del cual se quiere expresar una opinión, y por ende, algo de la propia subjetividad.

Ante el surgimiento y la visibilización que ha tomado la posición descrita a la hora de participar en el debate político, es fundamental entonces pensar en las disposiciones ya socializadas entre los sujetos, que permiten el intercambio simbólico con su implícita negación, y de este modo la conformación de un tipo de significación que da sentido a múltiples subjetividades contemporáneas, al menos en el plano político.

Así, cuando se está negando el interés de la política para emitir una opinión al respecto, ¿Qué se está buscando? ¿Por qué es una práctica extendida en cierto sector de la sociedad cuando exhibe una evidente contradicción? ¿Qué tipo de reconocimiento obtiene de parte del otro que lee la opinión formulada?

Los desinteresados

Hemos descrito un tipo de sujeto particular de esta época, que ingresa al debate político masivo por la vía de las redes sociales. Se trata de inexpertos en la materia: gente sin trayectoria ni formación ligada a organizaciones, partidos o movimientos, que se evidencia en la apreciación y la distancia que marcan en su vínculo con la práctica política.

Para analizar en mayor profundidad cómo se desenvuelven los sujetos dentro del ámbito del debate político, podemos empezar a abordar dicho espacio en tanto ejemplo de campos, como “espacios de juego históricamente constituidos con sus instituciones específicas y sus leyes de funcionamiento propias” según señala Bourdieu (1988, p.108). Es necesario entonces pensar las prácticas inmersas en las relaciones de poder al interior de campos con determinadas “reglas” que condicionan el desenvolvimiento de los agentes.

Como sostiene el autor francés, “los recién llegados aportan al campo disposiciones constituidas con anterioridad en el seno de un grupo familiar socialmente situado”. Es en esta línea que los desarrollos psicoanalíticos y sociológicos nos servirán para la comprensión del fenómeno en cuestión. Así, los agentes se expresan de acuerdo a las disposiciones primarias que han incorporado, como afirman tanto Bourdieu como Freud, en el seno familiar. Las mismas, a su vez, ajustan las expectativas según las condiciones objetivas bajo las cuales se formaron (Bourdieu, 1988, p. 217), y son compartidas, por cuestiones biológicas, por los sujetos integrantes de cualquier campo.

Los habitus son la herramienta que permite a los sujetos ingresar, ajustarse y desempeñarse en los distintos campos, como el político, sabiendo los límites que tienen para

sus aspiraciones y deseos. Estos saberes le pertenecen al cuerpo, son las creencias que regulan la vida de los sujetos y de la sociedad en su conjunto, gracias al carácter pre reflexivo que destaca Bourdieu. El caso de los habitus primarios es de vital importancia para la observación del fenómeno que analizamos, puesto que su característica de estar estructurados desde el orden de la afectividad es claramente visible en las reacciones de los participantes del debate político. En otras palabras, al no tener desarrollados habitus específicos vinculados al campo político, los sujetos toman partido en la discusión por medio de sus principios de comprensión más básicos, los formados en el círculo familiar, con la consiguiente importancia que tiene lo afectivo a la hora de comprender el sentido.

En esta línea, conviene retomar la idea de disposición en su vínculo con el habitus, en tanto sistema de disposiciones, para analizar cómo son las primarias las que ordenan el mundo, al ser las primeras que adquiere el niño, a partir del principio del placer, es decir, organizando el sentido del mundo y la relación con el otro entre lo placentero y displacentero, buscando incorporar lo primero y expulsar lo segundo, en términos de Freud. Es a partir de estas disposiciones iniciales que se estructuran los habitus primarios; mientras que de las específicas de cada campo surgirán los habitus específicos, lo que provoca que, cuando no se tienen disposiciones específicas, se recurra a las primarias, y por ende se ejecute en la práctica como un habitus primario.

El conocimiento y regulación de las expectativas que plantean los habitus tiene que ver con una La acción entre el agente y el campo, y más precisamente, entre sus disposiciones, primarias o específicas, con el campo: “los agentes sacan partido de las posibilidades que ofrece un campo para expresar o saciar sus pulsiones, sus deseos o, incluso, sus neurosis, o que los campos utilizan los impulsos de los agentes para obligarlos a someterse o sublimarse a fin de plegarse a sus estructuras, así como a los fines que les son inmanentes” (Bourdieu, 1998, p.218). Es el campo que ofrece potencialidades y limitaciones bajo las cuales el sujeto se desenvuelve y ejecuta los habitus de acuerdo a las disposiciones que ya lleva incorporadas, primero desde el ámbito familiar, y más tarde en los distintos campos de la vida cotidiana.

“Sólo mediante una serie de transacciones imperceptibles, compromisos semiconscientes y operaciones psicológicas (proyección, identificación, transferencia, sublimación, etcétera) estimuladas, sostenidas, canalizadas e incluso organizadas socialmente, estas disposiciones se transforman poco a poco en disposiciones específicas, al cabo de innumerables ajustes infinitesimales necesarios para «estar a la altura. O, por el contrario, «bajar el listón, que van parejos con las desviaciones infinitesimales o bruscas y traumáticas que constituyen una trayectoria social” (Bourdieu, 1998, p. 218).

Con estas palabras Bourdieu describe el proceso por medio del cual las mencionadas disposiciones delineadas en el espacio familiar comienzan a transformarse, sin perder sus orígenes primarios, en otras ya demarcadas por el juego social en el cual el agente está inmerso. Así lo incorporado en los primeros años de la vida, se convierte en el proceso de socialización de acuerdo a la experiencia y las prácticas realizadas en el día a día.

Además, la introducción de la idea de *reconocimiento* es fundamental para observar la transacción entre el campo y el agente: “La labor de socialización de las pulsaciones se basa en una transacción permanente en la que el niño acepta renuncias y sacrificios a cambio de manifestaciones de reconocimiento, consideración o admiración (« ¡Qué bien se porta!»), a veces explícitamente solicitadas (« ¡Papá, mírame!»)” (Bourdieu, 1998, p. 220).

Es por medio de la mirada parental que el niño recibe aprobación o desaprobación de sus acciones, que son las que en definitiva irán delineando las disposiciones que lo acompañaran por el resto de su vida, las que, según el planteo de Bourdieu, continuarán transformándose en la transacción con los distintos campos, en lo que llama como proceso de socialización.

“(…)perdido, por así decirlo, en los demás, perdido de los demás, el niño sólo podrá descubrir a los demás como tales a condición de descubrirse a sí mismo como «sujeto» para el que existen «objetos» que tienen la particularidad de poder considerarlo, a su vez, «objeto» De hecho, está continuamente abocado a adoptar acerca de sí mismo el punto de vista de los demás, a adoptar el punto de vista de los otros para descubrir y evaluar de antemano cómo lo van a considerar y definir: su ser es un «ser percibido», un ser condenado a ser definido en su verdad por la percepción de los demás” (Bourdieu, 1998, p. 219).

La mirada del otro está presente, de esta manera, desde el inicio de la vida. Solo por medio de ella el sujeto se reconoce a sí mismo y al otro, en un ida y vuelta que lo constituye como permeable a la percepción ajena, de la que no puede escapar y a partir de la cual elabora sentido.

Teniendo en cuenta el valor que tiene el punto de vista del otro en la construcción subjetiva y la estructuración de sus prácticas en habitus, es que, volviendo a la temática del debate político, resulta interesante retomar el análisis que Bourdieu hace sobre los actos “desinteresados”, especialmente teniendo en cuenta al campo burocrático como caso de valorización del desinterés.

“Existen en efecto tantas especies de libido como campos hay: pues la labor de socialización de la libido estriba precisamente en que transforma las pulsiones en intereses específicos, intereses socialmente constituidos que tan sólo existen en relación con un espacio social

dentro del cual determinadas cosas son importantes y otras indiferentes, y para unos agentes socializados, constituidos a fin de establecer unas diferencias correspondientes a unas diferencias objetivas en ese espacio” (Bourdieu, 1997, p. 143).

El vínculo entre los distintos campos y la subjetividad se evidencia en las prácticas, entendidas como instancias de satisfacción del deseo. Dicho vínculo es descrito por Bourdieu como “socialización de la libido” o la transformación de las pulsiones en intereses vinculados a las significaciones sociales, y por ende, a las distintas formas de reconocimiento particulares de cada campo. Es importante retomar el concepto de *illusio* para comprender la dinámica de juego en la que está inmerso el sujeto en el marco de transacción con las condiciones que le impone el campo y las formas de satisfacción que le proporciona.

Cada campo, como sostiene el sociólogo francés, produce una forma de interés particular, que puede ser ajena desde el punto de vista de otros campos. En este sentido, la noción de capital simbólico, entendido como “capital de base cognitiva, que se basa en el conocimiento y el reconocimiento” (Bourdieu, 1997, p.152), es fundamental para poder comprender el sentido del desinterés en el campo político.

Existen prácticas, comportamientos y decisiones que pueden ser pensadas desde qué posición se ocupe con respecto al campo. Con respecto a lo que sucede en la política, el capital simbólico que se maneja al interior del campo requiere, como en cualquier campo, la incorporación de estructuras y sentidos que permitan reconocer dicho capital cognitivo, de manera que quienes no cuentan con las competencias para el juego planteado, no son capaces de comprender el valor y el sentido de las prácticas específicas.

“El apoliticismo primario, que aumenta sin cesar porque el campo político tiende cada vez más a cerrarse sobre sí mismo y a funcionar sin referencia a la clientela (es decir un poco como un campo artístico), se asienta sobre una especie de conciencia confusa de esta complicidad profunda entre los adversarios insertados en el mismo campo: discuten, pero están de acuerdo por lo menos sobre el objeto de desacuerdo”.
(Bourdieu, 1997, p. 143)

Este desfase que describe Bourdieu entre el campo político y su afuera, causante de lo que el sociólogo llama “apoliticismo primario”, refiere directamente a la idea que venimos trabajando, de una subjetividad que organiza su sentido político en base a lo primario, en clave afectiva, al no tener incorporadas las estructuras para la comprensión de las prácticas del campo. Desde el afuera, se recae en la idealización de la función pública como desinteresada, cuando en realidad no se está comprendiendo las distintas formas de interés que se manejan en el campo, desde lo simbólico hasta lo económico, que sí resulta más perceptible para la ciudadanía, sobre todo a la hora de visualización de casos de corrupción.

En definitiva, comprendemos que hay un desinterés expreso en amplios sectores de la sociedad argentina con respecto a la práctica política, como una habilitación a sustraerse de los códigos que no maneja y así poder opinar desde su forma de entendimiento, signada por lo afectivo. Como vimos, esto deriva de una forma de pensar la función pública como desinterés, cuando el campo político, y sobre todo el burocrático, tiene estructuradas una serie de prácticas y exhibiciones de poder en las que se simula el desinterés a la vez que se crea capital simbólico por otras vías. Desde el afuera del campo, las movilizaciones, determinados discursos, las alianzas u otras prácticas usuales de la política son solo entendibles o desde la corrupción del por el servicio público, o desde la lógica económica de enriquecimiento personal.

Recapitulando, podemos ver cómo existe una relación directa entre la afectividad, la búsqueda del reconocimiento y las prácticas, entendidas como habitus desarrollados en el marco de campos específicos que los condicionan. Así, el hecho de que los participantes del debate sean sujetos sin una formación en política sólida es un factor altamente considerable a la hora de pensar la pobreza y la violencia del debate en las redes sociales.

Asimismo, la importancia de las disposiciones primarias es ineludible para comprender de qué tipo son las que se ponen en juego cuando se entra a debatir. Los sujetos se defienden de las críticas al signo político con el que se identifican por medio de lo más básico que tienen: lo incorporado en el ámbito familiar.

Vemos que las frases formuladas como argumentos aparecen como denuncias de temas concretos, muchas veces inconexos entre sí, y con una coherencia difícil de sostener. Tales opiniones afloran de millones de perfiles de redes sociales, con una masividad muy notoria, en la que indudablemente se distingue la influencia de los grandes medios de comunicación en la difusión de información y el delineado de la agenda pública. Si bien es cierto que los debates entre ciudadanos suelen girar en torno a temas planteados desde la radio, prensa gráfica o televisión, existen críticas enunciadas con gran masividad, que con el mismo nivel de frecuencia se utilizan no como objeciones a un modelo político, sino como falacias ad hominem que invalidan al otro de opinar, militar, o ejercer cargos públicos; en otras palabras, resulta llamativa la masividad de los argumentos del debate, no solo por la cantidad de veces que son reproducidos, sino también por cómo son utilizados en la discusión.

La lucha por el sentido que se le da a la política se desarrolla en la forma de un debate destructivo del otro y los lazos de unidad, con dos posiciones irreconciliables. Así se ve el potencial de la capa primaria de la subjetividad para poder organizar el sentido en torno al principio del placer, estructurando desde lo afectivo y decidiendo entre la incorporación/expulsión de todo lo que pueda generar placer o displacer. Es en este sentido que lo que cuestiona sensiblemente al yo tiende a ser eliminado, bajo la lógica de los afectos.

En esta línea, conviene recordar la teoría del complejo de Edipo elaborada por Freud, en la cual el niño, enfrentado a muerte al padre por el amor de la madre, al no poder conseguir su eliminación efectiva, lo logra en cierta forma desde el plano imaginario. Esta satisfacción desde el plano simbólico se ve directamente en la conducta violenta en el debate político: al no poder terminar con la existencia del adversario, se busca su anulación desde el plano discursivo, por medio de la agresión.

Como mencionamos anteriormente, queda expuesta la reacción afectiva propia de la lógica primaria, que está basada justamente en las disposiciones más antiguas del sujeto, las que buscan la aprobación o reprobación, un reconocimiento al fin. Bourdieu habla de distintos capitales que se ponen en juego en los campos, pero en este caso, al tratarse del ámbito familiar, lo que opera es lo más básico. Habrá que pensar más adelante cómo las redes sociales pueden funcionar como fuente de aprobación o desaprobación de las posturas personales en torno a la política, pero la idea de capital simbólico permite comprender mejor qué está en juego en el debate público, y que rol tiene el agente que entra en el juego: “El capital simbólico proporciona formas de dominación que implican la dependencia respecto a aquellos que permiten dominar: en efecto, sólo existe en y por medio de la estima, el reconocimiento, la fe, el crédito y la confianza de los demás, y sólo puede perpetuarse mientras logra obtener la fe en su existencia” (Bourdieu, 1998, p. 220).

La agresividad y el odio

A partir de lo considerado hasta el momento en este capítulo, se vislumbra un sujeto ubicado en un escenario político conflictivo y fluctuante, del que no se siente participante activo sino un afectado, prácticamente damnificado a nivel personal y en lo emocional. Ante el displacer que le genera tener que defenderse en un debate del cual afirma no tener interés, responde, desde el plano simbólico, por medio de la violencia y la agresividad, es decir, en una clave afectiva que, como hemos visto, está relacionada con el orden primario, estructurado desde los comienzos de su vida en el ámbito familiar. Es necesario, entonces, avanzar en la comprensión de las expresiones emocionales que vemos en las redes para pensar cómo se llega al estado de agresividad desde el cual se construye y formula opinión.

Como hemos visto, el trabajo de Bourdieu ofrece una forma de pensar el vínculo entre las disposiciones y sus orígenes en el círculo íntimo originario del sujeto, en el que el plano afectivo es central, y por medio del cual se obtiene el reconocimiento:

“(...) los efectos sociales del fatum familiar, entendido como el conjunto de juicios, positivos o negativos, emitidos sobre el niño, exposiciones performativas del ser del niño que hacen que exista lo que exponen, o, de manera más sutil, y más aviesa, el conjunto de las censuras silenciosas impuestas por la propia lógica del orden doméstico como

orden moral, no serán tan poderosos, ni tan dramáticos, si no contuviera una carga exagerada de deseo y si, propiciados por la represión, no estuvieran sepultados en lo más profundo del cuerpo donde están grabados en forma de culpabilidades, de fobias, o, en una palabra, de pasión". (Bourdieu, 1998, p. 221)

Es importante dimensionar, en esta línea, los "efectos sociales" que derivan de la formación recibida en el espacio familiar, que Bourdieu identifica con culpabilidades, fobias o síntomas expresados en el lenguaje de la afectividad, muchas veces exhibidores de formas de dominación de las que el sujeto no se puede sustraer.

Para comenzar a comprender el lugar que ocupan dichos síntomas afectivos en la vida social es ineludible el aporte de Sigmund Freud en *El Malestar en la Cultura*. Allí identifica el sentimiento de culpabilidad con "angustia frente a la pérdida de amor, angustia «social»" (Freud, 1992, p. 121), agregando que dicha estructura no llega a modificarse en muchos adultos pero "la comunidad humana global reemplaza en ellos al padre o a ambos progenitores".

La idea del miedo a la pérdida del amor nos refiere a la del reconocimiento y la necesidad de aprobación que el niño busca en sus padres. Pero Freud agrega que ese lugar parental es más tarde ocupado por otro de carácter social. Dice tomando como ejemplo el pensamiento religioso:

"Pueblos enteros se han comportado y se siguen comportando de ese modo. Pero esto se explica cómodamente a partir del grado infantil, originario, de la conciencia moral, grado que, por consiguiente, no es abandonado tras la introyección en el superyó, sino que persiste junto a ella y tras ella. El destino es visto como sustituto de la instancia parental; si se es desdichado, ello significa que ya no se es amado por esos poderes supremos y, bajo la amenaza de esta pérdida de amor, uno se inclina de nuevo ante la subrogación de los progenitores en el superyó, que en la época dichosa se pretendió descuidar". (Freud, 1992, p. 122)

El Super-yo es el concepto que Freud define como espacio reemplazante de la instancia parental, ocupado por, en el caso religioso, la moral impartida por Dios, o distintas formas también morales que pueden responder a imaginarios sociales. Muchas veces los sentimientos de culpa o miedo pueden responder a no estar "a la altura" de las exigencias de dicha moral impuesta por la Cultura, a la que el cuerpo responde con el temor a la "pérdida del amor", pensable como una estructura proveniente de la instancia parental.

La teoría freudiana plantea así la formación, dentro de la psique, de un lugar desde donde la moral imperante en la sociedad formula sus exigencias al yo para alcanzar su felicidad, dando origen al sentimiento de culpa que regula las prácticas de los sujetos. Es la

cultura la que por medio de la interiorización de normas y valores logra la convivencia entre los individuos a costo de la represión de sus pulsiones primarias y la sublimación del deseo, canalizando la agresividad, y por lo tanto, originando el displacer y las neurosis sociales:

“La cultura tiene que movilizarlo todo para poner límites a las pulsiones agresivas de los seres humanos, para sofrenar mediante formaciones psíquicas reactivas sus exteriorizaciones. De ahí el recurso a métodos destinados a impulsarlos hacia identificaciones y vínculos amorosos de meta inhibida; de ahí la limitación de la vida sexual y, de ahí, también, el mandamiento ideal de amar al prójimo como a sí mismo, que en la realidad efectiva sólo se justifica por el hecho de que nada contraría más a la naturaleza humana originaria.” (Freud, 1992, p. 109)

La conceptualización de la cultura como una instancia represiva de las pulsiones originarias del hombre y la mujer habilita a repensar el malestar y los síntomas afectivos de los sujetos desde una faceta social, en la que deben desempeñarse a cuesta de las exigencias que imprime la moral para el desarrollo de la sociedad. En este sentido, Freud habla de una agresividad inherente al humano, que logra canalizar por medio de la aceptación de los mandatos sociales que lo rigen y le permiten la supervivencia en relación a un otro:

“(…) a este programa de la cultura se opone la pulsión agresiva natural de los seres humanos, la hostilidad de uno contra todos y de todos contra uno. Esta pulsión de agresión es el retoño y el principal subrogado de la pulsión de muerte que hemos descubierto junto al Eros, y que comparte con éste el gobierno del universo. Y ahora, yo creo, ha dejado de resultarnos oscuro el sentido del desarrollo cultural. Tiene que enseñarnos la lucha entre Eros y Muerte, pulsión de vida y pulsión de destrucción, tal como se consume en la especie humana. Esta lucha es el contenido esencial de la vida en general, y por eso el desarrollo cultural puede caracterizarse sucintamente como la lucha por la vida de la especie humana”. (Freud, 1992, p. 118)

Así, Freud ubica a la agresividad instintiva del hombre del lado de la pulsión de muerte, que trabaja en tensión al Eros, la pulsión de vida. Pero en esta relación, el Super-yo tiene un rol fundamental en el manejo de dicha agresividad, la cual es introyectada, vuelta sobre el propio yo. De este modo, “asumiendo la función de conciencia, despliega frente al yo la misma dura agresividad que el yo, de buen grado, habría satisfecho en individuos extraños”, dando origen al sentimiento de culpabilidad o “necesidad de castigo” que experimenta el sujeto al no poder cumplir con los mandatos de la instancia superyoica (Freud, 1992).

“La cultura yugula el peligroso gusto agresivo del individuo debilitándolo, desarmándolo, y vigilándolo mediante una instancia situada en su interior, como si fuera una guarnición

militar en la ciudad conquistada” (p.120), sintetiza Freud. Su teoría nos permite así comprender mejor la dinámica y las tensiones a las que está sujeta la afectividad en la vida subjetiva, para poder abordar su expresión y su verbalización. Por eso, en este sentido, es fundamental contextualizar en la actualidad los modos en que se organiza la agresividad, prestando atención a los cambios y a los nuevos espacios de interacción entre individuos, y por ende, espacios de subjetivación con sus formas particulares. Las redes sociales son pensables en este marco como nuevas vías de canalización de la agresividad, en tanto lugares de intercambio entre sujetos, que se destacan por las pocas limitaciones que ofrecen a los usuarios a la hora de expresar (verbalizar) dicha agresividad. Como vimos anteriormente, los comportamientos primarios suponen una organización del sentido en torno a la afectividad, y así es lógico que las relaciones sociales vayan en esa línea de agresividad desbordante con respecto a las antiguas prácticas de intercambio.

Podemos comprender el comportamiento agresivo que se ve en las redes sociales como una extroyección de la agresividad, que no está vuelta hacia el sujeto, sino hacia un otro. Esto no quita que el super-yo opere: se puede pensar en una búsqueda de reconocimiento por medio de las redes sociales, en la que la expresión de ira es capaz de generar identificación en los demás. Pero si bien Facebook y Twitter son grandes espacios donde puede verse este clima de agresividad, difícilmente el síntoma provenga de su uso. El odio, como hemos visto con Freud, es algo inherente a la vida social por medio de la cultura, de manera que su existencia puede comprobarse más allá de la esfera política (por si la historia argentina no ha dado muestras de odio entre rivales políticos), como puede verse en los casos de religión o conflictos raciales.

Al respecto, Cornelius Castoriadis trabaja los orígenes psíquicos y sociales del odio desde las tensiones internas de la psique, y piensa al individuo social, consecuencia de la socialización, como un extranjero dentro del propio yo, lo que nos refiere indudablemente a la línea freudiana bajo la cual la Cultura opera como instancia represiva del sujeto. Desde ese lugar se convierte en “soporte de una transferencia del amor de sí mismo y del objeto de odio de las instancias psíquicas no reales, odio que alcanza, como lo dije anteriormente, a todo lo que es exterior al núcleo psíquico. El Yo real no puede evitar ser el objeto de la ambivalencia de los afectos” (Castoriadis, 2002, p.186).

De este modo, el filósofo identifica dos “vectores del odio”: en primer lugar, un “odio del otro real”, que “no es más que el revés de la investidura positiva de sí mismo”, es decir, una consecuencia de la reafirmación del amor propio ante un otro distinto; y en segundo lugar, el “odio a sí mismo”, dado que “el Yo es uno de los primeros extranjeros que se le presenta a la psique”. Esta visión planteada deja en claro cómo coexisten en el sujeto el odio hacia el propio yo, atacado por el super-yo como instancia social dentro de la consciencia, en el

lenguaje freudiano, y el odio hacia el otro que se opone al reconocimiento que uno hace de sí mismo, vinculable a la extroyección de la agresividad que mencionamos anteriormente.

Pero Castoriadis hace foco también en la mónada psíquica, el núcleo psíquico original sobre el cual se produce “la clausura representacional, afectiva y deseante sobre sí mismo” (Castoriadis, 2002, p.184). El aporte que hace el autor con la noción de *clausura de sentido* resulta fundamental, porque nos introduce en la dimensión representacional de la cultura sobre el sujeto y a la ilusión de plenitud en la que puede vivir en el orden significante:

“Es esta clausura que se convierte en la matriz del sentido para la psique. Más precisamente, aquello que el corazón de la psique entenderá o considerará de ahora en adelante y para siempre como sentido es este estado unitario en el cual sujeto y objeto son idénticos, y en el que representación, afecto y deseo son una sola y misma cosa, porque el deseo es, inmediatamente, representación (posesión psíquica) de lo deseado y, por lo tanto, afecto de placer (lo que es la forma más pura y más fuerte de la omnipotencia del pensamiento). Tal es el sentido que la psique buscará para siempre, que nunca podrá alcanzarse en el mundo real, y cuyos sustitutos serán formados por largas cadenas de mediaciones, o bien de visiones místicas fuera del contexto cósmico”. (Castoriadis, 2002, p.184)

La búsqueda de la clausura de sentido en la mónada psíquica, constituye un intento de volver a la omnipotencia del niño en el primer estadio de su vida en el que nada parece faltar, donde no distingue el afuera ni el objeto de placer, el pecho materno a partir del cual irá abriéndose hacia el mundo e introduciéndose en el orden del sentido. Es este vacío lo que el sujeto buscará llenar con mediaciones representacionales, proporcionadas por la socialización y el ingreso a la Cultura, y que al fin y al cabo nunca conseguirá, como afirma Castoriadis.

La cuestión del orden simbólico y los procesos de identificación que de alguna manera logran llenar el agujero de la mónada psíquica, nos permiten pensar el clima desde agresividad ya por fuera del orden psíquico, sino en su interacción más plena con la sociedad. Ya desde la incorporación del lenguaje, el sujeto es introducido al mundo de significaciones instituidas que moldean desde pequeño las formas de pensamiento.

Castoriadis explica que en cada sociedad existen representaciones instituidas como dadoras de sentido para millones de ciudadanos. Raza, religión, patria, entre otras grandes instituciones, aportan al sujeto elementos para la clausura de la que hablábamos, en procesos de identificación que pueden vislumbrarse en nuestra sociedad actual. Estas grandes fuentes de sentido proporcionan al sujeto formas de reconocerse a sí mismo, a definirse y poder afirmar quién se es. Por eso es central poder dimensionar la importancia de las

identificaciones en la vida subjetiva de las personas: “toda amenaza a las principales colectividades instituidas a las que pertenecen los individuos es vivida por ellos como una amenaza mucho más seria que la probable en contra de su propia vida” (Castoriadis, 2002, p.192).

El odio como síntoma

Las respuestas en clave afectiva pueden ser pensables, como vimos, en tanto reacciones que responden a órdenes de sentido primarios, los más antiguos de la psique, constituidos en la primera etapa de la vida. En este sentido, el odio como reacción afectiva, como síntoma, está vinculado justamente a lo primario, al estadio en que el infante comienza a desarrollar sus primeros esquemas de comprensión del mundo, identificando la satisfacción al pecho materno, o malestar ante su carencia, en la dicotomía entre placer y displacer, amor u odio. Un estadio que, como vimos anteriormente, no desaparece con el desarrollo de la persona, sino que coexiste como una capa más del sentido (de carácter primaria); una estructura que sigue presente y que puede manifestar, en momentos de la vida adulta, formas de organización del sentido en clave afectiva, como sucede en los primeros años de vida.

Castoriadis plantea dos vectores del odio, uno hacia el propio yo, como instancia represiva de raíz social pero de naturaleza psíquica, y un segundo, dirigido hacia un otro que amenaza la existencia subjetiva, que no deja ser al sujeto. Es este odio exteriorizado lo que podemos ver en las expresiones analizadas de las redes sociales.

El ataque a las instituciones formadoras de identidad es sentido por los sujetos como una amenaza a su propia existencia subjetiva. Podemos pensar, a raíz de lo analizado en materia coyuntural, que el kirchnerismo en cierta forma ha cuestionado instituciones de la sociedad argentina, pensable en los modos de vida, y que ha sido entendido por los ciudadanos opositores como una verdadera amenaza.

Como analizamos en el capítulo anterior desde la perspectiva de Castoriadis, el presente está marcado por la crisis de las significaciones imaginarias sociales que mantienen a la sociedad unida, generando un declive de los procesos identificatorios. Además, la mutación del mito moderno del “progreso” en base a la racionalidad y la autonomía individual a uno aspiracional en el que se busca la ganancia personal y mantener un determinado nivel de consumo, principalmente de bienes y de entretenimiento, ha cambiado los objetos de sublimación del deseo y los marcos identificatorios de importantes sectores de las sociedades occidentales, de las que la argentina no escapa. De este modo, la variante del consumo se ha vuelto un obstáculo a la satisfacción, como también de competencia y distinción en relación al sentido que se le da a la adquisición de bienes en el marco de una sociedad específica. Así, es clave también pensar en el reconocimiento por parte del otro como instancia de

satisfacción, más allá de lo material, que puede volverse relativo cuando el acceso a determinados bienes se masifica en el marco de determinadas políticas de Estado.

Así planteado el consumo como una fuente de sentido e identificación para los sujetos, podemos pensar que sus vaivenes durante el ciclo kirchnerista fueron un aspecto sensible en la relación entre los grupos sociales que estamos analizando y el propio modelo de poder gubernamental llevado adelante por Néstor Kirchner y Cristina Fernández. Queda por analizar a futuro la posibilidad de que el odio, la agresividad expresada, tenga que ver con un trastocamiento por parte de las políticas del gobierno de estas fuentes de identificación masivas, vinculadas al poder adquisitivo y las aspiraciones de consumo, sobre todo teniendo en cuenta lo anteriormente mencionado: el rol de las disposiciones primarias, y por tanto la organización en clave afectiva del sentido en función de un reconocimiento, en la comprensión de la coyuntura política y su influencia en la vida cotidiana de los sujetos.

En este sentido, pensamos al odio como un síntoma de defensa de la subjetividad ante una amenaza a sus fundamentos identificatorios. “Los síntomas neuróticos son el resultado de un conflicto que se libra en torno de una nueva modalidad de la satisfacción pulsional. Las dos fuerzas que se han enemistado vuelven a coincidir en el síntoma; se reconcilian, por así decir, gracias al compromiso de la formación de síntoma. Por eso el síntoma es tan resistente; está sostenido desde ambos lados”, plantea Freud, en una visión que permite comprender cómo se trata de un equilibrio en búsqueda de la satisfacción, dado que el yo no puede anular la fuerza que le impide lo que quiere, por lo que debe recurrir a nuevas formas de obtenerlo (Freud, 2004b, p. 326).

Al respecto, el vínculo explícito que traza Bourdieu entre la noción de habitus y la formación de compromiso freudiana permite comprender mejor la dinámica social del síntoma:

“También podría decirse, a este respecto, indiferentemente, que los agentes sacan partido de las posibilidades que ofrece un campo para expresar o saciar sus pulsiones, sus deseos o, incluso, sus neurosis, o que los campos utilizan los impulsos de los agentes para obligarlos a someterse o sublimarse a fin de plegarse a sus estructuras, así como a los fines que les son inmanentes. De hecho, ambos efectos se observan en cada caso, en proporciones desiguales, sin duda, según los campos y los agentes; desde esta perspectiva, podría describirse cada forma singular de habitus específico (de artista, escritor o científico, por ejemplo) como una «formación de compromiso>>, (en el sentido de Freud)”. (Bourdieu, 1998, p. 218)

Así, la forma específica de habitus de participación del debate político, pensado desde un agente sin experiencia en el campo, condición por la cual se desenvuelve bajo esquemas primarios, implica un nuevo equilibrio entre la satisfacción pulsional y las posibilidades que el

propio campo político plantea. El odio, en este sentido, es pensable ya como componente de una práctica instituida, al nivel de habitus, también considerable como una formación de compromiso en sentido freudiano: el acuerdo alcanzado entre el deseo y las condiciones objetivas que el entorno plantea. En otras palabras, el aporte de Bourdieu permite combinar la idea de síntoma con una dimensión social en la cual tal formación responde a condiciones generales de poder propias del campo en el que se desarrolla, que producen un tipo de respuesta, una forma en la que los agentes logran satisfacer su deseo, difícil de sustituir por tratarse de un equilibrio.

Desde esta perspectiva es que podemos pensar la verbalización de la agresividad en el debate político como un hábito ya instalado y reconocido por los ciudadanos, como instancia de satisfacción de un displacer provocado por el sentimiento de perjuicio sobre elementos que definen la identidad. Pero no hay que perder de vista que esta verbalización expone a veces la complejidad de sentidos de la propia subjetividad. Retomando la denegación del interés en la política, vemos cómo en el sujeto coexisten distintos órdenes de sentido, a veces contradictorios entre sí, que encuentran en el campo, y sobre todo en el orden simbólico (en tanto negación de una realidad objetiva en pos de sostener una verdad subjetiva) un espacio donde satisfacer la necesidad de extroyectar el displacer. Enunciando el descontento y participando, con la correspondiente aclaración de su no aceptación, se logra poner en palabras un malestar que está presente, que es constitutivo de las prácticas, y que al fin y al cabo refleja una posición concreta que toma el sujeto ante la práctica política que lo implica, justamente, de este modo, pensable como contradictoria.

Un supuesto ataque a las fuentes de sentido que permiten definir quién se es, o quién se quiere ser, es vivido por los agentes como un peligro certero sobre su existencia subjetiva, por lo que en una respuesta primaria, buscan destruir al otro que genera el displacer. Al ser condicionados por las reglas del campo, en sus distintos órdenes (moral, jurídico, político), la satisfacción más próxima que encuentra la psique es la descarga desde el plano simbólico: al no poder destruir al enemigo en la realidad, por los riesgos que implica para la vida, y ya no solo la subjetividad, el sujeto en cuestión elige la anulación desde la palabra.

A propósito de esta reacción que se desarrolla desde lo simbólico, los aportes de Silvia Bleichmar en lo que respecta a la distinción que hace entre autoconservación, referente a la vida biológica, y autopreservación, comprendiéndola como “forma mediante la cual el sujeto preserva la representación nuclear de sí mismo, bajo los modos de tensión narcisista que lo hacen plausible de ser amado por sí mismo, en su relación con las identificaciones y los ideales” (Bleichmar; 2001), permite dimensionar cómo hay actos que responden a necesidades de la propia subjetividad, que muchas veces pueden entrar en tensión y hasta anteponerse a los requerimientos vitales del organismo. En el caso de las agresiones en el debate político, comprendemos que la elección de una búsqueda de descarga del displacer

por medio de la palabra responde a la anteposición de la autoconservación por sobre la preservación de la vida subjetiva, teniendo en cuenta el carácter primario de la reacción. Puede considerarse, en este sentido, la coexistencia de sentidos contradictorios entre sí, dado que por un lado se busca no llegar a la agresión directa y física, con la plataforma digital mediante, mientras que el contenido del mensaje busca la anulación o destrucción del otro.

Asimismo, ambas nociones resultan interesantes para poder observar, como bien hace la autora, el modo en que el modelo de libre mercado desgasta y desintegra los distintos lazos sociales entre los sujetos y las instituciones de sentido a las que se aferran, reduciendo la vida a la autoconservación, es decir, la subsistencia del organismo. La preservación de la subjetividad está ligada indefectiblemente a la cultura y las distintas representaciones con las que conviven los sujetos, ya sea incorporándolas o rechazándolas, siempre teniendo en cuenta el marco de crisis de las grandes significaciones destacado en el primer capítulo con Castoriadis.

Como sostiene Bleichmar, existe una incidencia importante, en esta línea, del contexto político-económico, que condiciona la cultura y el flujo de significaciones a partir del cual los sujetos construyen sentido e identificaciones. Es el modelo neoliberal el que conlleva la flexibilización del trabajo, la retirada del Estado como distribuidor de recursos y apuntalamiento de sectores estratégicos, que pasan a manos a de las fuerzas fluctuantes del mercado, con la privatización de los servicios públicos, la salud y la educación, destruyendo así puntos de encuentro y formación de sentido común entre los ciudadanos. En este clima de fragilidad de las instituciones sociales, se hacen cada vez más difíciles las identificaciones comunes, por lo que el otro se vuelve cada vez más lejano e incomprensible.

A su vez, la necesidad de supervivencia en un contexto de caída del poder adquisitivo hace que se altere la relación armónica entre autopreservación y autoconservación, de manera que el sujeto debe optar entre la satisfacción de sus necesidades básicas y el mantenimiento de las autorepresentaciones que sostienen el sentido de la existencia subjetiva. Es en este contexto donde surgen manifestaciones, expresiones en clave afectiva que tienen que ver con el trastocamiento de las fuentes de identificación, acentuadas en una época en la que el mercado ha acaparado un gran margen de influencia en las instituciones y sus significaciones imaginarias sociales.

Las redes sociales

Para empezar a pensar por qué las redes sociales son el canal elegido masivamente para la expresión del descontento, es importante dimensionar los aportes que hacen al sujeto, qué le ofrecen y qué respuesta dan a la necesidad planteada.

Como veíamos anteriormente, la vía verbal constituye una fuente de satisfacción a la idea de destrucción del otro, generador de displacer, presente en la lógica primaria, de manera que por medio del plano simbólico y de la fantasía se logra el objetivo.

En este sentido, podemos rescatar la noción de dispositivo que desarrolló Giorgio Agamben desde una lógica foucaultiana, es decir, como “la red” que se establece entre “discursos, instituciones, edificios, leyes, medidas de policía, proposiciones filosóficas, etc.” en un momento histórico en particular, considerando también que “a la raíz de cada dispositivo está, entonces, un deseo de felicidad. Y la captura y la subjetivación de este deseo en una esfera separada constituye la potencia específica del dispositivo”, como afirma el autor. Así, hay en las plataformas digitales una captación de la búsqueda de satisfacción, de exteriorización y expulsión del displacer ante el malestar, que se visibiliza en el debate político, como mencionábamos.

Pero como sostiene Agamben, el dispositivo también está cruzado por sentidos instituidos que determinan un espacio con una dinámica particular. Para comprender desde donde pueden aportar al sujeto las redes es fundamental dimensionar cómo los discursos sociales interactúan con la psique:

“(…) la mónada psíquica, irreductible a lo social-histórico, pero formable por éste casi ilimitadamente a condición de que la institución satisfaga algunos requisitos mínimos de la psique. El principal entre todos: nutrir a la psique de sentido diurno, lo cual se efectúa forzando e induciendo al ser humano singular, a través de un aprendizaje que empieza desde su nacimiento y que va robusteciendo su vida, invistiendo y dando sentido para sí a las partes emergidas del magma de significaciones imaginarias sociales instituidas cada vez por la sociedad y que son las que comparte con sus propias instituciones particulares” (Castoriadis, 2002, p.1)

Cómo habíamos visto anteriormente, los sentidos instituidos socialmente tienen un lugar fundamental en la psique, particularmente llenando el “vacío” originario de la mónada psíquica. Así, la necesidad de sentido inherente a la estructura de la psique y el rol de las significaciones imaginarias sociales en la construcción identitaria son un aspecto clave para analizar qué le dan las redes sociales a sus usuarios.

Facebook y Twitter, entre otras plataformas, ponen a los ciudadanos en contacto con opiniones de otros, con discursos que circulan masivamente, sin despreciar la importancia de los grandes medios de comunicación en el armado de la “agenda pública”. Es así como estos discursos se nutren de las significaciones imaginarias sociales, que afloran en los twits y publicaciones de diferentes maneras.

Queda por abordar, más adelante, qué importancia tiene el vínculo que se construye entre los usuarios, cómo se condiciona el debate a partir de la formación de comunidades de opiniones afines y cómo funciona la dinámica del reconocimiento al interior del campo del debate político mediado por las plataformas digitales. Pero para finalizar es interesante retomar la idea de *transacción* de Bourdieu: es el campo el que ofrece opciones para satisfacer necesidades de la psique, y el que a la vez condiciona por medio de sus estructuras la forma en que se da esa satisfacción, utilizando el impulso de los agentes. De alguna manera, la catarsis vía redes sociales es la mejor forma que encuentran los individuos para saciar la extroyección del displacer, sin poner en peligro su integridad física y destruyendo al rival desde el plano simbólico; resolución que en términos de Freud puede ser pensada como una sustitución de la acción en base a una representación. Todo esto, a costas de negar una realidad objetiva, sabiendo que el otro persiste por fuera del resultado de cualquier agresión, que el debate es de carácter político, y que el mensaje que se emite probablemente nunca llegue al destinatario que se plantea.

4. Nosotros y ellos: el reconocimiento en el mundo digital

El análisis de la construcción de sentido en el que estamos abocados para el caso del debate político vía redes sociales requiere no sólo una comprensión de los procesos representacionales bajo los cuales el sujeto incorpora y “metaboliza” la realidad que se le impone en la coyuntura del país, sino también un estudio de las implicancias y alcances del uso de redes sociales, pensadas como espacios de vínculo con el otro, con características y una dinámica específicas, que de alguna manera condicionan la forma en que se accede a ese otro. Es en este entrecruzamiento donde la subjetividad propia se va construyendo y desarrollando, en contacto e intercambio constante con sus pares, en vías que hoy más que nunca se encuentran en mutación permanente.

Así planteado el escenario, se impone la necesidad de profundizar el conocimiento acerca de las condiciones bajo las cuales se vinculan los sujetos en las plataformas digitales, sin perder de vista cómo tales particularidades van delineando prácticas que, instituidas, hacen a la cotidianidad de gran parte de la sociedad.

Para comenzar, es conveniente retomar la introducción a la idea de reconocimiento que vimos anteriormente bajo la perspectiva de Bourdieu: el sujeto se desarrolla desde su infancia en el vínculo con sus padres, bajo el cual renuncia a sus deseos primarios a cambio de la consideración que puedan tener hacia él, el reconocimiento al fin. Es así que en el niño van formándose las disposiciones que guiarán su desenvolvimiento en el mundo a medida que vaya adquiriendo independencia de la mirada parental, por lo menos en la práctica, pues como vimos con Freud, esta mirada no deja de estar presente. Al fin y al cabo, es por medio de la misma que el sujeto puede reconocerse y reconocer al otro, lo que exhibe la dependencia que existe respecto de la consideración ajena desde los orígenes de la psique; una percepción sin la cual el yo no puede autoconocerse.

Esta idea de reconocimiento constitutivo del sujeto está presente en *Fenomenología del espíritu* de Hegel, y fue trabajada por Alexandre Kojève en su curso de introducción a la dialéctica del amo y el esclavo, que significó un gran aporte al pensamiento social de la segunda mitad del siglo XX. Se distingue en el sujeto el sentimiento de sí, vinculado al deseo subjetivo de un objeto natural, dado, distinto del objeto social, ya reconocido y deseado por otros. Dicho sentimiento de sí solo puede transformarse en autoconciencia cuando, ante la presencia de un otro, el deseo propio se dirige al deseo del otro.

Así, solo puede trascender su naturaleza accediendo al deseo del otro, pues solo deseando su reconocimiento puede alcanzar dicha trascendencia. Es en ese momento en el que se busca objetivar el pensamiento subjetivo acerca de sí mismo, por medio del deseo del otro, que se vuelve objeto del deseo propio.

Esta búsqueda de reconocimiento es definida por Hegel como una lucha a muerte, puesto que lo que está en juego es el prestigio, el valor que persigue la existencia del yo cuando se ve reconocida, y por ende, objetivada. Solo así, la autoconciencia puede alcanzar la trascendencia de su condición natural; es el reconocimiento del otro la única forma de confirmar la superación de su naturaleza.

La lucha a muerte por el reconocimiento conserva la paradoja de que, de morir el sujeto o el otro, no habría reconocimiento, de modo tal que el miedo a la muerte produce el sometimiento de una de las dos partes, que pasa a ser esclavo, reconociendo al amo. Es este el momento en que la lucha por el reconocimiento acapara también el peligro de no ser reconocido, con el consiguiente temor a la pérdida de la existencia subjetiva que conllevaría la desaparición de la instancia objetivadora de uno mismo por parte del otro.

Así entendidas, la existencia subjetiva y la conciencia de sí están indefectiblemente ligadas al reconocimiento del otro para poder constituirse. En el desarrollo hegeliano, la autoconciencia se alcanza por medio de la reflexión, pero como vimos anteriormente por medio de conceptos de autores como Bourdieu o Castoriadis, el plano corporal tiene un lugar preponderante en la construcción subjetiva, en tanto que el vínculo con el otro implica a la capa corporal de institución de sentido, y por ende a la afectividad como caracter fundamental de la misma.

Es la sensibilidad, capacidad de ser afectado por acción o presencia de objetos del mundo, la que implica directamente al cuerpo como primer objeto de reconocimiento por parte del otro. Por medio del cuerpo del otro es que el sujeto descubre el cuerpo propio, en términos de Merleau Ponty, entendible como el lugar donde se instituyen los sentidos pre-reflexivos, en la interacción del sujeto con el mundo, que hacen posible la comprensión intelectual de la realidad propia de cada subjetividad. Desde tal capacidad de ser afectado y crear sentido, se plantea la importancia del reconocimiento como validación de la subjetividad, a la vez del rol central del cuerpo y el plano afectivo en la construcción subjetiva. Al volverse el cuerpo propio objeto del deseo del otro, se convierte también en receptor de su investidura afectiva, que puede darse en las distintas formas que la cultura tiene de canalizar tal energía, según las prácticas instituidas que conllevan un tipo de reconocimiento.

Es el cuerpo el “pivot” de las valoraciones, en tanto presencia en el mundo del sujeto y su existencia subjetiva, y dichas valoraciones, como vimos en el capítulo anterior, están regidas socialmente en relaciones de poder. Retomamos el concepto de campo en Bourdieu para comprender que es el propio cuerpo el que se desenvuelve y es valorado al interior de cada campo, con sus leyes intrínsecas, generando distintas formas de reconocimiento. Y es la capacidad de ser afectado la que hace del cuerpo un lugar en el que se instalan y reproducen las prácticas de la dominación, vinculadas a las relaciones de poder del campo.

Hoy la lucha se da en los incontables campos en los que se disputa por los distintos

capitales que caracterizan a cada espacio, y que hacen al fin y al cabo al reconocimiento que pueda lograr el sujeto para sí, en la tarea de objetivar su existencia subjetiva. En este sentido, la relación de dominación sigue presente en cada campo, como un estado de relación de fuerzas, en el cual los agentes ocupan distintas posiciones de acuerdo al capital que manejan, siempre con un dominador presente que es quien define qué es capital y qué no, y cómo se desarrolla el juego para conseguirlo, en el cual todos acuerdan acerca de aquello que se disputa.

Es en el marco del juego propio del campo que los sujetos desarrollan las disposiciones que le permiten distinguir qué es valioso: podemos ver que el campo de debate político implica el manejo de determinadas significaciones, como es el desinterés en el campo estrictamente burocrático, que hacen a la práctica política en general y permiten un mejor acceso a las prácticas de acumulación de capital político. A propósito, resulta interesante la cuestión de la censura que ejerce el campo, señalada por Bourdieu en *El Campo Político*:

“Debido a que los productos ofrecidos por el campo político son instrumentos de percepción y expresión del mundo social (o, si se quiere, principios de división), la distribución de las opiniones en una población determinada depende del estado de los instrumentos de percepción y de expresión disponibles y del acceso que los diferentes grupos tienen a esos instrumentos. Es decir, que el campo político ejerce de hecho un efecto de censura en tanto universo del discurso político y, por ello, universo de lo que es pensable políticamente, al espacio finito de los discursos susceptibles de ser producidos o reproducidos en los límites de la problemática política como espacio de las tomas de posición efectivamente realizadas en el campo, es decir, sociológicamente posibles dadas las leyes que rigen la entrada en el campo”. (Bourdieu, 2000, p. 63)

Al ser el campo el que regula las disposiciones bajo las cuales los sujetos valoran y perciben los distintos capitales, tiene asimismo el poder de limitar el universo de lo decible y lo pensable. Es desde este punto que cabe preguntarse si el cambio que implican las redes sociales en la ampliación del debate alcanza para hablar de una suerte de democratización en cuanto a los límites que plantea el campo Bourdieu. En este punto es importante tener en cuenta que es la posición dominante del campo la que sigue teniendo el poder para definir qué es capital y cuál es su valor.

Sin lugar a dudas, el campo político es una esfera en mutación, dado que el debate político de hoy en día es un espacio distinto al de hace 15 años. El ingreso de importantes sectores de la sociedad argentina, cuantitativamente hablando, y sus formas primarias de entender la política, desde la afectividad, producto de no tener incorporadas las disposiciones que permiten otra comprensión de las valoraciones al interior del campo, pueden haber

llevado a una modificación de dicho campo, como también del burocrático. Quizás la forma de comunicar de Cambiemos y el uso que ha dado a la comunicación afectiva, sobre todo en relación al clima de odio generado en torno al kirchnerismo, haya sido una de las claves de cómo Mauricio Macri llegó a la presidencia, votado al fin y al cabo por una ciudadanía que transformó en cierta manera su vínculo con la política.

Es este punto que no podemos ignorar la importancia del reconocimiento que realizó Cambiemos del electorado que rechazaba al kirchnerismo como alternativa política. Un rechazo también caracterizable como afectivo, con el odio como síntoma, producto posiblemente de la falta de reconocimiento, al menos en el plano discursivo, que el mismo gobierno de Cristina Kirchner tuvo para con ciertos sectores sociales, principalmente de la clase media, que se manifestaron con amplio repudio a sus políticas. Remarcamos así el carácter afectivo del reclamo, y especialmente el sentimiento de amenaza a los principios subjetivos que definen a determinados ciudadanos, que fueron desencadenados por la falta de reconocimiento que mencionamos anteriormente.

En este contexto descrito es que buscamos pensar de qué manera ha cambiado la forma de participación política a partir de la irrupción de las redes sociales en los modos de vida cotidianos, y particularmente, cuáles son las implicancias de la forma de vínculo intersubjetivo que sostienen. Nos referíamos al cuerpo como objeto de reconocimiento del otro, pensable también a nivel político, como el cuerpo que marcha, que hace multitud, que convoca y expresa. Entonces, es central la pregunta de ¿cómo cambian los modos de reconocimiento cuando el cuerpo está digitalizado, cuando se trata de un perfil, una representación sistematizada de uno mismo?

El yo y el perfil: la problemática del reconocimiento en el mundo digital

Para aproximarnos a la experiencia en el uso de redes sociales y sus implicancias en la vida subjetiva de las personas, el trabajo de Axel Honneth es de gran pertinencia a la hora de reflexionar sobre cómo la práctica del usuario deja su huella en la subjetividad y define los rasgos característicos de un nuevo tipo de vínculo, el de la mediación por perfiles.

El desarrollo conceptual de Honneth en torno a la Teoría del Reconocimiento parte del concepto de “reificación” original de Georg Lukács, filósofo marxista húngaro, quien buscó ahondar en las consecuencias ideológicas del fenómeno analizado por Marx del “fetichismo de la mercancía”, por medio del cual se produce el ocultamiento de sus condiciones de producción, propias del sistema capitalista (Lukács; 1969). La imposibilidad de ver la explotación y la cadena de plusvalor detrás de un producto, que “deslumbra” en su apariencia inmediata, tiene según Lukács un correlato en la subjetividad de las personas inmersas en la dinámica del mercado:

“Se trata de un fenómeno social fundamental de la sociedad capitalista: la transformación de las relaciones humanas cualitativas en atributo cuantitativo de las cosas inertes, la manifestación del trabajo social empleado para producir ciertos bienes como valor, como cualidad objetiva de estos bienes; la reificación que se extiende en consecuencia progresivamente al conjunto de la vida psíquica de los hombres en la cual hace predominar lo abstracto y cuantitativo sobre lo concreto y lo cualitativo”. (Lukács, 1969)

Así, el autor está definiendo una cosificación de las relaciones humanas inherente al capitalismo a partir de las consecuencias ideológicas de las condiciones de producción y reproducción del capital. La desimplicación, la pasividad, o la conducta observadora que define el filósofo húngaro es discutida por Honneth, dado que no está claro cómo la dinámica del fetichismo de la mercancía se extiende a los vínculos humanos, por lo que busca profundizar la teoría desde los procesos subjetivos, centrándose en la Teoría del Reconocimiento. Desde el pensamiento acerca del vínculo entre el sujeto y el otro, plantea una reformulación del concepto de reificación desde la subjetividad y el valor de la afectividad.

De este modo, Honneth establece otra forma de analizar las relaciones intersubjetivas, contemplable a la luz de las prácticas actuales y las nuevas formas de comunicación. Reconsiderarlo como un “olvido del reconocimiento previo” implica tener en cuenta al mundo de los afectos como plano fundamental en las relaciones humanas, condición de posibilidad de un entendimiento entre pares, de una posterior objetivación, de poder colocarse “en el lugar del otro” (Honneth, 2012).

Esta idea de “desimplicación” señala en cierta forma un síntoma visible en las nuevas formas de comunicación contemporáneas. El vínculo entre dos personas o más por medio de una construcción simbólica como es el perfil, plantea un tipo de reificación ya instituido en la praxis cotidiana. Conocer a una persona por medio de la recopilación de datos objetivados que el otro realizó, como pueden ser foto, edad, lugar de nacimiento, estudios, trabajo, gustos y consumos, diagrama un tipo de sujeto cosificado, reducido a una serie de variables que reifican su existencia subjetiva. Este tipo de prácticas instituidas son factibles de alejar, ocultar o negar un reconocimiento primario, afectivo, dirigido hacia el otro.

Asimismo, Honneth señala otra faceta de la reificación que se da al interior del sujeto, y que tiene que ver con una dificultad de reconocer los afectos, sensaciones y deseos. Afirma el autor que “no percibimos nuestros estados mentales como simples objetos, ni los constituimos por medio de nuestras declaraciones, sino que los articulamos en conformidad con lo que nos es internamente familiar en cada caso” (Honneth, 2012, p. 120). Esta familiaridad está marcada por el proceso de socialización y los sentidos instituidos acerca de la afectividad, desde el uso del lenguaje hasta las prácticas que movilizan determinadas emociones. En esta

problemática se basa la violencia de interpretación, trabajada por Piera Aulagnier, en la que se entiende la dificultad de traducir al lenguaje verbal lo correspondiente a la afectividad. En este sentido, lo afectivo constituye la forma originaria en que el sujeto crea sentido: representaciones que Aulagnier define como pictogramas, y que constituyen su primera forma de incorporar una forma de comprender el mundo. Con la intervención del otro y la incorporación del idioma, dicho lenguaje de lo afectivo se ve acotado según las categorías de cada lengua (Aulagnier; 2001). Es así como por medio de la cultura y sus significaciones operantes que el sujeto aprende a reconocer sus sensaciones y a asociarlas con reacciones que oscilan entre lo instintivo y lo socialmente permitido.

Bajo esta perspectiva se pueden identificar costumbres, rituales o usos institucionalizados que posibilitan la autoreificación de los sujetos. Honneth destaca a las de autopresentación de las personas: “todas las instituciones que de manera latente fuerzan al individuo solo a simular determinadas sensaciones o a fijarlas con carácter conclusivo, fomentan una disposición para cultivar actitudes autoreificantes” (Honneth, 2012, p.144) y señala específicamente las entrevistas laborales y los chats de encuentros amorosos como prácticas donde se evidencia el fenómeno. El autor está remarcando un déficit en el autoconocimiento de la propia subjetividad de explorar los sentimientos y articularlos con la dinámica del lenguaje; una especie de bloqueo del vínculo afectivo que no solo se da respecto de un otro, sino de uno mismo primordialmente cuando se desenvuelve en una práctica en la que se busca obtener un objetivo extremadamente deseado, al punto de anteponerse al reconocimiento del otro y del propio yo.

El ejercicio de pensar las implicancias de la idea de autoreificación en nuestro presente, principalmente haciendo foco en la práctica de uso cotidiano de redes sociales, nos conduce a reflexionar acerca del proceso de construcción de un perfil, en tanto representación del sujeto en el mundo digital, en plataformas diseñadas, algunas en mayor o en menor medida, a la búsqueda de objetivos concretos, siempre vinculadas a deseos propios en tensión con el reconocimiento del otro. Dicha búsqueda de reconocimiento nos remite al concepto de máscara trabajado por Erving Goffman, bajo la cual los sujetos se autoconstruyen en los distintos ámbitos de la vida social según “el yo que quisieran ser”, para poder desempeñar un rol en la dinámica cotidiana (Goffman; 2003). Es en el desarrollo de dicho rol en el que el sujeto se reconoce a sí mismo, a la vez que desarrolla una máscara, una apariencia, en tanto conceptualización propia. Claro que no se trata de una sola máscara, sino de varias en algún punto distintas, que se utilizan según el contexto y la situación específica, pero bajo las cuales el sujeto construye su personalidad y se descubre a sí mismo, a la vez que es reconocido por los demás.

La introducción a la idea de autoreificación nos permite pensar en cómo se da el propio reconocimiento del sujeto, que Honneth caracteriza como falta de distinción del afecto.

Pensando en las distintas máscaras que plantea Goffman, el concepto puede ser comparado con el perfil y su construcción a fines de conseguir un objetivo concreto. Y en este sentido es fundamental pensar en hasta qué punto uno moldea la máscara, su autoreconocimiento, y en definitiva la comprensión de las sensaciones que el cuerpo experimenta, a fin de lograr sostener un reconocimiento por parte del otro que permita satisfacer un deseo. No debemos olvidar que lo que se juega en la lucha del reconocimiento es su logro, resaltando que no tenerlo implica la pérdida de la objetivización, que en términos afectivos se experimenta como un verdadero peligro a la existencia. Así, el perfil se presenta como una instancia de validación de lo que creemos ser.

“Nuevamente, tenemos que matizar que la inmersión, en ‘chats’ –y otros- es de tipo social. No es una experiencia de inmersión tecnológica ni de inmersión entre una cantidad enorme de información pura. Es social, a veces incluso multitudinaria. Es una experiencia de adentramiento entre otros personajes sociales, de creación y narración de una versión del ego propia del medio, adecuada a él, ilusoria en tanto que hecha de ilusiones, voluntades de ser, proyecciones más o menos ideales de los egos de los usuarios.” (Mayans i Planells; 2002)

La distinción que plantea el autor catalán Mayans i Planells en torno a la creación de un alter-ego digital nos devuelve a las reflexiones de Honneth en relación al rol que juegan las nuevas vías de comunicación digitales en la formación de la propia subjetividad: la construcción de un perfil implica necesariamente una autoreflexión sobre uno mismo, donde se mezclan las aspiraciones, deseos y la visión sobre uno mismo, ante la mirada del otro y la búsqueda de su reconocimiento.

Los conceptos de Goffman acerca de las prácticas usuales de autopresentación permiten acercarnos más al desenvolvimiento performático que el sujeto realiza en su cotidianidad, y particularmente dimensionar cómo juega la idealización propia a la hora de presentarse en sociedad. La fachada, combinación entre apariencia y modales que el sociólogo define como “dotación expresiva de tipo corriente empleada intencional o inconscientemente por el individuo durante su actuación” (Goffman, 2003, p. 34), exhibe ante los presentes un status social y el tipo de interacción que el sujeto plantea y ejecuta. Es a partir de esta idea de individuo proyectado hacia el otro en búsqueda de su reconocimiento, que debemos reflexionar sobre los alcances de la idealización del yo a la hora de desarrollar estrategias para obtener dicho reconocimiento.

En sus teorizaciones acerca de la actuación de una rutina por parte del individuo, Goffman señala que este presenta a través de su fachada “algunas exigencias más bien abstractas sobre el público”, lo que constituye “una forma de «socializar», moldear y modificar una actuación para adecuarla a la comprensión y expectativas de la sociedad en la cual se

presenta". Además, el sociólogo destaca "la tendencia de los actantes a ofrecer a sus observadores una impresión que es idealizada de diversas maneras", y agrega: "cuando el individuo se presenta ante otros, su actuación tenderá a incorporar y ejemplificar los valores oficialmente acreditados de la sociedad, tanto más, en realidad, de lo que lo hace su conducta general" (2003, p.47). Así, la perspectiva de Goffman permite dimensionar la idea de actuación y la exhibición de una idealización propia del individuo como parte inherente de la socialización, que es necesario reevaluar a partir de la dinámica propuesta por el vínculo digital vía redes sociales.

En este sentido, es de especial interés el concepto de "auto-presentación selectiva" que trabaja el sociólogo Ignacio Perrone, referido a la idea de poder moldear y manipular la apariencia de uno mismo a la hora de construir un perfil, es decir, por ejemplo, subir determinada foto, editada o no, o elegir qué datos se cuentan de uno y qué otros se ocultan. Perrone explica que hay en este acto una inherente idealización del otro, en cuanto a pensar qué es lo que ese otro prefiere ver de mí, por lo que termino construyendo, en función de esa idea, una imagen idealizada de mí mismo. Esto permite que se desarrollen "más fáciles relaciones de mayor intimidad usando las Comunicación Mediada por Computadoras", que también son descritas como "relaciones interpersonales más íntimas, más fuertes" (Perrone; 2006).

Esta característica posiblemente desinhibitoria que tiene el hecho de comunicarse por medio de un perfil, con el cierto margen de anonimato que puede conservar, ya deja en claro que se trata de una forma de comunicación que despierta otra forma de actuar del sujeto, y especialmente un diálogo distinto consigo mismo, al permitir la posibilidad de librar en cierta parte su deseo sin tener que poner el cuerpo de manera presencial, o tener que contestar un mensaje al instante en una conversación. Pero hay que distinguir que esta práctica no implica un autoconocimiento efectivo, ya que introduce al sujeto en una situación distinta del cara a cara que no necesariamente lleve a una introspección o a una comprensión distinta de sí mismo.

La idealización que explica Goffman, inherente a las prácticas de autopresentación, conlleva una conceptualización pasible de ser forzada por la búsqueda del reconocimiento al adherir a ideales sociales que se imponen al deseo, a veces no del todo consciente, del sujeto. Es en este escenario que el sujeto muestra lo mejor de sí en función de ser reconocido por el otro, lo que no implica que, por más que se de por la vía digital, el sujeto se esté autoreconociendo en la complejidad de su plano afectivo. Y en este sentido es fundamental resaltar la prestancia que tienen las redes a poder manipular la presentación del sujeto en función de a quién se exhibe.

Si bien el acto de autorepresentarse bajo los condicionamientos que impone la plataforma implica, en el marco de la búsqueda de reconocimiento, una idealización del deseo del otro, la

medida en que uno manipula su propia imagen depende de cada sujeto y su trayectoria personal, dejando abierta la posibilidad de crear una representación de uno muy distinta de su realidad. “No percibimos nuestros estados mentales como simples objetos, ni los constituimos por medio de nuestras declaraciones, sino que los articulamos en conformidad con lo que nos es internamente familiar en cada caso” (Honneth, 2012, p.120), recordamos, y en este sentido la idea de autopresentación selectiva no escapa del fenómeno de autoreificación que presenta el autor alemán.

No hay que olvidar que la autorepresentación que uno hace en el plano digital se da bajo la lógica de determinado objetivo al que apunta una plataforma (ocio, debate, encuentros amorosos o de cualquier tipo) o buscando una reacción específica por parte del otro. Un otro, al que se accede, al fin y al cabo, por medio de una digitalización, una segmentación de sí en una serie limitada de variables. La búsqueda de un objetivo, o la forma de reconocimiento que provee estandarizada cada plataforma, está contemplada por Honneth como una potencial reificación del otro, al anteponer la obtención de dicho objetivo al reconocimiento afectivo del otro.

En el plano personal, al interior del sujeto, este tipo de vínculos puede llevar, en el marco de la sociedad contemporánea, a una posible interpretación fallida del deseo propio, que el sujeto percibe, como expresa la frase citada de Honneth, según lo familiar, el marco cultural que nos provee el proceso de socialización, como también a una percepción difusa del otro y su deseo, mediado en gran parte por el lenguaje visual.

Hoy en día, las aplicaciones y redes sociales son parte de la cotidianidad de millones de personas, proporcionando soluciones concretas a requerimientos diarios. En este sentido, cada una ofrece la posibilidad al usuario de cumplir un objetivo. Pero muchas veces, dicho objetivo responde a una necesidad impuesta por la cultura, como sucede con los ideales de éxito, que moldean la forma en que se accede al objetivo, de la que las aplicaciones y redes no están ajenas. Es en este contexto que el autoconocimiento muchas veces se ve obstaculizado por objetivos impuestos por la cultura, que pueden estar alejados o ser muy distintos del deseo propio al que buscamos acceder.

Dichos objetivos no dejan de ser, al fin y al cabo, formas de reconocimiento por las cuales el sujeto lucha y busca destacarse entre los otros, que también buscan ser reconocidos en sociedad. El peligro de la pérdida del reconocimiento siempre está latente y constituye probablemente uno de los motivos por los cuales los individuos aprovechan el potencial que tienen las redes sociales para crear alter-egos digitales más en sintonía con los modelos sociales de éxitos, o en términos de Goffman, las fachadas legitimadas socialmente, que funcionan en cierta forma como una garantía de reconocimiento, más enfatizado todavía con la primacía de la apariencia y el lenguaje visual que opera en las redes sociales. Es necesario continuar trabajando en cómo el sujeto convive e interactúa con dichos imperativos

sociales mientras se reconoce, se idealiza a sí mismo y se desenvuelve en la lucha por el reconocimiento.

Retomando la problemática del debate político vía redes sociales, los conceptos de reificación y autoreificación de Honneth, aplicados al caso de la comunicación mediada por perfiles, en tanto representaciones limitadas de los sujetos, contribuyen a dimensionar el cambio que representa la mediación digital en el diálogo intersubjetivo. El otro se presenta cada vez más resumido, sintético, y cada vez más inaccesible en su profundidad subjetiva y su complejidad humana. La lucha por el reconocimiento se desarrolla de este modo en un escenario donde el odio, la descalificación y la quita de entidad del otro, al menos en el plano simbólico, puede darse sin limitaciones, y especialmente sin el miedo a la muerte que se plantea en la dialéctica del amo y el esclavo. A la vez, el desconocimiento del otro constituye una forma de negar sus ataques y de alguna forma restituir la existencia propia ante el peligro de la pérdida de la instancia de objetivación. Es así como el olvido del reconocimiento afectivo está presente en la práctica cotidiana del uso de redes sociales, y conlleva la violencia propia de la deshumanización del otro, como también de uno mismo.

La arquitectura de la red

A la hora de pensar de qué manera se produce y mantiene el vínculo entre usuarios, es fundamental comprender el concepto de arquitectura de cada sitio, y en general de las redes sociales. Para eso analizaremos cómo se diseñan los vínculos entre pares en algunas de las plataformas 2.0 principales.

Empezando por Twitter, la particularidad de su estructura es lo que habilita ciertas formas de construcción de sentido características del medio. Los estudios de Nikolov y su concepto de “efecto burbuja” son necesarios para estudiar la lógica bajo la cual Twitter fomenta determinados tipos de lazos. Más precisamente, para el análisis debemos considerar que dicha red social concentra las opiniones, es decir, une a personas según sus afinidades bajo la idea de una gran conversación global, en la que uno puede conocer las expresiones de cualquier usuario, incluso sin “fijar” el vínculo siguiendo al otro unidireccionalmente. Esto permite un alto grado de interacción con desconocidos, a la vez que se establecen vínculos más fugaces de acuerdo a las temáticas que se comparten. En este sentido, la cuestión afectiva no pasa tanto por el vínculo entre conocidos, sino con otros en tanto personas públicas que intercambian reconocimiento (en forma de retweets o likes).

En este sentido, Twitter no solo propone “seguir” a otros según patrones algorítmicos que detectan contenidos y gustos en común, sino que potencia la tendencia de los sujetos a los consumos afines con sus opiniones: a menos que uno tenga la voluntad de seguir a personalidades de pensamientos contrarios, la presencia de contenidos disruptivos será cada

vez menor (Nikolov et al, 2015). Esto es lo que el autor llama “efecto burbuja”: el punto en que la arquitectura del sitio produce un encierro sobre las afinidades del usuario, buscando su satisfacción y bloqueando en cierta manera la posibilidad de contacto con otras posturas¹⁰.

Así, el “efecto burbuja”, contiene un gran potencial para la formación de comunidades virtuales, como la de los Anti K en Twitter. Esta etiqueta, asumida por millones de usuarios, se convirtió en una forma de identificarse, una vía para poner en palabras los sentimientos de un sector de la población argentina, una forma de compartir representaciones y sentidos formados al calor de los procesos subjetivos antes descritos, ahora impulsados por el pertenecer a un colectivo con significaciones instituidas que refuerzan la clausura de sentido, en términos de Castoriadis, es decir, su régimen de creencias que sostienen lo que cree ser, cómo se piensa y cómo piensa al mundo, en definitiva, su subjetividad. Así, el displacer que moviliza a los sujetos a expresarse del modo en que lo hacen toma forma de frases, estructuras, significaciones que circulan en la red, a la manera que esta lo permite¹¹, y además, al enmarcarse dentro de grupos de afines, obtiene lo que de alguna forma está buscando: el reconocimiento del otro. Es decir que, como veíamos anteriormente, la expresión de odio hacia el otro no solo sirve como defensa y anulación de la amenaza de pérdida de la existencia (cuando el rival político amenaza las creencias y fundamentos sobre los cuales nos construimos subjetivamente y nos reconocemos a nosotros mismos), sino que también, en el marco de una comunidad de afines, se obtiene el aval y el reconocimiento de estos.

Para pensar en Facebook, partiremos del completo análisis de su arquitectura realizado por Carolina Gruffat y Roberto Schimkus en *Facebook y sus rivales*. En principio, estamos hablando de una red social donde los vínculos son bidireccionales, aceptados por ambas partes, aunque se incluyó hace relativamente poco tiempo la opción “seguir”, que permite el acceso a determinados contenidos que el usuario considere públicos. El hecho de que se trate de una red social construida en base a lazos entre “amigos”, determina en cierta forma su carácter lúdico, distinto del caso Twitter: los contenidos se organizan en base al vínculo y no a los intereses, más allá de que estos puedan compartirse o no.

Otra consecuencia de la arquitectura que destacan los autores es la autorreferencialidad de las publicaciones hechas, puesto que se prioriza siempre el acceso a otros cercanos que

¹⁰ Desarrolladores independientes y también de las principales corporaciones de redes sociales ya han tomado nota del tema y hoy existen funciones para cancelar el feed de contenidos, o hasta invertirlo para recibir lo “opuesto” a lo que el sistema percibe como posible afín a nuestras preferencias.

¹¹ En este sentido no se puede obviar el fenómeno de la viralización de noticias falsas o títulos manipulados, que se produce también dentro de comunidades de afines y se expande. En estos casos, el usuario estaría priorizando la reafirmación de una creencia a través de una noticia, en vez de la veracidad de la misma.

su viralización en la red hacia desconocidos, a menos que se realicen en grupos de temáticas específicas:

“(…) los elementos más transparentes de la interfaz —es decir, los más accesibles y fáciles de utilizar— son los autorreferenciales, que hablan del sujeto, mientras que los más opacos son los heterorreferenciales, aquellos que implican una interacción con el otro. Dentro de los elementos más transparentes se encuentran la foto de perfil, la información personal, la barra de estado («qué estoy haciendo/pensando»), en tanto que los elementos más opacos son el chat, los grupos, el aviso de cumpleaños de los contactos, entre otros”.
(Guffrat y Schimkus, 2010, p. 75)

Podemos ver así cómo la arquitectura de las redes sociales condiciona fuertemente el tipo de vínculo que se construye con el otro. Más cercano o lejano, más afectivo o menos, el diseño de la plataforma incide así también en los contenidos que se comparten y viralizan entre los usuarios, con lo cual es un factor a considerar a la hora de pensar cómo interactúan los usuarios y se reconocen a sí mismos. Por ejemplo, en el caso de Twitter, su arquitectura plantea al sujeto como un opinador igual a los demás (siempre considerando que hay personalidades públicas que acarrearán su popularidad al mundo digital, traduciéndola en cantidad de seguidores) sobre determinadas temáticas de relevancia. Lo desprovee del contacto y la “contención” de sus vínculos cercanos, y lo introduce en un debate feroz, como puede verse en Twitter, con mensajes fugaces y cargados de agresividad en búsqueda de la viralización (o reconocimiento) por medio de la llegada a su “burbuja”, y con poca capacidad de construcción de consenso al fin. Un tipo de vínculo que, al fin, puede ser calificado de “reificante” en términos de Honneth, por instituir una práctica, el uso de Twitter, que aleja al sujeto del contacto y la empatía con el otro. Y esto alcanza también a Facebook, pues los niveles de agresividad también son palpables, por ejemplo, en los grupos de donde se pueda generar algún tipo de debate.

Así planteadas las condiciones de circulación de mensajes en las plataformas de redes sociales, es importante reflexionar acerca de cómo dichos discursos que se viralizan tienen la función de poner el palabras el sentido formado desde la afectividad del sujeto, en su lucha por ser reconocido en el medio digital. Recordamos el concepto de violencia de la interpretación, de Aulagnier, para pensar cómo el lenguaje expresa en la medida de sus posibilidades el malestar, la alegría o la sensación al fin que experimenta el sujeto y que resulta compleja de describir. Al nutrirse representacionalmente en espacios afines a sí mismo, las redes le proveen discursos que son fácilmente adoptados para expresar su sentir. Además, proveen el reconocimiento, puesto que al estar rodeados de otros usuarios también

afines, los discursos son avalados y reconocidos por la comunidad, cada vez más separada de sus pares disidentes.

En este sentido, podemos ver cómo el medio en cierta forma condiciona el tipo y la calidad del mensaje, siendo un espacio de formación de las subjetividades que necesita seguir siendo estudiado. Si la circulación de contenidos es regulada por cada plataforma, el acceso que tienen los sujetos a determinadas representaciones también depende del algoritmo que elige lo que vemos. La subjetividad no se construye por el simple acceso a ideas, pero si puede ser un factor condicionante a la hora de incorporar sentidos para comprender al mundo y a nosotros mismos.

El régimen visual y la lógica del espectáculo

Si bien las redes sociales muestran una fuerte impronta del texto escrito como forma de comunicación, cada vez están más pobladas de fotos y videos, en lo que puede vislumbrarse una predominancia del lenguaje visual.

El campo de la comunicación virtual tiene su lenguaje propio y su dinámica, que lo hacen tan masivo como particular. El reconocimiento al interior del mismo se da principalmente a través de lo visual: la presencia de imágenes e iconos en la estructura visual del perfil son la representación que uno hace de sí mismo para mostrarse en las redes.

Este imperio de lo visible en la producción de sentido es un tema ampliamente analizado por Paula Sibilia a partir de la perspectiva de Guy Debord, autor situacionista francés que en 1967 publicó *La Sociedad del Espectáculo*, entendida como “una relación social entre la gente que es mediada por imágenes” (2008, p. 32).

A lo largo de *La intimidad como espectáculo*, Sibilia retoma las tesis del autor para analizar la cuestión de la intimidad en la nueva subjetividad que se da en el auge de las redes sociales. Allí es donde pone el foco para pensar las implicancias de lo visual en la comunicación, particularmente en cómo el yo comienza a estructurarse en base a lo exhibible, puesto que “en el monopolio de la apariencia, todo lo que queda del lado de afuera simplemente no existe” (Sibilia, 2013, p.130). La comunicación mediada por perfiles, de este modo, encierra la necesidad de construcción de un alter ego digital, de una “personalidad”, como describe Sibilia, orientada hacia el exterior, hacia el otro, a partir de las palabras, imágenes, videos y todo el contenido que cargamos en las redes: el yo alterdirigido que referimos anteriormente.

Comprendemos que las redes proveen de una serie de herramientas y un tipo de vínculo con el otro que deja su huella en las subjetividades, a partir de las significaciones que sirven como representaciones que ponen en palabras afectos. De este modo las teorías tanto de Honneth como de Sibilia permiten pensar en una autoreificación de los sujetos desde la autopresentación por medio de lo visual, así como también un conocimiento sesgado del otro desde lo que su perfil muestra. Es el sujeto quien elige cómo mostrarse al mundo, de acuerdo a qué tipo de otro encuentre en la red social en la que está, según qué desea y cómo se ve a sí mismo. Y es ese otro el que se le aparece al sujeto como una serie específica de datos, como pueden ser una foto, nombre, lugar de residencia o estudios, que hacen las veces de representación segmentada de uno mismo.

Por medio de dichas variables es que el sujeto se introduce en la lucha por el reconocimiento en la vía digital, poniendo su existencia subjetiva en juego ante la mirada del otro, ambos mediados por las potencialidades específicas con las que cuenta cada plataforma. Estas características son las que hacen tan particular al campo de la

comunicación en las redes sociales. Los contenidos “colgados” en un perfil, que construyen la personalidad del “yo virtual”, están sometidos a la opinión y el reconocimiento del resto de los usuarios, que puede darse en forma de comentarios, difusión (compartir o retweets), o en las vías objetivizadas que la herramienta virtual provee, como son los “me gusta”.

El hecho de que la valoración al interior del campo virtual esté cristalizada en las formas que provee la plataforma condiciona fuertemente la producción de sentidos. Puede verse, sobre todo en el fenómeno de los usuarios anónimos, cómo lo que se busca es decir lo que pueda ser compartido, viralizado y aprobado por grandes cantidades de personas, y cómo el anonimato permite sobrepasar los límites éticos de respeto al otro con tal de alcanzar la trascendencia en el medio digital. Como se ve en el caso de los *trolls*, al no exponerse la identidad, el usuario agrede sin poner en juego el reconocimiento que se le pueda hacer, además de no poner en juego la vida al mediar datos en la vía digital y no el propio cuerpo. Son estas condiciones, especialmente la baja referencia de la realidad objetiva del sujeto, las que habilitan la agresión con tal de alcanzar la trascendencia (aunque fugaz) sin correr riesgos, a costas de la violentar al otro.

En este sentido las redes reproducen la lógica descrita por Debord: “lo que aparece es bueno, y lo que es bueno aparece”. Esta lógica del espectáculo, vinculada especialmente al lenguaje visual, es también un factor estructural de la comunicación por redes sociales que sumerge al yo en una forma de interacción con reglas particulares que determinan el tipo de práctica, y que deben ser consideradas a la hora de pensarlas como espacios donde se pone en juego la subjetividad.

En relación a las prácticas instituidas que redundan en la reificación, para devenir en una construcción de sentido distante del otro en su carácter humano y, sobre todo, afectivo, Sibilia describe que “hay una tendencia hacia una cierta insularidad: vivir en soledad. Lo cual puede ser maravilloso, pero también se puede vivir de una forma penosa si esa soledad nos incapacita para relacionarnos con los demás, en el sentido que nos encapsula”. En este sentido, agrega que en las formas de comunicación 2.0 “el otro parece ser instrumentalizado como público. La relación que tengo con el otro parece ser de mera autoafirmación más que de contacto; y eso no tiene por qué ser así, pero en las redes se ve mucho: el otro me importa en la medida que me autoafirma, que me aplaude. Tiene que ver mucho con la vulgarización de la idea de narcisismo (...) es importante lo cuantitativo, tienen que ser muchos. No importa qué otro, se necesita que muchos digan que soy valioso”¹².

Las palabras de la socióloga describen con agudeza una de las implicancias del uso de las redes sociales, directamente vinculada con la reificación y la dificultad del reconocimiento afectivo del otro: el tipo de vínculo que se está estableciendo conlleva una cosificación, una

¹² Entrevista a Paula Sibilia en *Todo es fake: lo que nos pasa en el mundo digital* - Episodio 1: El show del yo (Exposición en redes sociales). 2017.

desconstrucción del sujeto en una serie de datos concretos que no hace más que alejarlo en su carácter humano, e incluso en su expresión, al ser presentado como un mero aprobador o desaprobador de lo que mostramos de nosotros mismos. Al mismo tiempo, se introduce al usuario en el juego de exponerse visualmente para ser reconocido, ante la amenaza de no conseguirlo y experimentar la pérdida de la objetivización de su personalidad.

En esta línea, Sibilia recalca las formas de autoevaluación que los sujetos fueron adoptando para poder representarse en el mundo virtual: “tengo cierta edad, cierta posición social, las características que definen como un producto a cada uno de nosotros, porque aprendimos a pensamos así (...) aprendimos a autoevaluarnos con criterios de mercado”. De esta visión se desprende una clara limitación del uso de redes sociales en tanto práctica que permite el autoconocimiento; en otras palabras, el hecho de tener que describirse, de alguna manera “encorsetarse” en las variables que habilita la plataforma digital, en tensión con la representación que se tiene del otro y su deseo, plantea un escenario similar al que describe Honneth en su definición de prácticas autoreificantes, en las que los sujetos ven cada vez más obstaculizado su autoconocimiento y la tramitación afectiva libre, por fuera de las imposiciones de la propia cultura.

El lugar del mercado

El fenómeno de la comunicación mediada por computadoras, y en especial el uso de redes sociales, son fuertes rasgos de la coyuntura de los últimos 15 años, cuyas consecuencias todavía están surgiendo. Como mencionamos anteriormente, se puede pensar el momento histórico como una crisis de las grandes significaciones imaginarias sociales, como plantea Castoriadis, lo que trastoca las fuentes de sentido y subjetivación para el hombre. En tiempos de sobreinformación, la ausencia de las grandes significaciones dadoras de sentido obliga a repensar de qué tipo y qué alcance tienen las representaciones que circulan constantemente en las redes sociales, a las que gran parte de la sociedad dedica un tiempo diario considerable, sin perder de vista que existen en todo grupo modelos identificadorios que influyen en la subjetivación de las personas.

En este marco, la noción de autocomunicación de masas, trabajada por Manuel Castells en *Comunicación y Poder*, permite profundizar el análisis del rol que hoy juegan las vías de interacción. Las define, así, como una nueva forma histórica de la comunicación, ya como etapa posterior de la Galaxia Gutenberg y el esquema clásico de broadcasting como paradigma.

Es de masas porque tiene capacidad de alcance global, es autocomunicación porque es el propio usuario el que elabora el mensaje, define receptores y “selecciona los mensajes concretos o los contenidos de la web y de las redes de comunicación electrónica que quiere

recuperar” (Castells, 2008, p. 88). Además, es multimodal, porque el contenido puede ser adaptado por mismo usuario y reconvertido para ser viralizado y redirigido en distintas plataformas.

Para el autor, hoy las tres formas de comunicación desarrolladas históricamente (interpersonal, comunicación de masas y autocomunicación de masas), conviven y se complementan, con consecuencias culturales a partir de “la articulación de todas las formas de comunicación en un hipertexto digital, interactivo y complejo que integra, mezcla y recombina en su diversidad el amplio abanico de expresiones culturales producidas por la interacción humana” (Castells, 2008, p. 187-188). Esta convergencia, como destaca el filósofo citando a Henry Jenkins “se produce dentro del cerebro de los consumidores individuales y a través de su interacción social con los demás” (Jenkins, 2006), y en este sentido es importante recordar el lugar clave de la práctica, sobre todo en intercambio y presencia de un otro, en el proceso de construcción de la subjetividad.

Teniendo en cuenta los cambios culturales consiguientes, es interesante y bien descrita la mirada de Castells acerca del individualismo:

“Por último, la cultura del individualismo en red encuentra su plataforma preferida en el variado universo de la autocomunicación de masas: Internet, comunicación inalámbrica, juegos en línea y redes digitales de producción cultural, remezcla y distribución. No es que Internet sea el ámbito exclusivo del individualismo. Internet es una red de comunicación y, como tal, es también instrumento de difusión del consumismo y del entretenimiento global, del cosmopolitismo y del multiculturalismo. Pero la cultura del individualismo en red puede encontrar su mejor forma de expresión en un sistema de comunicación caracterizado por la autonomía, la conexión horizontal en red, la interactividad y la recombinación de contenidos a iniciativa del individuo y sus redes”. (Castells, 2008, 175-176)

Si bien el individualismo como conducta social no tiene necesariamente que ver con la noción de reificación tratada por Honneth, es un ejemplo de cómo hay prácticas instituidas en lo cotidiano que muchas veces se asientan sobre cuestiones culturales que tienden a reproducir. Si el individualismo implica una pérdida de empatía con el otro, puede pensarse que Internet se presta como un espacio de reproducción de la conducta.

Castells, también en el plano cultural, hace una interesante distinción acerca de cómo la herramienta digital no termina de explotar su potencial de diversificación, en el sentido de poder dar voz a todos los usuarios y posibilitar “la producción autónoma de la mayoría de los flujos de comunicación que construyen el significado en el imaginario colectivo” (Castells; 2008). Este panorama se ve obstaculizado por las estrategias empresariales y comerciales,

que son las que en definitiva moldean el avance tecnológico para obtener rédito, y provocando bajo esta línea los cambios culturales mencionados:

“La difusión de Internet y de las comunicaciones inalámbricas ha descentralizado las redes de comunicación, lo que permite múltiples puntos de entrada en la red de redes. Si bien el crecimiento de esta forma de autocomunicación de masas aumenta la autonomía y la libertad de los actores de la comunicación, dicha autonomía tecnológica y cultural no conlleva necesariamente la autonomía respecto a las empresas mediáticas. De hecho, crea nuevos mercados y nuevas oportunidades de negocio. Los grupos mediáticos se han integrado en redes multimedia globales entre cuyos objetivos está la privatización y comercialización de Internet para ampliar y explotar estos nuevos mercados”. (Castells, 2008, p. 111)

Así planteado, el mercado y su lógica aplicada a las comunicaciones contemporáneas es una variable ineludible a la hora de pensar las redes sociales como espacios de formación identitaria y subjetiva. La problemática acerca del diseño fue trabajada largamente también por Lawrence Lessig en *Código y otras leyes del ciberespacio*. Allí pone el acento en la interacción entre el comercio y un elemento fundamental que mencionamos anteriormente: la arquitectura de la red. La misma es moldeada por el comercio para obtener ganancia, a la vez que alimenta y eficientiza el comercio mismo. Lessig destaca y anticipa en cierto punto la importancia que tiene hoy la identificación dentro de la arquitectura de la red.

“Si el comercio va a definir las arquitecturas emergentes del espacio cibernético, ¿no es rol del gobierno asegurar que esos valores públicos que no responden al interés del comercio, también sean parte de la construcción de esta arquitectura? La arquitectura es de alguna forma una ley: determina lo que la gente puede o no puede hacer. Cuando los intereses comerciales determinan esta arquitectura, crean un tipo de ley privatizada” (Lessig, 1999, p. 59).

En el análisis del autor se ve una de las consecuencias del declive de las grandes instituciones de la modernidad en occidente, como también del neoliberalismo, que pone en jaque incluso la lógica con la que vienen operando los distintos gobiernos. La regulabilidad de la arquitectura pasa a ser un tema político de importancia central, puesto que los valores públicos quedan desplazados en la lógica de mercado, y en cierto punto también del espectáculo, en las palabras de Debord rescatadas por Sibilia que mencionamos anteriormente: la arquitectura es la que determina el régimen de visibilidad y exposición que impera en el mundo de las redes sociales.

En la coyuntura de declive de las grandes significaciones imaginarias sociales que plantea Castoriadis, y con la importancia que tienen las redes sociales en la cotidianidad de

los sujetos, la reflexión acerca de las condiciones de construcción de la subjetividad se vuelve clave. En este sentido, el lugar del mercado que señala Sibilia es de especial interés: “(...) puede ocurrir que la insaciable avidez del mercado capture esos espacios que ahora quedaron vacíos y se instale en ellos. En el forcejeo de esa negociación, las subjetividades pueden volverse un tipo más de mercancía (...)” (Sibilia, 2013, p. 312). La cuestión del mercado como institución formadora de prácticas y del consumo en la construcción de las subjetividades toca de fondo cualquier análisis sobre la realidad identitaria de los sujetos, porque las representaciones y sentidos instituidos no escapan a su dinámica. Hace a cómo se reconocen los sujetos, entre sí y a sí mismos, cómo satisfacen sus necesidades y cómo construyen sentido.

Estas definiciones resultan ineludibles a la hora de pensar el debate político en la forma en que se da en las redes sociales, ya que los condicionamientos de la plataforma con las particularidades de la cultura y el uso que se hace de los dispositivos marcan un nuevo tipo de subjetividad. Los pronunciamientos políticos se dan así en una nueva esfera pública de mensajes sintéticos, fugaces y sometidos a formas de reconocimiento y de vínculo del otro que repercuten en la producción del sentido. Y la pregunta por el sentido que se le da al contenido publicado está íntimamente ligada a los estados emocionales y la afectividad, es decir, las representaciones en circulación como manifestaciones de sentimientos más que de pensamientos racionales. El sujeto se ve inmerso así en nuevos espacios donde pone en juego la objetivación de su existencia subjetiva, a riesgo de perderla, como también de inventarla por medio de las potencialidades del mundo digital y ser reconocida. Es necesario pensar cómo influye esta subjetividad orientada al exterior, al reconocimiento desde un lenguaje principalmente visual, y a la vez movilizadora en lo afectivo por el contexto político, en la formación y discusión pública sobre ideas, programas y proyectos de país.

“Una eventual reformulación en clave contemporánea de aquellos lazos cortados por la experiencia moderna posibilitaría, quizás, vislumbrar al otro como *otro*, en vez de fagocitarlo en una inflación del propio *yo* siempre privatizante”(Sibilia, 2013, p.312), propone Sibilia, en una línea que inevitablemente nos vuelve al concepto de reificación como el olvido de un reconocimiento afectivo, de poder comprender al otro desde sus significaciones y sus sensaciones subjetivas, en una actitud de implicación con su pensamiento. En esta línea, también nos remite al individualismo que hacía alusión Castells: Internet como espacio propicio para la “inflación” del yo en detrimento de una mirada empática con el otro.

Es necesario, entonces, avanzar en una reflexión que permita la deconstrucción de las prácticas cotidianas para clarificar realmente su alcance no solo en el funcionamiento de la sociedad, sino en la construcción de las subjetividades y la forma en que los sujetos se reconocen a sí mismos. En este sentido, el cruce entre las ideas de Honneth y Sibilia permite pensar en un contexto cultural que abunda en prácticas reificantes y en una producción de

sentido, en su costado práctico y fenomenológico, que parte desde una vuelta a los procesos primarios donde todo se divide entre placer y displacer, y que como forma de generar opinión tiene su reflejo en el debate político. Será importante a futuro continuar trabajando en relación a los procesos psicológicos y las representaciones que operan, en el contexto que venimos estudiando, para la definición de estas posturas, en torno a la política, signadas por la violencia y la expresión afectiva.

En esta línea, la noción de “trabajo afectivo” que desarrollan Hardt y Negri permite pensar el vínculo que se da entre ese lenguaje fuertemente afectivo que está presente en las redes sociales y la lógica de explotación mercantil que tienen dichas redes en tanto empresas:

“(…) El modelo de la computadora puede dar cuenta de sólo una cara del trabajo comunicacional e inmaterial implicado en la producción de servicios. La otra cara del trabajo inmaterial es el trabajo afectivo de la interacción y el contacto humano. Los servicios de salud, por ejemplo, descansan centralmente sobre el trabajo afectivo y de cuidado, y la industria del entretenimiento está también enfocada en la creación y manipulación del afecto. Este trabajo es inmaterial, aún cuando sea corporal y afectivo, en cuanto que su producto es intangible, un sentimiento de comodidad, bienestar, satisfacción, excitación o pasión. (...) Esa producción, intercambio y comunicación afectiva se asocia generalmente con el contacto humano, pero dicho contacto puede ser real o virtual, como en la industria del entretenimiento. Este segundo aspecto del trabajo inmaterial, su cara afectiva, se extiende mucho más allá del modelo de comunicación e inteligencia definido por la computadora.(...) Lo que produce el trabajo afectivo son redes sociales, formas de comunidad, biopoder.” (Hardt y Negri, 1999, p. 272)

La dimensión inmaterial del trabajo a la que refieren los autores nos da pie a reflexionar sobre ese valor agregado intangible que generan las plataformas digitales de las que hablamos. El rol de nexo que cumplen en las relaciones humanas contemporáneas es un servicio que produce lo que Hardt y Negri llaman “trabajo afectivo”, al fin y al cabo generado por los propios usuarios que dotan de contenido a la herramienta 2.0, proceso por el cual es nuestra propia afectividad la que se convierte en mercancía. Esta faceta de los textos y archivos multimedia que se intercambian es la que permite observar cómo detrás de los mismos hay una provocación de sentimientos que va más allá de la mera emisión y recepción de un mensaje. Es fundamental, en esta línea, entender que tales características de la comunicación tienen una fuerte injerencia en las relaciones entre sujetos y el sentido que le dan a las mismas.

En este sentido, Hardt y Negri entienden al biopoder como:

“forma de poder que rige y reglamenta la vida social por dentro, persiguiéndola, interpretándola, asimilándola y reformulándola. El poder no puede obtener un dominio efectivo sobre la vida entera de la población más que convirtiéndose en una función integrante y vital que todo individuo adopta y aviva de manera totalmente voluntaria”. (Hardt y Negri, 2009)

Es este vínculo que trazan entre la circulación de afectos y el poder que se introduce en la propia vida de los sujetos lo que nos devuelve a la reflexión sobre la problemática de la identidad en estos tiempos, pensándola como espacio donde el biopoder trabaja a partir de los sentimientos, los significados, afectos e intenciones que subyacen bajo gigas de contenidos que intercambiamos con nuestros pares. Es la dimensión afectiva de la comunicación la que en tiempos de era de la información, de bombardeo constante de mensajes y sentidos, caracteriza la formación de identidades y, en definitiva, la construcción de las subjetividades, que no escapan a la caída de las grandes instituciones estructurantes y al surgimiento de nuevas formas de interacción y circulación de significaciones.

En vistas a poder lograr una comprensión más profunda del tipo de subjetividad que expresa sus posturas políticas en términos violentos, destructivos del otro, que tan presente está hoy como fenómeno en las redes sociales, es inevitable e imprescindible el abordaje de las implicancias que la vía digital tiene en la forma de comunicarse. En tanto práctica, se trata de un espacio de formación de nuestra subjetividad, y como tal, alcanza y condiciona la forma en que construimos sentido, y en definitiva, opinamos. Así la arquitectura del medio, el régimen visual que impone, la espectacularidad constante y la lógica de mercado que llevan intrínsecas las plataformas, como métodos para generar plusvalor, no son ajenas a la forma en que pensamos, nos reconocemos a nosotros mismos y a nuestros pares, y en definitiva, la forma en que podemos llegar a desenvolvernos y opinar en un debate.

Es en este marco en el que intentaremos comprender el fenómeno complejo de la descarga afectiva que se da masivamente vía redes sociales, buscando acercarnos a este nuevo tipo de subjetividad nacida de la interacción del sujeto con los dispositivos digitales, de vínculos reificados con el otro, pero también consigo mismo, con su afectividad, convulsionada por tener que reconocerse y ser reconocido en un mundo de sentidos fugaces y mercantilizados.

5. Abreacción y fantasía como reacción ante lo inconciliable

El fenómeno de la violencia como caracter distintivo del debate político en las redes sociales está instalado desde hace aproximadamente 10 años; hasta podría decirse, desde el momento en que Twitter y, principalmente, Facebook, alcanzaron la masividad en cuanto a cantidad de usuarios a nivel nacional. Como vimos anteriormente, esto ha conllevado el ingreso a la discusión acerca de la esfera política de millones de ciudadanos que no contaban con un vínculo tan frecuente con la temática, así como tampoco acostumbraban a publicar sus opiniones.

Así, podemos hablar de una nueva etapa del debate, en la que el intercambio de posturas no se da solo por medio del cara a cara, la movilización, o cualquier práctica que implique al cuerpo, sino que se masifican los dichos por medio de la vía digital, llegando así hacia otros, totalmente desconocidos, casi anónimos. Pareciera ser que el individuo se desarrolla de esta manera como sujeto político, en su cotidianidad, exponiendo ante el resto de los usuarios sus opiniones, sometiéndose así a cuestionamientos o adhesiones.

Este nuevo sujeto político, que formula y defiende sus opiniones día a día tanto en Twitter, Facebook, como también por medio de chats u otros canales, no siempre cuenta con las disposiciones necesarias para pensar el juego político como se da al interior de la esfera burocrática, en términos de Bourdieu. “Los recién llegados aportan al campo disposiciones constituidas con anterioridad en el seno de un grupo familiar socialmente situado” (Bourdieu, 1988, p. 217) sostiene el autor francés, y desde tal perspectiva podemos comenzar a comprender la forma en que se desenvuelve el sujeto en el debate. Es gracias a dichas disposiciones que puede asimilar las exigencias expresas o tácitas del campo, las aprobaciones o desaprobaciones que pueda recibir, y ajustar sus expectativas en la práctica.

De este modo, el ciudadano que debate en las redes tiende a desenvolverse bajo la forma de comprensión más familiar que tiene. Pero esta particularidad es todavía insuficiente para comprender el fenómeno y su alcance masivo. Son sabidas las diferencias que existen entre ambos lados de lo que se ha dado por llamar “la grieta”, con respecto al mapa político del país, y la confrontación que se ha planteado entre sus seguidores. Pero la escasez de formación política no basta para explicar el fuerte componente de agresividad, y por sobre todas las cosas lo poco constructivo que resulta el debate. Porque repasando la mayor parte de las opiniones que se formulan a diario, se denota la inexistencia de la búsqueda de un acuerdo, de un punto en común, de una superación del debate. Al contrario, se busca descalificar, deslegitimar, anular al otro, desde una confrontación entre dos posturas que desde el comienzo se plantean como inconciliables.

Como trabajamos en capítulos anteriores, existe un componente clave a resaltar en la descripción de las disposiciones formadas en el ámbito familiar, que es justamente su carácter primario, fundamental para analizar cómo se comprende el mundo desde tales estructuras. Hemos destacado que se trata de formas de ordenar el sentido en base a la afectividad, como lo hace el niño, a partir del principio del placer, es decir, organizando entre lo placentero y displacentero, buscando incorporar lo primero y expulsar lo segundo, según plantea el modelo de Freud. Desde tales disposiciones se estructuran habitus primarios, que devendrán a futuro, en transacción con los distintos campos sociales, en otras prácticas más particulares a partir de la incorporación de disposiciones propias del campo en cuestión, lo que constituye la formación de lo que Bourdieu denomina habitus específicos.

Los conceptos trabajados por Bourdieu permiten comprender la dinámica del proceso de conformación subjetiva, pero para alcanzar mayor profundidad en el estudio del fenómeno es importante ahondar en las implicancias del carácter afectivo de las reacciones que vemos a diario en las redes sociales. En este sentido, el psicoanálisis provee de esquemas conceptuales acerca de la psique que aportan nuevas formas de ver el tema en cuestión, trabajadas de esta manera por el propio Bourdieu en su análisis transdisciplinario.

Hemos considerado al odio, el afecto destacado en las expresiones formuladas en el marco del debate político, como un síntoma de defensa de la subjetividad. Retomamos de Castoriadis que “toda amenaza a las principales colectividades instituidas a las que pertenecen los individuos es vivida por ellos como una amenaza mucho más seria que la probable en contra de su propia vida” (Castoriadis, 2002, p.192), perspectiva que nos acerca a una comprensión de la reacción que tienen los sujetos ante el rival político. La respuesta primaria se erige como la acción predominante del debate, desde su lógica binaria de incorporación o expulsión. Desde allí podemos empezar a comprender la inconciliabilidad de las dos posturas en confrontación.

Volviendo al capítulo anterior, la dinámica del reconocimiento, que envuelve todo fenómeno circunscripto a las redes sociales por hallarse en la base de la constitución de la subjetividad y el sentido, permite abarcar el universo digital en el análisis desde el plano intersubjetivo. Hemos trabajado en torno a la idea de reificación, en tanto cosificación no solo del otro, sino de uno mismo; un olvido del reconocimiento afectivo del otro que está instituido en diversas prácticas cotidianas, y que nos aleja del trato íntegramente humano. Las redes sociales son pasibles de ser encuadradas en dicha problemática, porque los niveles de odio y el clima de agresividad están presentes más allá del debate político y sus posturas inconciliables; constituyen un fenómeno macro que engloba distintas formas de ataques al otro.

La deshumanización que se plantea desde el ejercicio de autorepresentarse por medio de un perfil es una idea que nos acerca a otra comprensión de la cuestión, sin embargo

quedan preguntas sin respuesta. Está claro que la posibilidad que brinda el canal digital de confrontar sin poner en riesgo la integridad física habilita la agresión sin escrúpulos. Asimismo, la posibilidad de construir una imagen propia en el correlato de las redes sociales permite el aislamiento de la realidad concreta del individuo para representarse de la forma que quiera. Pero aún así, es el sujeto el que accede a recrearse en el mundo digital para obtener un reconocimiento, bajo la forma que sea (likes, comentarios, compartidas), arriesgándose a no lograrlo, a ser desconocido y hasta cuestionado en lo que cree ser.

Desde este punto podemos comenzar a profundizar el análisis del contacto intersubjetivo planteado en la plataforma digital, para desde allí ahondar en sus implicancias en el fenómeno del debate político. El otro, cada vez más lejano e incomprensible, se presenta al yo como una amenaza a la objetivación de su existencia subjetiva, en términos de Hegel, pudiendo legitimarla como también cuestionarla. Se impone, entonces, analizar los procesos subjetivos al interior del individuo, qué es lo que experimenta, para lo cual será imprescindible recurrir a una perspectiva que dé cuenta de los procesos psíquicos y así comprender qué rol juegan en la adopción de posturas en el marco de un debate.

La defensa del yo ante la amenaza del otro

Para profundizar la comprensión del fenómeno de violencia en el debate político vía redes sociales, retomaremos algunas cuestiones acerca del odio como afecto en la vida subjetiva que fueron trabajadas en el capítulo número 2 de esta tesina.

Es importante recordar los conceptos de Freud acerca de la agresividad del ser humano, vinculables a la idea de la Cultura como instancia represiva del sujeto, quien bajo la interiorización de normas, costumbres y valores en el seno familiar, se construye socialmente a costas de la represión de sus pulsiones. Así postula la generación de un super-yo al interior de su conciencia, responsable de cambiar la instancia parental de autoridad por otras instituciones, como puede ser la religiosa, y así velar por el respeto a su formación, con la amenaza fantasiosa de la pérdida del amor de los padres en caso de rebelarse (Freud; 1986).

Vemos desde esta perspectiva a la agresividad como una reacción natural del sujeto ante el impedimento por parte de la Cultura de la satisfacción de sus necesidades pulsionales. Pero así como se erige en tanto instancia de prohibición, por medio de la internalización del super-yo, la instancia cultural desarrolla diversas formas de canalización de dicha agresividad, como puede ser la sublimación, un proceso fundamental de la vida subjetiva que abordaremos con más detalle próximamente.

La agresividad en parte se vuelve al interior del sujeto, en las exigencias de cumplir con el mandato parental, y por otro lado, tiende a exteriorizarse hacia el otro. Como vimos, Castoriadis lo entiende como dos vectores del odio: uno “de sí mismo”, como oposición al yo, a la conciencia como la incorporación de la represión a del deseo, y uno “del otro real”, que el

filósofo entiende “no es más que el revés de la investidura positiva de sí mismo” (Castoriadis; 2002).

Desde esta idea es que retoma el concepto de mónada psíquica, el núcleo psíquico original sobre el cual se produce “la clausura representacional, afectiva y deseante sobre sí mismo” (Castoriadis; 2002). Plantea así el deseo imposible pero indeclinable del sujeto de volver al estadio de omnipotencia del niño, en el que no distingue un otro, “en el que representación, afecto y deseo son una sola y misma cosa, porque el deseo es, inmediatamente, representación (posesión psíquica) de lo deseado y, por lo tanto, afecto de placer (lo que es la forma más pura y más fuerte de la omnipotencia del pensamiento)”; en donde, en definitiva, la psique se plantea como fuente de su sentido (Castoriadis; 2002).

La clausura de sentido nos remite a la importancia que las significaciones imaginarias sociales, en términos de Castoriadis, tienen para la construcción subjetiva. Es la amenaza a tales representaciones del imaginario social interiorizado, que el sujeto hizo suyas como basamento de su subjetividad, lo que lo impulsa a odiar, en síntoma de defensa, al otro que pueda cuestionarlas.

Como hemos observado, la coyuntura política del debate en las redes sociales nos plantea la hipótesis de un rol activo del kirchnerismo como cuestionador del poder adquisitivo de sectores de la clase media y alta de nuestro país, a causa de su programa económico, quienes pudieron haberlo sentido como una amenaza a su forma de ser al haber socavado sus posibilidades de diferenciación con otros sectores a partir del consumo de bienes materiales, con la correlación que esto tiene para la subjetividad en tanto proceso simbólico. Podemos pensar en base a dicha hipótesis la reacción afectiva observada en la discusión vía plataformas digitales. Pero como ya hemos resaltado, el fenómeno de las expresiones de odio no se circunscribe solamente a la confrontación política.

El hecho de tratarse de un fenómeno macro propio de las redes sociales nos exige una comprensión más profunda del vínculo intersubjetivo que establecen las plataformas digitales. Así, como hemos trabajado en el capítulo anterior, se trata de una forma de contacto en la que la mediación de perfiles introduce al sujeto en una práctica de autorepresentación, en tensión con la mirada del otro y en la búsqueda de un tipo de reconocimiento, cualquiera sea la forma que tenga.

La práctica de autopresentación es pasible de guardar una doble reificación, como vimos a través de los conceptos de Honneth: un bloqueo del vínculo afectivo con el otro, de un contacto empático, que a veces, sobre todo cuando se antepone un objetivo muy deseado en el medio, puede darse inclusive al interior del sujeto consigo mismo. En el ejercicio de mostrarse por medio de un perfil, el sujeto elige una serie de elementos que constituyen su cuerpo virtual, por medio del cual será reconocido por los demás usuarios. De ese otro se espera una reacción, por lo cual el usuario tiene la posibilidad de exhibirse de la forma más

apropiada para obtener dicha reacción, un reconocimiento al fin. Tiene de este modo la posibilidad de realizar una construcción idealizada de sí mismo, con un potencial margen de lejanía con la realidad.

Claro que cuando el sujeto se expone en el medio digital en la búsqueda de tal reconocimiento, el hecho de no lograrlo pone en cuestionamiento la imagen de sí mismo, o al menos la forma en que se construyó en su representación. El sujeto al no verse considerado en la forma que cree ser, siente amenazada su existencia subjetiva, de manera que su reacción puede entenderse en órdenes de sentido primario, donde se resuelve el sentido afectivo hacia sí mismo, hacia su identidad.

“La función del juicio tiene, en lo esencial, dos decisiones que adoptar. Debe atribuir o desatribuir una propiedad a una cosa, y debe admitir o impugnar la existencia de una representación en la realidad. La propiedad sobre la cual se debe decidir pudo haber sido originariamente buena o mala, útil o dañina. Expresado en el lenguaje de las mociones pulsionales orales, las más antiguas: «Quiero comer o quiero escupir esto». Y en una traducción más amplia: «Quiero introducir esto en mí o quiero excluir esto de mí». Vale decir: «Eso debe estar en mí o fuera de mí». El yo-placer originario quiere, como lo he expuesto en otro lugar, introyectarse todo lo bueno, arrojar de sí todo lo malo. Al comienzo son para él idénticos lo malo, lo ajeno al yo, lo que se encuentra afuera”.
(Freud, 2004c, p.255)

En la lógica de los juicios primarios que describe Freud se entiende cómo desde allí el niño se reconoce a sí mismo, y al otro como objeto de deseo, como sucede con la madre en el primer momento de su vida. Dichas estructuras no desaparecen con el desarrollo, sino que continúan operando y en determinadas circunstancias el sujeto puede volver a ellas. Es desde la génesis del complejo de Edipo que el niño se verá negado para siempre de acceder al objeto de deseo, y es por medio de la clausura de sentido que retomamos antes con Castoriadis, que el sujeto accede a la ilusoria sensación de plenitud del fondo de la psique, cuando representación (posesión psíquica de lo deseado), afecto (la forma más pura de la omnipotencia del pensamiento) y deseo se vuelven indivisibles (Castoriadis; 2002); y es la mónada psíquica la que se restituye de forma completa cuando se produce la clausura de sentido.

Es esa fuente de sentido la que se ve afectada en el debate político que observamos en la coyuntura Anti K, y desde la lógica primaria es que podemos comprender la violencia de las reacciones. El sujeto, expuesto en la búsqueda de reconocimiento a través de un perfil que lo representa, se ve cuestionado en lo que cree ser, en algún punto de su matriz de sentido expuesta en su perfil, su posición política o alguna de las expresiones que haya volcado en el

medio digital. Desde esta amenaza a su existencia subjetiva es que la única forma que tiene de defenderse es por la lógica primaria, la anulación o destrucción (en este caso, en el plano simbólico) del otro. Así es como logra salvaguardar la imagen de sí, ese ideal del yo que ha volcado en la red, ante los cuestionamientos recibidos. La agresión, la descalificación o deslegitimación de la opinión del otro, en el debate político, es la única forma de sostener los basamentos de la construcción subjetiva cuando el otro intenta negarla.

Es en este punto que conviene hacer un paréntesis para mencionar el fenómeno de los usuarios anónimos. Debemos distinguir que por un lado están los usuarios que no se identifican en el armado de su perfil para poder expresarse sin poner en riesgo ni su subjetividad ni su integridad física, lo que puede funcionar como un factor desinhibitorio a la hora de pronunciarse o dirigirse a un otro; mientras que por otro lado están los denominados *trolls*, de gran auge en los últimos años. Estos últimos se visibilizan en miles de cuentas anónimas, coordinadas entre sí para generar un efecto de clima dentro de la red, y sobre todo dentro de las “burbujas” temáticas que suelen construirse en Twitter o Facebook en torno a usuarios con intereses afines. El fenómeno troll exhibe a la perfección cómo la conversación global se ha vuelto un tema de interés para los partidos políticos, y su manipulación, una herramienta de campaña. Por medio de publicaciones coordinadas en miles de cuentas, se ponen en circulación representaciones e imaginarios con los que se busca instalar en las conciencias de los ciudadanos formas de interpretar la realidad, diagramadas en oficinas donde se generan tales operaciones. Se intenta así tener injerencia en el malestar colectivo, ofreciendo palabras para los afectos de sectores disconformes, y de esta manera, en términos de Bourdieu, erigirse como portavoz. Constituye un distinto tipo de anonimato, respecto de quien simplemente preserva su intimidad para manifestarse sin poner en riesgo su narcisismo, lo que cree ser, ni su integridad física.

Para profundizar el análisis acerca de lo que se pone en juego en la autopresentación, la teoría de Freud acerca del yo ideal nos introduce a la revisión de otros aspectos de la problemática. “A este yo ideal se consagra el amor de sí mismo de que en la niñez era objeto el yo real. El narcisismo aparece desplazado sobre este nuevo yo ideal, adornado, como el infantil, con todas las perfecciones. Como siempre en el terreno de la libido, el hombre se demuestra aquí, una vez más, incapaz de renunciar a una satisfacción ya gozada alguna vez” (Freud, 1992, p. 91), explica, en lo que nos remite a la mónada psíquica y su cierre de sentido, como expone Castoriadis. El estadio de la niñez permanece como el estado de satisfacción que se busca alcanzar, como la omnipotencia del infante, mientras que más tarde dicha carga libidinal, el potencial deseante, se transfiere a un ideal de yo.

El sujeto “no quiere renunciar a la perfección de su niñez, y ya que no pudo mantenerla ante las enseñanzas recibidas durante su desarrollo y ante el despertar de su propio juicio, intenta conquistarla de nuevo bajo la forma del ideal del yo. Aquello que proyecta ante sí

como su ideal es la sustitución del perdido narcisismo de su niñez, en el cual era él mismo su propio ideal” (1992, p. 91), señala Freud, y puede verse de este modo cómo el sujeto intenta conservar la estima de sí mismo, su narcisismo, vital para todo ser humano, por medio de la formación de un yo ideal. Al no poder volver a su estado infantil, vuelca su libido en una figura idealizada de sí mismo, en tensión con el deseo del otro, en su búsqueda.

El yo ideal reviste de especial interés por la función represiva que describe Freud:

“Hemos descubierto que las tendencias instintivas libidinosas sucumben a una represión patógena cuando entran en conflicto con las representaciones éticas y culturales del individuo. No queremos en ningún caso significar que el sujeto tenga un mero conocimiento intelectual de la existencia de tales ideas sino que reconoce en ellas una norma y se somete a sus exigencias.

Hemos dicho que la represión parte del yo, pero aún podemos precisar más diciendo que parte de la propia autoestimación del yo. Aquellos mismos impulsos, sucesos, deseos e impresiones que un individuo determinado tolera en sí o, por lo menos, elabora conscientemente, son rechazados por otros con indignación o incluso ahogados antes que puedan llegar a la consciencia. Pero la diferencia que contiene la condición de la expresión puede ser fácilmente expresada en términos que faciliten su consideración desde el punto de vista de la teoría de la libido. Podemos decir que uno de estos sujetos ha construido en sí un ideal, con el cual compara su yo actual, mientras que el otro carece de semejante formación de ideal. La formación de un ideal sería, por parte del yo, la condición de la represión” (1992, p. 90).

Esa instancia represiva que menciona Freud, cuando el deseo entra en conflicto con las representaciones éticas y culturales que constituyen, al fin, la matriz de sentido de la subjetividad que antes mencionábamos, parte de la autoestimación del yo. Dicho en otras palabras, es desde la conciencia que pueden reprimirse las manifestaciones del deseo que afecten ese ideal de yo, que lo pongan en cuestionamiento al chocar con su formación representacional. Sostiene Freud: “No sería de extrañar que encontrásemos una instancia psíquica especial encargada de velar por la satisfacción narcisista procedente del ideal del yo y que, en cumplimiento de su función, vigile de continuo el yo actual y lo compare con el ideal. Si tal instancia existe, no nos sorprenderá nada descubrirla, pues reconoceremos en el acto en ella aquello a lo que damos el nombre de conciencia” (1992, p. 92).

La problemática de la represión nos remite a un caso trabajado en esta tesina, que es el del latiguillo “no me interesa la política”, corrientemente usado para sustraerse de las formas del debate político y expresarse desde las disposiciones más básicas, en lo que se vuelve una reacción primaria. En este sentido, hemos visto cómo se trata de una negación, en

palabras freudianas, y por lo tanto, un elemento que se busca reprimir, pero que logra acceder a la conciencia por medio de su signo opuesto (Freud, 2004c). Cuando el sujeto dice que no le interesa la política, aunque esté participando activamente en una discusión sobre el tema, está expresando que no puede permitirse dicho interés, pero que puede involucrarse solo aclarando antes su desinterés.

“La formación de un ideal sería, por parte del yo, la condición de la represión” sintetiza Freud, en una idea que nos permite pensar, a partir de la huella de la represión que constituye el latiguillo “no me interesa la política”, en cómo el yo ubica en su ideal el desinterés en la temática, y cómo cuando se ve inmerso en el debate, se halla cuestionado en sus fundamentos subjetivos, participando en algo que no le es propio. Así, la participación en la discusión lo implica en un reconocimiento no deseado, amenazando lo que cree ser, de modo tal que su acción se vuelve una defensa.

La abreacción

Para profundizar la comprensión del fenómeno de violencia, retomar el concepto de síntoma nos permite observar desde la óptica de la psique a los distintos tipos de expresiones que se ven en el debate político. Como habíamos visto en palabras de Freud, “Los síntomas neuróticos son el resultado de un conflicto que se libra en torno de una nueva modalidad de la satisfacción pulsional. Las dos fuerzas que se han enemistado vuelven a coincidir en el síntoma; se reconcilian, por así decir, gracias al compromiso de la formación de síntoma. Por eso el síntoma es tan resistente; está sostenido desde ambos lados” (2004b, p. 326-327). Así, la reacción a estudiar puede considerarse como satisfactoria en algún punto para el sujeto. Es la libido, la energía deseante, que en su confrontación con la realidad que se le impone al sujeto, encuentra otro camino para lograr la satisfacción (Freud; 2004b).

Como abordamos en el segundo capítulo de esta tesina, la comparación que establece Bourdieu entre la formación de compromiso (el síntoma al fin) y el habitus, como práctica estructurada dentro de un esquema de relaciones de poder al interior de un campo, es fundamental para dimensionar la cotidianidad de ciertos comportamientos que a priori se juzgan racionales y conscientes, y que pueden llegar a responder a procesos de la psique que sobrepasan al propio yo.

“También podría decirse, a este respecto, indiferentemente, que los agentes sacan partido de las posibilidades que ofrece un campo para expresar o saciar sus pulsiones, sus deseos o, incluso, sus neurosis, o que los campos utilizan los impulsos de los agentes para obligarlos a someterse o sublimarse a fin de plegarse a sus estructuras, así como a los fines que les son immanentes. De hecho, ambos efectos se observan en cada caso, en proporciones desiguales, sin duda, según

los campos y los agentes; desde esta perspectiva, podría describirse cada forma singular de habitus específico (de artista, escritor o científico, por ejemplo) como una «formación de compromiso» (en el sentido de Freud)”. (Bourdieu, 1998, p. 218)

De este modo comprendemos cómo las condiciones de la realidad que chocan con el deseo para la formación del síntoma, son entendibles como reglas al interior de un campo, a las cuales el sujeto en la socialización se adapta y aprovecha para satisfacer sus necesidades pulsionales. Así, dentro de tales relaciones de poder, se estructuran los habitus, prácticas instituidas que tienden a reproducirse, independientemente de si pueden ser consideradas sintomáticas o no.

Es importante destacar que para Freud, la enfermedad es un concepto práctico, pero observada desde el punto de vista teórico, se puede considerar “que todos estamos enfermos, o sea, que todos somos neuróticos, puesto que las condiciones para la formación de síntomas pueden pesquisarse también en las personas normales” (2004b, p. 326). El síntoma nace de condiciones específicas que cualquier sujeto tiene según su historia personal, y que no siempre tienden a manifestarse en tanto síntoma, de manera problemática para la persona.

En este sentido, Freud distingue dos elementos necesarios para la formación del síntoma. En primer lugar menciona a la fijación, entendida como una demora de una aspiración parcial de contenido sexual en una etapa anterior del desarrollo del sujeto, la cual conserva una fuerte carga libidinal que la erige dentro del sujeto como forma de satisfacción a la cual puede volver en momentos que la realidad pone un límite al deseo. Es en tales instancias que la psique busca canalizar de cualquier forma que tenga a su alcance la energía libidinal.

En las prácticas y vivencias de la sexualidad infantil encuentra el sujeto las vías de canalización de la libido: “La importancia de este período infantil es doble: por un lado, en él se manifestaron por primera vez las orientaciones pulsionales que el niño traía consigo en su disposición; y en segundo lugar, en virtud de influencias externas, de vivencias accidentales, se le despertaron y activaron por vez primera otras pulsiones” (Freud, 2004b, p. 329).

El segundo elemento que señala Freud es el proceso que se complementa con la fijación para lograr la formación del síntoma: la regresión. La energía libidinal tiene la capacidad de retornar a las antiguas formas de satisfacción, pero en su movimiento arrastra al yo a organizaciones ya superadas u objetos antes resignados.

“(…) El conflicto queda planteado si el yo, que no sólo dispone de la conciencia, sino de los accesos a la inervación motriz y, por tanto, a la realización de las aspiraciones anímicas, no presta su acuerdo a estas regresiones. La libido es como atajada y tiene que intentar escapar a

algún lado: adonde halle un drenaje para su investidura energética, según lo exige el principio de placer. Tiene que sustraerse del yo. Le permiten tal escapatoria las fijaciones dejadas en la vía de su desarrollo, que ahora ella recorre en sentido regresivo, y de las cuales el yo, en su momento, se había protegido por medio de represiones {suplantaciones}. Cuando en su reflujo la libido inviste estas posiciones reprimidas, se sustrae del yo y de sus leyes; pero al hacerlo renuncia también a toda la educación adquirida bajo la influencia de ese yo” (Freud, 2004b, p. 326).

El especial interés que tiene el fenómeno de la regresión para la problemática de violencia que analizamos consiste en su capacidad para hacer caer las barreras represivas de la conciencia y arrastrar el “edificio” de la psique hacia formas que habían quedado en su olvido, inconscientes, pero que permanecen en estado latente, en tanto fijaciones a las cuales la libido puede retornar para alcanzar la satisfacción, según el mencionado principio del placer, bajo el cual el sujeto tiende siempre a evitar el malestar, el displacer. Dicho principio se enfrenta al de realidad, propio de la parte consciente, de acuerdo a la apreciación de las condiciones impuestas por el mundo exterior.

Es en el momento en el que el sujeto, pese a su voluntad de mantener las formas propias de su educación yoica, se ve superado y vuelto a un comportamiento que creía superado, cuando el síntoma emerge con toda su fuerza. Tales fijaciones que Freud vincula a la vida infantil, implican el retroceso del yo a prácticas reprimidas, propias de otra lógica de la vida subjetiva: se trata de los comportamientos primarios a los que aludimos anteriormente, los mismos que distinguen entre placer y displacer, amor y odio, o incorporación y expulsión, y que tienen, en definitiva, a la afectividad como forma de organización del sentido.

Desde estos conceptos es que podemos pensar a la agresión en el debate político vía redes sociales, al intento de descalificación, de anulación del rival político, como la forma que encuentra el sujeto de satisfacerse ante la impotencia de no lograr validar su postura en el marco de la discusión. Es la realidad del otro la que impide al sujeto imponer sus opiniones como las legítimas, y es dicha confrontación la que puede llevar a la caída de las barreras represivas de la conciencia y el rebrotamiento de las formas de construir sentido más básicas del sujeto, las del orden primario. Por medio del insulto o cualquier otro tipo de agresión, el sujeto logra canalizar el displacer bajo la anulación, en el plano simbólico, del otro.

Para la formación del síntoma neurótico (basado en la represión y su retorno), Freud describe entonces la necesidad de que exista una predisposición a partir de una fijación libidinal, proveniente de su historia y su desarrollo infantil, y un vivenciar accidental, un evento de la realidad que motive el proceso de regresión, en tanto obstáculo para la satisfacción del deseo. Es a partir de tales condiciones, que no implican de por sí síntomas problemáticos

para el sujeto en etapas previas a la manifestación, que se configuran las formaciones de compromiso, constituyentes de la vida cotidiana del sujeto, de su normalidad (Freud; 2004b).

Sustitutos para expresar lo que no se puede decir

Los aportes que puede dar el psicoanálisis para analizar las reacciones de los sujetos cuando discuten de política por las redes sociales son de sumo valor, puesto que nos proveen de herramientas de interpretación de los discursos más allá de su literalidad o su contenido manifiesto. Considerar la dimensión afectiva a la hora de leer las distintas opiniones que se formulan es una forma de comprender, en tanto posibilidad, cómo lo que se dice muchas veces habla más del tipo de subjetividad que de la coyuntura política de la cual se quiera sentar postura.

Los trabajos de Sigmund Freud acerca de los síntomas neuróticos analizados desde diferentes patologías de la psique nos dan un panorama de la profundidad que pueden tener las palabras, además de una explicación capaz de comprender la complejidad de los procesos a los que están sometidos los discursos, que son al fin y al cabo lo que emerge de todo el aparato psíquico.

Explica Freud en sus estudios acerca de las neuropsicosis de defensa que el yo, ante una representación inconciliable con su sistema representacional que le provoque un displacer que no pueda tolerar ni resolver en el marco de la razón, carece de la capacidad de poder ignorarla sin consecuencias. Más precisamente, “una vez que la huella mnémica y el afecto adherido a la representación están ahí, ya no se los puede extirpar” (Freud, 2004a, p. 50).

Sin embargo, el yo tiene la posibilidad de disminuir el malestar despojando a la representación de su afecto. Así “esa representación débil dejará de plantear totalmente exigencias al trabajo asociativo; empero, la suma de excitación divorciada de ella tiene que ser aplicada a otro empleo” (Freud, 2004a, p. 50).

“El yo ha conseguido así quedar exento de contradicción, pero, a cambio, ha echado sobre sí el lastre de un símbolo mnémico que habita la conciencia al modo de un parásito, sea como una invasión motriz irresoluble o como una sensación alucinatoria que de continuo retorno, y que permanecerá ahí hasta que sobrevenga una conversión en la dirección inversa. En tales condiciones, la huella mnémica de la representación reprimida {esforzada al desalojo} no ha sido sepultada {untergeben}, sino que forma en lo sucesivo el núcleo de un grupo psíquico segundo”. (Freud, 2004a, p. 51)

Tal despojo del afecto de la representación no sucede sin provocar secuelas, como describe Freud. Dependiendo de la intensidad del displacer y la energía utilizada para el proceso

puede variar la incidencia del síntoma en la normalidad del sujeto, pero es importante considerar la presencia parasitaria del símbolo mnémico en la conciencia, porque el afecto liberado de su representación, ahora reprimida y segregada de toda asociación en el plano consciente, “se adhiere a otras representaciones, en sí no inconciliables, que en virtud de este «enlace falso» devienen representaciones obsesivas” (Freud, 2004a, p. 53).

De este modo, desde el psicoanálisis se plantea la posibilidad del yo de poder reprimir las representaciones causantes del malestar, a costas de mantener el afecto en el plano consciente y que este se adhiera a otras representaciones, que de ahí en adelante pasarán a ser sintomáticas. Se produce así la expresión de un elemento que está reemplazando lo inconciliable (el cual permanece en el sistema inconsciente), pero que mantiene el afecto correspondiente a lo reprimido. Así, el concepto de enlace falso nos introduce en una nueva perspectiva, desde la afectividad, para poder comprender en profundidad subjetiva los distintos discursos que se enuncian.

“La investidura [preconsciente] fugada se volcó a una representación sustitutiva que, a su vez, por una parte se entramó por vía asociativa con la representación rechazada y, por la otra, se sustrajo de la represión por su distanciamiento respecto de aquella (sustituto por desplazamiento) y permitió una racionalización del desarrollo de angustia todavía no inhibible. La representación sustitutiva juega ahora para el sistema Cc (Prcc) el papel de una contrainvestidura; en efecto, lo asegura contra la emergencia en la Cc de la representación reprimida. Por otra parte, es el lugar de donde arranca el desprendimiento de afecto, ahora no inhibible, y en mayor medida; al menos, se comporta como si fuera ese lugar de arranque”. (Freud, 2004e, p. 179)

Como explica el psicoanalista, el proceso represivo de la representación inconciliable se completa por medio de la formación de una contrainvestidura, encarnada en la representación sustituida por desplazamiento, es decir, ligada por una cadena asociativa. De esta manera, la representación que está adherida en el plano consciente al afecto se sustrae de la represión gracias a la lejanía que puede tener con respecto a la que generó el malestar, ahora reprimida. El proceso culmina de esta manera cuando “todo el entorno asociado de la representación sustitutiva es investido con una intensidad particular”, que tiende a generar un displacer mínimo apenas el sujeto entre en contacto con alguna de las representaciones vinculadas a la sustitutiva. Así es como se repele el acceso al retoño donde todavía permanece el afecto, dado que el sujeto buscará evitarlo apenas sienta el malestar investido en las representaciones asociadas (Freud, 2004e).

“La contradicción que se había levantado contra ella (la libido) en el interior del yo la persigue *{nachgeben}* como «contrainvestidura» y la fuerza a escoger una expresión que pueda convertirse al mismo tiempo en la suya propia. Así, el síntoma se engendra como un retoño del cumplimiento del deseo libidinoso inconsciente, desfigurado de manera múltiple; es una ambigüedad escogida ingeniosamente, provista de dos significados que se contradicen por completo entre sí” (2004b, p. 328), señala Freud, y entendemos de esta manera a la contrainvestidura como un síntoma concreto de los procesos represivos del sujeto ante el choque con un elemento contrario a lo que puede llegar a concebir como aceptable. Como tal, tiene la cualidad de estar sostenido por dos fuerzas, expresando el objetivo de la moción pulsional de canalizar el displacer (según el principio del placer), como asimismo cumplir con los requerimientos defensivos del sistema consciente (Freud; 2004e).

Es desde esta forma de entender la complejidad de las declaraciones, los trasfondos subjetivos y los procesos psíquicos que subyacen bajo la palabra que alcanza la expresión, que podemos intentar alcanzar nuevas interpretaciones de las opiniones que se vierten día a día en las redes sociales, buscando plantear posibles motivaciones que provocan el fenómeno masivo de la violencia en el plano político. Así, desde la teoría psicoanalítica es posible identificar determinadas representaciones de expresión masiva que conllevan la agresión, a pesar de ser formuladas como argumentos políticos.

Se perciben determinados conceptos importantes de la coyuntura política del país que surgen rodeados de agresiones, insultos u otras manifestaciones primarias que buscan la anulación del otro. A pesar de ser enunciados en el marco de discusiones o conversaciones de la temática política, no buscan ser utilizados como argumentos, sino como agresiones. Incluso, muchas veces es posible ver cómo se cae en contradicciones, en la superposición de ideas que pueden resultar opuestas entre sí.

La posibilidad de pensar estas expresiones en tanto síntomas nos habilita a considerarlas en tensión entre la búsqueda de la canalización del displacer, motivado por la falta de empatía con lo que representó el kirchnerismo como partido gobernante, y la barrera represiva del sistema preconscious-consciente, desde donde operan las disposiciones básicas del sujeto en el marco social, de convivencia con el otro, como también los esquemas pensamiento de la práctica política y el debate. De este modo, la tensión mencionada es una forma de comprender cómo ninguna de las dos fuerzas termina de imponerse del todo, lo que se traduce en la formación de compromiso, el síntoma que alcanza la expresión. Y es importante nuevamente poder repensar a la discusión y agresión ya instituida en tanto habitus como una práctica incorporada al sujeto, asimilada como tipo de expresión corriente y reproducible, sin generar contradicciones a nivel subjetivo.

“El empalidecimiento o pérdida de afectividad de un recuerdo depende de varios factores. Lo que sobre todo importa es si frente al suceso afectante se reaccionó enérgicamente o no. Por «reacción» entendemos aquí toda la serie de reflejos voluntarios e involuntarios en que, según lo sabemos por experiencia, se descargan los afectos: desde el llanto hasta la venganza. Si esta reacción se produce en la escala suficiente, desaparece buena parte del afecto” (Freud, 2004g, p. 34)

Como sostiene Freud, el sujeto siente la necesidad de reaccionar ante el displacer para movilizar el afecto, y de alguna manera descargar el malestar que genera. Además sostiene que de reaccionar de la forma apropiada, el afecto puede ser en buena parte canalizado. En los casos que venimos analizando, y en el discurso opositor al kirchnerismo de manera generalizada, existen determinados “latiguillos”, fórmulas o frases que son corrientemente utilizadas en tanto críticas, pero sin intenciones de desarrollar un debate a modo de intercambio. Llama la atención en este sentido su recurrencia, no porque el kirchnerismo haya reaccionado a dichas críticas, sino por su constante virulencia a la hora de ser enunciadas por parte de sectores “anti-K” de la sociedad argentina, en ámbitos como las redes sociales, así como también en marchas de “autoconvocados”, por su repudio a la filiación partidaria.

Además, Freud advierte que la reacción sofocada produce que el afecto permanezca conectado con el recuerdo (Freud; 2004g). En este sentido, considera no solo la intervención motriz en tanto respuesta, sino también la palabra como vía de descarga.

“La reacción del dañado frente al trauma sólo tiene en verdad un efecto plenamente «catártico» si es una reacción adecuada, como la venganza. Pero el ser humano encuentra en el lenguaje un sustituto de la acción; con su auxilio el afecto puede ser «abreaccionado» casi de igual modo. En otros casos, el decir mismo es el reflejo adecuado, como queja y como declaración en el caso de un secreto que atormenta (¡la confesión!). Cuando no se produce esa reacción de obra, de palabra, o mediante el llanto en los casos más leves, el recuerdo del hecho conserva en principio su tinte afectivo”.* (Freud, 2004g, p. 34)

El concepto de abreacción, comparable al de “catarsis” en el sentido de descarga afectiva de una emoción, nos permite empezar a considerar las reacciones ante lo inconcebible como mecanismos necesarios de la subjetividad para canalizar la sensación de displacer. Es fundamental comprender el rol que Freud asigna al lenguaje como vía abreactiva, porque dimensiona la importancia del plano representacional como espacio de satisfacción en cierto punto independiente de la realidad exterior. Asimismo, la idea del llanto como vía abreactiva, pensable como una regresión hacia formas de satisfacción propias de la niñez y de

estructuras primarias latentes durante toda la vida subjetiva, nos ayuda a comprender la potencia de los mecanismos psíquicos para vencer las barreras de la represión consciente y lograr la descarga del afecto.

El lenguaje, de esta manera, constituye una vía fundamental de descarga afectiva ante la impotencia que genera no poder cambiar aquellas cuestiones del ámbito político que irritan y molestan. El insulto, como forma de anular o descalificar al otro en tanto opinador, se instituye de esta manera a modo de método de abreacción preferido, sobre todo en las redes sociales donde todo se da en el plano simbólico.

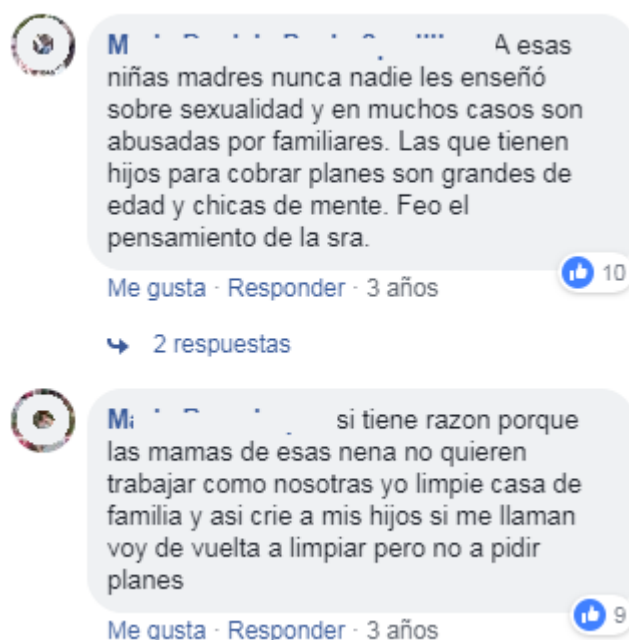
La tensión entre la realidad que se le impone al sujeto y los mecanismos que este tiene para tramitar su displacer tiene entre sus consecuencias una en particular que se nos presenta de gran interés. Al no poder conseguir lo que se busca, como puede ser la efectiva anulación del rival político (que termina dándose solo en el plano simbólico del debate), la psique se reserva una forma de satisfacción ya independiente de la realidad, pero capaz de lograr provisoriamente el objetivo.

La actividad de la fantasía surge, de esta manera, como un sustituto ante una realidad inmodificable para el sujeto en lo inmediato. Así, cuanto más irremediable se presenta el acontecimiento causante del displacer, o la negativa de lograr lo que se busca, con más fuerza florece la instancia de la fantasía (Freud; 2004b).

“La libido no tiene más que volver a las fantasías para hallar expedito desde ellas el camino a cada fijación reprimida. Estas fantasías gozan de cierta tolerancia, y no se llega al conflicto entre ellas y el yo, por grandes que sean las oposiciones, mientras se observe una determinada condición. Es una condición de naturaleza cuantitativa, infringida ahora por el reflujo de la libido a las fantasías” (2004b, p. 340), señala Freud, y desde tal cuestión cuantitativa de carga libidinal podemos dimensionar hasta qué punto el yo resiste el impulso fantasioso de ignorar la realidad para saciarse por medio de la imaginación.

Desde las fantasías reprimidas, llevadas al sistema inconsciente, la libido vuelve a hasta sus propios lugares de fijación, logrando una satisfacción momentánea del individuo (Freud, 2004b), que logra por medio del plano imaginario representacional sostener su régimen de creencias, su existencia subjetiva al fin, a costas de no modificar la realidad.

El fenómeno de las representaciones fantasiosas resulta interesante para pensar ciertas expresiones que se reproducen en el debate político por las redes sociales, y que tienen la particularidad de ser difícilmente sostenibles, en tanto argumentos, desde lo racional.



Respuestas a la noticia “Para [#ChicheDuhalde](#) las nenas de 12 o 13 años se embarazan “para cobrar un plan”<http://bit.ly/1KaPxKG>”¹³

El imaginario “Anti-K” en torno a los “planes sociales”, entendidos por dicho colectivo como transferencia de recursos del Estado a sectores vulnerados sin contraprestación alguna, y particularmente el caso de la Asignación Universal por Hijo y la posibilidad del embarazo para su cobro, muestran con claridad a qué nivel de lejanía con el otro, de idealización negativa del rival político, o simplemente de fantasía, se puede llegar para sostener una oposición al que piensa distinto. Retomando la noción de odio como síntoma de defensa en Castoriadis, la descalificación del otro tiene como contrapartida la reafirmación de la propia subjetividad.

Podemos notar también cómo dichas expresiones se enmarcan en el orden primario de anular a ese otro que “no me deja ser”, que “no me reconoce en lo que creo que soy”, y que en definitiva pone en duda los valores de la subjetividad. La fantasía puede estar acompañada del insulto como no, pero responde a ese intento de negar lo que se oponga a mi régimen de creencias, y puede ser considerada como una vía de abreacción para descargar el displacer y continuar ajeno a las críticas o fundamentos que pueda tener el rival político.

Comprendemos de esta manera que existe una práctica ya instituida como forma de participar del debate político en las redes sociales que se basa en la reacción primaria ante acontecimientos displacenteros que interfieren con las representaciones en base a las cuales el sujeto se reconoce a sí mismo. Tales acontecimientos, de índole político, generan un

¹³ Diario UNO de Entre Ríos, 2015, <https://bit.ly/3hgMXao>

displacer que el sujeto, por el principio del placer que gobierna su psique en tensión con el de realidad, debe descargar. La abreacción, en tanto habitus primario, se legitima socialmente y se instituye como forma de respuesta ante una realidad que no se puede cambiar en lo inmediato, que no está al alcance del sujeto. El insulto o la fantasía se vuelven la vía de escape de ese displacer, que se concentra en determinadas representaciones que habitan en la conciencia del sujeto cargadas de afecto, de malestar. Su estado de sensibilidad las vuelve pasibles de hacer reaccionar al sujeto y vencer las barreras del yo, para llevarlo a una regresión y a reacciones propias de lo más primario que puede tener el ser humano. La ira, el desconsuelo o la violencia pueden surgir a partir del acceso a representaciones que permanecen cargadas de odio, ese odio que veíamos como un síntoma de defensa de la subjetividad.

Desde el concepto de enlace falso, y considerando la solidez argumentativa en la que suelen aparecer las críticas respecto a la “soberbia”, el ser “yegua”, “kretina” o distintas descalificaciones, como también la aparición de fantasías, sería importante pensar qué es lo que vienen a reemplazar tales fórmulas, qué aspecto del sujeto y su régimen de creencias vienen a cuestionar, y qué hay en la realidad política que genera semejante comportamiento, a veces muy ajeno a la normalidad de los sujetos.

Lo inconciliable

Para reflexionar acerca de qué es lo que motiva la agresión y la vuelta al orden primario, es útil comenzar desde las huellas de la represión, lo que el yo no puede decir, pero que consigue expresar de manera sintomática por medio de representaciones fantasiosas o abreactivas, vinculadas por medio en enlaces falsos a aquello que se reprime.

El latiguillo “no me interesa la política” puede servir como ejemplo, pues como negación, en términos freudianos, deja la marca de la represión en el enunciado. Solo por medio de tal aclaración, el sujeto se sustrae de las barreras de la conciencia y se permite opinar, desde lo más primario, acerca de la temática en cuestión, la política.

¿Por qué no puede permitirse hablar libremente de algo que atañe a cualquier ciudadano? ¿Qué gana aclarando el desinterés? Como hemos trabajado, existe una concepción de la política que viene desde la crisis del 2001, de la mano del “que se vayan todos”, y que muestra una separación tajante entre la clase política y la ciudadanía. Desde el estallido social de aquellas jornadas, la política quedó marcada como ámbito de la corrupción, del enriquecimiento personal de funcionarios por la malversación de fondos públicos, y la ruptura con el imaginario que describe al funcionario como un desinteresado con vocación pública.

De este modo, para grandes sectores de la población argentina, el ejercicio del poder se sitúa por fuera de la ciudadanía. La crisis de representación marca un límite tajante entre

política y sociedad civil, un “nosotros y ellos” desde donde la práctica política no es una cuestión que atañe a uno, sino a los funcionarios. El deber de todos es votar en la instancia eleccionaria, y “dejar gobernar”.

Vemos así cómo el sujeto se plantea por fuera de la cosa pública, como un individuo privado que se involucra porque “ya no da para más”, porque se siente “robado”, porque “todos los políticos son corruptos”. Se desprende la idea de que uno debe dedicarse a su vida privada, y que de la política deben encargarse los partidos y los funcionarios. En el momento que eso no se cumple, que se comienza a creer (no siempre sin fundamentos) en la idea de la “manipulación” de los fondos públicos en beneficio de otros sectores o de los propios funcionarios, cuando el sujeto en cuestión deja de verse reconocido en su dignidad y no tiene otra alternativa que entrar en lo que no debería: tiene que hacerlo “en defensa propia”.

Es en ese momento que surge el odio como síntoma de defensa; defensa ante el “robo” del bolsillo del ciudadano “de a pié”, para ser regalado a “los negros” o para enriquecer a los políticos corruptos. El sujeto se ve movilizado a involucrarse en el debate, lo que anteriormente podía traducirse en el surgimiento de marchas y visibilizaciones de reclamos de forma masiva, pero que hoy cuenta con otras vías de canalizar la bronca.

Las redes sociales se han erigido de este modo como el espacio donde por medio del lenguaje se puede abreaccionar el displacer y satisfacer momentáneamente al deseo de anulación del otro, por medio de la vía simbólica, y probablemente desde la fantasía de haber logrado la deslegitimación de aquel con el que se discute. Una fantasía que nunca está exenta de entrar en conflicto con el yo en la medida que el displacer no logra ser suficientemente abreaccionado.

Para esto es que el sujeto decide entrar en el juego de la autorepresentación que imponen las redes sociales; un diálogo consigo mismo en el cual elige qué cosas mostrar de sí, buscando un tipo de reconocimiento del otro. Claro está que en el momento en el que se introduce en dicha búsqueda, existe la posibilidad de no ser reconocido como quiere, lo cual pone en cuestión lo que se cree ser, su existencia subjetiva. La autorepresentación le exige al sujeto una forma de mostrarse para ser reconocido, en la cual incide su ideal de yo, la instancia de investidura narcisista, bajo la cual entiende qué exhibir y qué ocultar, pues dicha instancia ejerce la represión en base a la comparación entre el ideal y la realidad que se le impone al yo.

Para pensar la búsqueda del reconocimiento, más allá del vínculo intersubjetivo y sobre todo en las redes sociales abiertas como Twitter, donde todo lo que uno publica es visible por el resto de los usuarios, como puede ser un otro totalmente desconocido, es fundamental el concepto de sublimación, principalmente por su dimensión social. Esta capacidad de la psique, de investir objetos establecidos histórico-socialmente, le permite al sujeto la sustitución del placer de órgano por uno de representación (Castoriadis, 2004). Se trata de un

proceso básico para la vida social, dado que logra que la libido se oriente a un fin diferente y alejado de la satisfacción sexual (Freud, 1992).

“El objeto de la sublimación, aquello en lo que se inviste la energía en cuestión no es y no vale más que en y por su institución social, casi siempre efectiva, llegado el caso, virtual. Equivale a decir que la sublimación es la investidura de una representación, o de un estado de la representación cuyo referente ya no es un objeto privado sino un objeto público, o sea, social. Ahora bien, una de las características fundamentales de los objetos sociales es que, como tales, son invisibles o más generalmente imperceptibles, y más exactamente valen por medio de sus atributos imperceptibles. Valen en virtud de su constitución por significaciones imaginarias sociales, de su impregnación por estas significaciones o de su encadenamiento en contextos que son a su vez contextos sociales esencialmente imperceptibles”. (Castoriadis, 2004, p. 120)

El estado público de las representaciones que el sujeto inviste por sublimación, como explica Castoriadis, es central para analizar cómo se trata de sentidos compartidos, instituidos, y por ende, la base sobre la que se accede al deseo del otro, a las vías del reconocimiento, específicamente en el caso de las redes sociales y la publicación de ideas ante usuarios sumamente heterogéneos. Cuando el sujeto se desenvuelve en el medio digital, considera para su imagen ideal los distintos modelos de éxito instituidos socialmente y reconocidos por amplios sectores. Es una forma de satisfacer su ideal de yo, de identificarse con objetos socialmente reconocidos y llegar a una valoración narcisística.

Como trabajamos al comienzo de esta tesina, Castoriadis plantea en lo que refiere a las sociedades actuales una coyuntura de crisis de las significaciones imaginarias sociales, y especialmente del capitalismo como gran dador de sentido para la construcción subjetiva:

“Una parte esencial de esta significación era también la mitología del “progreso”, que daba un sentido tanto a la historia como a las aspiraciones referentes al futuro, otorgando también un sentido a la sociedad tal como existía; mitología que se suponía como el mejor soporte de ese “progreso”. Sabemos que esa mitología cayó en la ruina. ¿Pues cuál es hoy la traducción subjetiva, para los individuos, de esta significación y esta realidad que es la “expansión” aparentemente “ilimitada” del “dominio”?

Para unos pocos, es por supuesto una cierta “potencia”, real o ilusoria, y su crecimiento. Pero para la aplastante mayoría de la gente, no es ni puede ser más que el crecimiento continuo del consumo, incluido las supuestas distracciones, que se transformaron en un fin en sí. ¿En qué

deviene entonces el modelo identificador general, que la institución presenta a la sociedad, propone e impone a los individuos como individuos sociales? Es el del individuo que gana lo más posible y disfruta lo más posible; es tan simple y banal como eso". (Castoriadis, 1996, p.9)

Expresiones del estilo de “estoy cansado de mantener vagos”, o las más irracionales, como “se embarazan para cobrar la AUH”, en un marcado contexto de reacción afectiva, de índole primaria, nos habilitan a considerar la hipótesis de que detrás de lo expresado, detrás del síntoma de defensa, existe un deseo que no puede ser manifestado, pero que se encuentra puesto en cuestionamiento. Las consideraciones de Castoriadis acerca del valor actual del progreso, devenido en acumulación y consumo para el disfrute y el entretenimiento, en un contexto de caída de las grandes significaciones dadoras de sentido para los sujetos, son fundamentales para entender la incidencia de determinadas políticas de la gestión de Cristina Kirchner en la vida subjetiva de ciudadanos ubicables en los segmentos medios de la sociedad argentina.

El cansancio de “mantener vagos”, u otras expresiones propias de un odio de clase, pueden manifestar cómo los sujetos se ven atacados en las bases de su construcción subjetiva, en lo que creen su éxito, como puede darse por la variable del sentido del consumo como significación central en la dimensión simbólica del progreso personal, y el valor del trabajo necesario para poder alcanzar tal objetivo. Pero es importante destacar que no pasa solo por el nivel de consumo que uno pueda tener, sino por la diferencia respecto de lo que el otro, “los negros” o “los kukas”, pueden adquirir, pues se trata de identificarse y diferenciarse de ese otro imaginado como opuesto, no solo en lo político, sino en lo cultural.

La “cultura del trabajo”, tan mencionada por la clase media argentina y por los referentes de Cambiemos en su discurso, es utilizada en el debate político para establecer una diferenciación entre quienes tienen a disposición los medios materiales e intelectuales (por acceso a la educación y formación profesional) para producir, y quienes por carencias en su trayectoria de vida no pudieron prepararse para competir en el mercado laboral. Desde tal imaginario meritocrático es que ciertos sectores son capaces de juzgar cualquier política redistributiva de fondos en tanto una forma de “mantener vagos”, como se puede ver en el caso de la AUH, así como también en las opiniones acerca de la entrega de notebooks del plan “Conectar Igualdad”, por ejemplo.

¹⁴XXXXXXXXX @XXXXXXXXX 18 dic. 2014

Conectar igualdad y la concha de tu madre los negros de mierda tienen note y yo no

¹⁴ Link al tweet: <https://bit.ly/30toAAf>

¹⁵XXXXXXXX @XXXXXXXX 22 nov. 2015

Negros cagados de que gane Macri y pierdan el Conectar Igualdad, el Fútbol Para Todos y los subsidios por robarle a los estudiantes. JA

¹⁶XXXXXXXX @XXXXXXXX 1 may. 2016

En respuesta a @Kicillofok

@Kicillofok Dejaron 8 millones de AUH, eso es trabajo? Eso es destruir la cultura del trabajo, es clientelismo, es limosna ,es basura

Se cree así que el progreso económico en lo personal podría ser mayor, de no tener que pagar impuestos a un Estado nacional que los despilfarra “regalando” fondos a los sectores carenciados o en el sistema corrupto de los funcionarios. Además, el hecho de que ese otro pueda ingresar de pronto a determinados espacios antes vedados por cuestiones de poder adquisitivo, o el acceso a ciertos bienes que antes no podía comprar, como se ha logrado con los planes de cuotas o financiación, produce en el sujeto que estudiamos una crisis en cuanto a su identificación y su diferenciación con respecto al resto, que se traduce en la creencia de un sistema “injusto”, a modo de regulación del resentimiento.

Comprendemos, a partir de lo formulado por Castoriadis, que cuando el modelo identificador se centra en el progreso en base al consumo, cualquier ataque, o cualquier masificación que pueda modificar la composición de ese “nosotros”, constituido por la clase media de nuestro país, está en condiciones de ser sentido como una amenaza a la existencia subjetiva, a lo que se cree ser, habilitando entonces la reacción primaria, el odio como síntoma de defensa. El progreso que el sujeto cree producto de su esfuerzo personal cotidiano, ignorando las políticas macro que generan una coyuntura favorable para dicha acumulación económica, es sentido como vulnerado en cuanto a reconocimiento, cuando el otro puede acceder a determinados consumos “sin trabajar”, como se imagina desde la clase media. Desde allí es que se puede esbozar cualquier crítica a la gestión de Cristina Fernández, desde la inflación hasta “la soberbia”, como ejemplos de las distintas representaciones que ponen en palabras el malestar producido por el cuestionamiento a los fundamentos identitarios de la subjetividad.

Indudablemente existen muchas críticas válidas al modelo político, económico y social del kirchnerismo, y cualquier sujeto en su calidad de humano tiene derecho a manifestar lo que siente, pero hay expresiones de rencor y violencia de clase que no responden a una intención constructiva, a un intercambio de ideas, a intentar convencer al otro de que existen

¹⁵ Link al tweet: <https://bit.ly/2XPB9UX>

¹⁶ Link al tweet: <https://bit.ly/3hfhMfz>

alternativas mejores para el país. Lo que se busca con las expresiones analizadas es la descalificación, la diferenciación tajante e irreconciliable con el rival político, pero también cultural, ni más ni menos que la grieta.

6. A modo de cierre...

A lo largo de estas páginas hemos intentado describir y avanzar en la comprensión de un nuevo tipo de subjetividad política, buscando analizar de qué manera se desenvuelve en el debate a través de las redes sociales, y de qué forma se da la interacción entre el sujeto y el medio.

Para comenzar, observamos el fuerte componente afectivo de las expresiones volcadas en las discusiones por la vía digital; más precisamente, destacamos la abundancia de mensajes teñidos de odio contra representantes del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner y sus seguidores, situándonos temporalmente en los meses previos y posteriores a las elecciones presidenciales de 2015, que tuvieron como ganador a Mauricio Macri. La masividad de la identificación “Anti-K”, en Twitter y Facebook principalmente, así como también las multitudinarias marchas de “autoconvocados”, justamente difundidas vía redes sociales, permitían comenzar a vislumbrar un tipo de subjetividad totalmente enfrentada a la gestión kirchnerista, que sin identificarse con una bandera política específica había conseguido, gracias a la interacción digital, alcanzar un importante caudal de movilización.

Recurriendo a bibliografía historiográfica de la última década, pudimos comenzar a identificar al sujeto en cuestión con imaginarios devenidos de la crisis del 2001 y la ruptura que se produjo entre la clase política y la ciudadanía, cristalizada en el “que se vayan todos”, que periódicamente vuelve a resonar en tiempos en que dicho vínculo cruje.

En 2008, con la convulsión que provocó el tratamiento del Proyecto de Ley de Retenciones y Creación del Fondo de Redistribución Social, se vio el surgimiento de un actor social movilizado contra el gobierno de Cristina Fernández, de clase media pero significativamente heterogéneo en su trayectoria política, que más tarde generaría sucesivas marchas, hacia 2012, convocadas por medio de las redes sociales, con la aparición de nuevas expresiones de odio contra el rival político.

Es a partir de tal momento, vinculado temporalmente a la masificación del uso de las plataformas 2.0, que empezamos a entender la práctica del debate político por tal vía como, quizás, una de las primeras participaciones políticas a nivel público de tales usuarios. Por primera vez en la historia de nuestro país, tantos sujetos tienen acceso a decir lo que opinan y que esto sea accesible de manera gratuita por cualquier ciudadano con conexión de internet. Pero tales opiniones, enmarcadas en la temática del debate político, no se traducen en argumentos, sino en ataques a un otro; un otro kirchnerista, “kuka”, “negro”, “vago”, “planero”, y demás descalificativos. El potencial de construcción de debate se vio, a niveles masivos, devenido en un intercambio de agravios a grandes escalas, exhibiendo una necesidad de diferenciarse de ese otro; ese otro que es “todo lo que no queremos ser”.

Es por medio de los conceptos de disposiciones primarias, de Bourdieu, que podemos pensar que la interpretación de la discusión política, en el caso del tipo de subjetividad que estudiamos, está sensiblemente marcado por la inexperiencia en el campo, razón por la cual, al no tener desarrolladas las disposiciones específicas del mismo, se desenvuelve desde las más básicas que tiene, las forjadas en el vínculo familiar (Bourdieu; 1988).

El latiguillo “no me interesa la política” figuraba levantado como bandera por miles de usuarios “Anti-K”, antes de opinar, efectivamente, sobre un hecho o referente político. Surge, de este modo, una nueva forma de participar en la política, ya sin movilizarse, poner el cuerpo, la voz, y hasta sin identificarse con una lucha: la fantasía del twiteo devenido participación política.

Comprendemos a partir de esto, y profundizando por medio de la teoría freudiana de la negación, que la identificación del sujeto en cuestión con su carácter político está reprimida; en otras palabras, no puede permitirse el interés en la política. Porque la política es espacio de “corruptos”, de personas que buscan el “enriquecimiento personal” o la “acumulación de poder”, a causa de su “soberbia”. Porque, creen, la política no debería ser un ámbito de discusión, sino de gestión, porque para eso están los funcionarios. Por eso el éxito de las redes para hablar de política, porque permiten hacerlo sin interrumpir la cotidianidad de la vida privada, simplemente dedicando instantes a la cosa pública, siendo funcionales a la cultura del individualismo.

Vimos, también, que la negación constituye la puerta de entrada a la expresión desde el orden primario, desde las disposiciones que mencionábamos con Bourdieu; una forma de comprensión del mundo desde los esquemas psíquicos originarios del sujeto, signados por la afectividad, desde las dicotomías de amor - odio, incorporación y expulsión. Formas de organización del sentido que se hacen presentes en las expresiones de violencia que proceden a la expresión de desinterés en la política.

Así, el twiteo deviene en participación, y el ciudadano en usuario, porque se crea asimismo la ilusión de contacto con el político, cuando se interactúa con referentes cada vez más lejanos a la sociedad, por la propia estructuración del campo burocrático, debatiendo sobre temas en cuestión definidos por los dominantes del campo político, los propios políticos, al fin. Desde allí se exige el desinterés, como pedido desesperado de poder identificarse con un político no interesado “en hacer política”.

El ciudadano devenido en perfil, traducido en una serie de elementos digitales y una descripción de 140 caracteres, interactuando a su vez con otros ciudadanos convertidos en una foto y un apodo. Hoy la mayoría de los sujetos nos hallamos inmersos en esta dinámica de autopresentación, que nos introduce en espacios donde conocemos a otros sujetos bajo las mismas reglas, en prácticas que no dejan de contribuir a nuestro propio autoconocimiento y a nuestra subjetividad. Es en la presentación que hacemos de nosotros mismos que nos preguntamos cómo queremos mostrarnos y qué reacción buscamos del otro, en el marco de

redes sociales que muchas veces acarrearán intenciones de uso específicas según cada plataforma.

El fenómeno de la reificación, trabajado por Honneth, nos introduce en una problemática generalizada de cosificación del otro, de la que las redes no escapan, así como tampoco lo hacemos nosotros mismos al estar expuestos a una interpretación forzada de nuestros afectos en pos de un objetivo concreto (Honneth, 2012). Las plataformas digitales posibilitan un tipo de deshumanización del sujeto con el que se interactúa, al estar descorporizado y fragmentado en sus rasgos identitarios, a la vez que introducen a la propia subjetividad en un juego de representaciones, de máscaras, en las que muchas veces el objetivo de la comunicación puede anteponerse a una reflexión profunda y a un conocimiento más desarrollado de la propia personalidad, o a su presentación por medio de un perfil, al fin y al cabo.

La dinámica del reconocimiento, tanto del otro como de uno mismo, es un escenario palpable de las redes sociales, del que la política no escapa. Cuando el ciudadano expone su pensamiento en las redes, se expone a ser cuestionado o negado, pero cuando se habla y se opina desde lo primario, el sujeto puede ser discutido desde los basamentos de su subjetividad; puede verse atacado, de este modo, en lo que cree ser, y como trabajamos con Castoriadis, la respuesta inevitable a tal afrenta es ni más ni menos que el odio (Castoriadis; 2002). El odio a ese otro que me cuestiona en lo que soy, odio hacia el otro que no me deja ser. Es el mecanismo de defensa natural del sujeto, que le permite salvaguardar su autoestima, el amor hacia sí mismo, necesario para la vida de cualquier persona, su narcisismo.

La particularidad de la problemática del reconocimiento en la era contemporánea, y más específicamente en una época en que los ciudadanos pasan tanto tiempo de sus días en las redes sociales, es que se da bajo la lógica del espectáculo, entendido por Debord como “una relación social entre la gente que es mediada por imágenes”. Esto conlleva una serie de implícitos en la práctica, de naturalizaciones a las cuales los usuarios estamos expuestos: las fantasías de que todo lo que aparece es bueno, y si no aparece, no existe. Así, todo debe publicarse, actualizarse, contarse a todos por las distintas plataformas: todo se ve (Sibilia; 2017).

Twitter, Facebook, e Instagram, por nombrar las plataformas más populares, explotan y levantan ganancias millonarias por medio de esa necesidad, creada, de tener que contar, y en definitiva, de intercambiar afectos con nuestros pares por dicha vía. Afectos en forma de “likes” o comentarios, que son un reconocimiento al fin, pero bajo la dinámica impuesta por la lógica contemporánea: la del espectáculo, al servicio de la creación de valor, al servicio del mercado.

“Aprendimos a autoevaluarnos con criterios de mercado”, plantea Sibilia acerca de la forma en que nos representamos en las redes sociales (Sibilia; 2017), en un fenómeno del que es imposible aislar a la política. Funcionarios y referentes se construyen como productos en el lenguaje visual, en la lógica de la presencia constante que impone el espectáculo, desde la cercanía ficticia que proponen las redes sociales, disputando segundos de atención en los ratos en los que los ciudadanos crean “trabajo afectivo” (Hardt y Negri; 1999), un nuevo tipo de mercancía que nace del intercambio con el otro.

En dicha lógica de lo espectacular, de la trascendencia al alcance de un par de clicks, es que los sujetos exponen sus ideas y sus planteos políticos. Las subjetividades se forman y desarrollan hoy en el marco de una cultura visual que provee de pequeños reconocimientos, efímeros, como la posibilidad de tener un rato de fama por medio de una expresión que llame la atención del otro: una subjetividad que observa y es observada constantemente.

Así, una crítica profunda, o un insulto original, o que al menos genere empatía con un otro que siente lo mismo, son vectores que les permiten a los sujetos darse a conocer en el ámbito digital, llegando su perfil a más usuarios, en el fenómeno que se conoce como viralización. Las comunidades “Anti-K” se conforman, además de los trolls (que en los últimos años pasaron a tener un lugar dominante en el discurso twittero), de miles de usuarios que se relacionan entre pares por medio de la identificación a partir de compartir un sentimiento de odio hacia el kirchnerismo. Cualquier expresión en esta línea es reconocida y difundida por el grupo, sobre todo si consigue alguna respuesta del agredido.

En este sentido, es fundamental destacar el rol de la dinámica del reconocimiento en la reafirmación de la propia subjetividad. Como hemos mencionado, la manifestación de opiniones en las redes sociales esconde una búsqueda de la objetivación de dichas posturas, que es al mismo tiempo la validación de la certeza subjetiva, al fin y al cabo parte de significaciones colectivas, el imaginario social. Pero ¿cómo interpretar las agresiones en esta lógica? ¿Por qué el debate deviene en agresión a pesar de, a veces, intentar esbozar argumentos? Y sobre todo, ¿qué hay en la descalificación que reafirma mi subjetividad?

Es en el acto de exponer sus creencias que el sujeto pone en riesgo su narcisismo, lo somete a la mirada del otro para ser validado o rechazado, consiguiendo, en el caso de las redes sociales, probablemente ambas respuestas. Twitter, Facebook y demás ejemplos se han vuelto espacios de polarización de posturas, respecto de lo más banal hasta cuestiones profundamente ideológicas. En la eventualidad de defender la creencia subjetiva, el sujeto ya se encuentra inmerso en una lógica primaria, y en cualquier debate en el que no cuente con las disposiciones específicas del mismo, tenderá a defenderse desde las más básicas formas de organización del sentido que posee, las estructuradas en su seno familiar.

Comprender la profundidad que tiene para el sujeto revalidar su personalidad ante la mirada del otro es central para analizar la forma en que lo hace, como sucede en el debate político

con las reacciones agresivas. Y es desde el aporte del psicoanálisis, más precisamente, desde los conceptos desarrollados por Sigmund Freud, que podemos interpretar las expresiones ya no desde su literalidad, sino desde su contenido afectivo.

Detrás de cualquier argumento, coherente o no, que se pueda expresar en un intercambio agresivo, se encuentra el intento de invalidar al otro en su opinión, en su existencia subjetiva, en la defensa de la propia subjetividad. Ante el odio como el afecto preponderante, se establece la dicotomía de uno o el otro, de eliminar a ese otro, al menos en el plano simbólico, para restablecer mi integridad subjetiva.

En la situación de confrontación de posturas y la imposibilidad de imponer por medio de los argumentos y la razón la visión subjetiva que se tiene de la política es que se recurre a la invalidación del otro, al intento de anularlo en su opinión. El concepto freudiano de síntoma, y especialmente el de “formación de compromiso”, nos permiten pensar la reacción como resultado de un choque de fuerzas entre una realidad objetiva, la existencia del otro, y la propia subjetividad incompatible con dicha existencia. El síntoma surge de esta manera como una solución a dicha confrontación: el insulto y la descalificación permiten al sujeto defender su creencia, y su narcisismo al fin, por medio de la anulación simbólica del otro. La abreacción, la descarga del afecto acumulado producto de la convivencia con esa otra postura inconciliable, es la solución transitoria y a la vez impostergable para disipar el malestar sin dañar al yo, obteniendo lo deseado al menos desde la fantasía: eliminar al otro.

En tiempos de “la grieta”, de dos posturas inconciliables en el campo político argentino, la abreacción como forma de debate se legitima y se instituye, revalidándose día a día en las redes sociales: el síntoma se vuelve habitus, en términos de Bourdieu, y las críticas a medidas económicas, a problemáticas sociales o de distinta índole son apenas intentos por dar forma racional a un debate que suele transcurrir más desde el plano afectivo-identitario que desde formas de gobierno. Los argumentos pierden peso en detrimento de los afectos, perceptibles y entendibles por todos.

El debate popular transcurre en una proporción importante dentro de las redes sociales; es allí donde los sujetos explicitan sus posturas y las defienden, se reconocen entre sí y se agrupan, diferenciándose del otro. El espacio digital se ofrece como lugar de polarización de posturas, en una lógica funcional a las fuerzas políticas dominantes, que buscan capitalizar dichos extremos opuestos.

Si, como vimos en palabras de Castoriadis, el modelo de éxito y de progreso contemporáneo está identificado con la acumulación de bienes materiales y una lógica de consumo como matriz diferenciadora de “ganadores y perdedores”, es lógico que los obstáculos en el alcance de dichos objetivos de superación personal sean asimilados por los sujetos identificados con este tipo de subjetividad como ataques hacia sí mismos. En términos de Bleichmar, la autopreservación devenida autoconservación (Bleichmar; 2001) introduce al sujeto en una

posición de defensa de lo que cree ser, tarea por demás dificultosa cuando implica tener un alto poder adquisitivo en tiempos de crisis.

El hecho de sentirse perjudicado por políticas emanadas de un determinado partido gobernante impide, para amplios sectores de la sociedad argentina, la posibilidad de aceptación y una coexistencia. Al vivirse ese perjuicio como un ataque personal, resulta difícil una evaluación tendiente a la objetividad respecto del conjunto de medidas de una gestión presidencial. Este hecho social excede a las creencias ideológicas que puedan tener los votantes de Cambiemos, sus ideas de progreso en el plano personal o los modelos de éxito con los que comulguen. Los últimos años han mostrado que la abreacción y el sentido primario como lugar de entendimiento de la política no son patrimonio exclusivo de los “Anti-K”, sino que tales formas del debate también han sido adoptadas por opositores al gobierno de Mauricio Macri, desde subjetividades distintas en términos de formas de vivir la política, de identidad nacional y de rol ciudadano, pero tendientes a caer, en mayor o menor medida dependiendo de cada personalidad, también en expresiones descalificativas y abreactivas.

Las disyuntivas entre progreso personal o colectivo, entre democracia participativa o delegación al campo burocrático, entre pueblo e individuo, entre Patria o mundo globalizado, derechos o liberalización, consumidor/audiencia o ciudadanía son algunas de las tensiones que atraviesan, en mayor o menor medida, a ambos lados de “la grieta”, por demás heterogéneos, pues el hecho de que numerosos sujetos se vean identificados con críticas específicas a la gestión de turno no determina una homogeneidad de pensamiento. Son dichos argumentos difundidos al interior de cada lado de la grieta los que ponen en palabras los afectos, unificando las expresiones pero no los fundamentos de cada subjetividad.

La vida cotidiana de los sujetos transcurre hoy en una proporción cada vez más alta de las 24 horas diarias dentro del mundo de las apps. La deshumanización del otro es un hecho palpable en el modelo de interacción que plantean dichas formas de vínculo electrónico, del que las redes sociales forman parte. La tendencia global al individualismo, plasmada en múltiples prácticas diarias que tienden a resolverse de manera automatizada, es lógicamente una correlación del modelo de interacción mencionado. Las soluciones digitales se adaptan perfectamente a las demandas del individualismo, como vimos en palabras de Castells, y tienden a satisfacerlo. No es descabellado en este marco que la política en su forma tradicional se vea afectada, y que los ciudadanos, en vez de reclamar ser reconocidos como sujetos de derecho, demanden una mejora su experiencia como usuarios.

A futuro el rol de las ciencias sociales será fundamental a la hora de seguir las distintas mutaciones de las subjetividades a partir de las transformaciones culturales que surgen desde la incorporación de tecnologías, principalmente de comunicación, a la vida cotidiana. La tecnificación de la vida diaria es presente desde hace más de una década, y se impone la necesidad de profundizar el conocimiento de las mutaciones devenidas en los distintos

campos sociales. En este sentido, hemos visto que la política y el sistema democrático afrontan desafíos constantes a partir de la estructuración de nuevos tipos de subjetividad y de interacción, por lo que se trata de un terreno estratégico para comprender de cara a los cambios que seguirán dándose en las próximas décadas.

Las nuevas generaciones crecen y se desarrollan en prácticas reguladas por la lógica del mercado, del espectáculo y el individualismo. La forma de entender la política no está ajena a tales tendencias: el twiteo deviene en participación, el ciudadano en usuario. Allí radica el gran desafío que tiene la política en tanto factor de transformación: en la posibilidad de generar esquemas de comprensión de la realidad y de la existencia subjetiva, en la reconstrucción de esquemas de reconocimiento colectivos, de significaciones que permitan aceptar al otro y construir desde las diferencias, o resignarse a ser una interpretación de las demandas sociales de consumo en pos de preservar la dominación.

7. Bibliografía

Agamben, G. ¿Qué es un dispositivo?, Anagrama, Barcelona, 2015

Aulagnier, P., La violencia de la interpretación, Amorrortu editores, Bs. As., 2001

Bleichmar, Silvia. Losers y winners, entre la excusa y la justificación, Revista Topia, 2001

Bonnet, A. "El kirchnerismo es la restauración del orden impugnado en esa insurrección", La Izquierda Diario, 2014

Bonnet, A. La Insurrección como Restauración, Prometeo, Buenos Aires, 2015

Bourdieu, P., Bosquejo de una teoría de la Práctica. Droz. Genève, Paris, 1972.

Bourdieu, P. Cosas dichas. Buenos Aires, Gedisa, 1988

Bourdieu, P. Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción, Barcelona, Anagrama, 1997

Bourdieu, P., "Luchas políticas y violencia simbólica", en Meditaciones pascalianas, Anagrama, Barcelona, 1998.

Bourdieu, P. "La representación política" en El Campo Político, Plural, 2000

Bourdieu, P., "La antropología imaginaria del subjetivismo", en El sentido práctico, Siglo XXI, Bs. As., 2008.

Bourdieu, P., "¿Es posible un acto desinteresado?" en Razones prácticas, Barcelona, Anagrama, 1997

Bourdieu, P, Sayad, A., "Mezcolanza cultural", en Argelia entra en la historia. Nova Terra, Barcelona 1965

Bourdieu, P., "De la guerra revolucionaria a la revolución", en Intervenciones políticas. Un sociólogo en la barricada, Siglo XXI Ed., Bs. As., 2015.

Bourdieu, P., "Introducción" y "Esperanzas subjetivas y oportunidades objetivas" en Argelia 60 Siglo XXI Ed. Bs. As., 2006.

Castells, M. "La comunicación en la era digital". Comunicación y Poder Madrid: Ariel. 2008

Castoriadis, C., "Autonomía y alienación", en La institución imaginaria de la sociedad I, Tusquets, Bs. As., 2003

Castoriadis, C. La crisis actual del proceso identificador. En: Zona erógena. Num. 31. 1996.

Castoriadis, C. "Un mundo fragmentado", Buenos Aires, Altamira, 1997

Castoriadis, C., "Las raíces psíquicas y sociales del odio" En: Figuras de lo pensable. Fondo de Cultura Económica, 2002.

Castoriadis, C., "Seminario del 11 de febrero de 1987", en Sujeto y Verdad en el Mundo Histórico-Social. Seminarios 1986-1987. La Creación Humana I; Ed. Fondo de Cultura Económica, Bs.As., 2004.

Debord, G. La Sociedad del Espectáculo. La Marca, Buenos Aires, 2008.

Fernández, Ana. Política y Subjetividad. Biblos. Buenos Aires. 2011

Freud, S.: (1930) El Malestar en la Cultura. Amorrortu, Bs. Aires, 1992.

Freud, S., "Las neuropsicosis de defensa", O.C., Vol. III (1893-99), Amorrortu editores, Bs. As., 2004a.

Freud, S., "23° conferencia. Los caminos de la formación de síntoma" O.C., Amorrortu, Bs. As., 2004b

Freud, S., "La negación", en O.C., Vol. XIX (1923-1925), Amorrortu editores, Bs. As., 2004c.

Freud, S., Carta 52. Fragmentos de correspondencia con Fliess, en O.C., Vol. I, Amorrortu editores, Bs. As. 2004d.

Freud, S., "Lo inconsciente", O.C., Vol. XIV, Amorrortu, Bs. As., 2004e.

Freud, S., "22° conferencia. Algunas perspectivas sobre el desarrollo y la regresión. Etiología", O.C. XVI, Amorrortu, Bs. As., 2004f.

Freud, S. y Breuer, J., "Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos: comunicación preliminar", en Estudios sobre la histeria, O.C., Vol. II (1893-1895), Amorrortu editores, Bs. As., 2004g.

Freud, S., 18ª conferencia. La fijación al trauma, lo inconsciente, O.C. XVI, Amorrortu, Bs. As., 2004h.

Freud, S., "Introducción del narcisismo", O.C., Vol. XIV (1914-16), Amorrortu editores, Bs. As., 1992.

Goffman, E. La presentación de la persona en la vida cotidiana, Buenos Aires, Amorrortu, 2003.

Gruffat, C. y Schimkus, R. Capítulo VI. La arquitectura es la política de la red. Facebook y sus rivales. En Piscitelli, Adaime y Binder, El proyecto Facebook y la posuniversidad, 2010.

Hardt, Michel y Negri, Antonio. "Posmodernización o informatización de la producción". En Imperio. Buenos Aires: Paidós. 1999

- Hardt, Michel y Negri, Antonio. "La Producción biopolítica", en Imperio, Exils, 2009.
- Heredia, M. "La demarcación de la frontera entre economía y política en democracia. Actores y controversias en torno de la política económica de Alfonsín", en Pucciarelli, Alfredo (comp.): Los años de Alfonsín, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006
- Honneth, A., Reificación, Katz Editores, Buenos Aires, 2012
- Lessig Lawrence, Code and other Laws of Cyberspace, New York: Basic Books. Taurus, Madrid, 2001
- Lukács, Georg. Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista. Editorial Grijalbo, México, 1969
- Mayans i Planells, Joan, Género confuso: género chat, Revista TEXTOS de la CiberSociedad, 2000
- Merleau-Ponty, M., "El cuerpo como objeto y la fisiología mecanicista", en Fenomenología de la percepción, Ed. Fondo de Cultura Económica, México 1957.
- Dimitar Nikolov, Diego F. M. Oliveira, Alessandro Flammini, Filippo Menczer (2015) "Measuring Online Social Bubbles". Center for Complex Networks and Systems Research, Indiana University. arXiv:1502.07162v1 [cs.SI] 2015
<http://arxiv.org/pdf/1502.07162v1.pdf>
- Perrone, I. Una visión panorámica de la CMC, clase teórica dictada en la Facultad de Ciencias Sociales, (UBA), 2006
- Sartre, "La afectividad", en Lo imaginario. Psicología fenomenológica de la imaginación, Ed. Losada, Bs. As., 1964.
- Sibilia, P. La intimidad como espectáculo, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013.
- Svampa, M. Relaciones Peligrosas. Sobre clases medias, gobierno peronista y movimientos piqueteros, 2004
- Svampa, M. Modelo de dominación, tradiciones ideológicas y figuras de la militancia, Buenos Aires, 2005.
- Svampa, M. Negro sobre blanco, Diario Perfil, 2012
<http://www.perfil.com/ediciones/columnistas/-20129-711-0076.html>